

LA CIUDAD DE LOS ARGONAUTAS



EL PLANETA GRIS

ALAN E. NOURSE



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



EL PLANETA GRIS

Alan E. Nourse

Título de la obra en inglés*:* ROCKET TO LIMBO

Traducción de: M. ª ANTONIA ROURA

Primera edición: Febrero 1961

N.° de registro 6558-60 Depósito legal B 2446-1961

PROLOGO

Ad astra, decían las palabras sobre la placa de bronce.

La pesada hoja de metal era brillante y nueva, fulgurando con brillo rojizo, castaño a la luz de la tarde. Grandes pernos de bronce la sujetaban a la base de la plataforma de lanzamiento, formada por una losa de granito gris cortada en una sola pieza extraída de la roca viva de las montañas, a mucha altura sobre el cosmódromo. Sobresaliendo del astillero la astronave parecía una aguja de plata, equilibrada, graciosa, ansiosa de escapar de las ataduras de la Tierra, señalando hacia arriba, hacia las estrellas a las que se dirigía.

A las estrellas.

La nave se llamaba Argonauta en memoria del navío legendario y de su tripulación que se adentró en aguas desconocidas tantos siglos atrás. Había sido construida con cuidado y devoción incesantes; se emplearon años equipándola para el valiente viaje que ahora iba a atreverse a empezar. Los mejores ingenieros de la Tierra la habían diseñado para llevar los tanques de aprovisionamiento y los depósitos de combustible, el oxígeno y el equipo de retropropulsión, las bibliotecas y los centros de información que su tripulación necesitaría durante el largo viaje. Sus enormes motores habían sido probados y vueltos a probar hasta límites de resistencias nunca alcanzados antes en la Tierra.

Tenían que ser probados, ya que esos motores no podían fallar.

El nombre de la nave estaba grabado en la placa de bronce, junto con los nombres de los hombres y mujeres de su tripulación. Bajo ellos estaban escritas estas fechas:

Lanzamiento: 3 marzo, 2008.

Retorno:

No había forma de saber cuándo volvería, si es que volvía. Nunca existió antes una nave como el Argonauta. No era una de las toscas naves empleadas en transportar colonos y mineros a los puestos avanzados de Marte y Venus. El Argonauta era una astronave destinada a un propósito específico: el de transportar a su tripulación por el negro golfo del espacio, entre las estrellas. Su destino era Alfa de Centauro; su viaje podría tardar siglos en completarse.

Ninguno de los que estaban el día de su despegue viviría para llegar a su destino, y lo sabían. Pero sus hijos o quizás sus nietos sobrevivirían para

mandar la nave en su vuelo de retorno.

El Argonauta estaba destinado a la Gran Travesía.

Sobre el andamiaje que rodeaba a la nave, brillaban luces, se veían hombres que se movían arriba y abajo mientras se finalizaban los últimos preparativos. El aguilón de la grúa subía y bajaba una y otra vez, cargando a bordo los últimos fardos de provisiones. Durante semanas, los gigantescos motores nucleares se habían estado calentando, preparándose para la repentina demanda de poder que impulsaría a la nave fuera de la zona de gravedad de la Tierra. Un cronómetro señalaba los minutos que iban faltando para la hora cero. Gradualmente, el andamiaje fue despejándose de hombres; por último descendió la grúa y se detuvo con sus luces parpadeando.

Muy arriba, en el casco, se balanceó una escotilla cerrándose lentamente, sellando la plateada superficie de la gran nave.

A su alrededor, lejos del alcance de la ráfaga der gases, una multitud esperaba silenciosamente, sintiendo en los corazones lo que no podían expresar en palabras. En toda la tierra los ojos estaban vueltos hacia lo alto, esperando por lo menos vislumbrar la nave cuando se lanzara a través del silencioso espacio. Otros la veían sobre plateadas pantallas o escuchaban la excitada voz del locutor de la televisión tridimensional. Una cosa era cierta: los ojos que se posaban en el Argonauta eran los de una Tierra atestada, agotada por la guerra, superpoblada, hambrienta. La gente conocía la esperanza que había tras el viaje: la de que el Argonauta encontrara un lugar donde los hombres de la Tierra pudieran asentarse, construir hogares y colonias y aliviar así el terrible apiñamiento de gente en su propio planeta.

Pero aún existía otra razón para hacer el viaje. Las estrellas eran un desafío al que el hombre tendría que responder alguna vez. Por fin había llegado el momento.

Una joven de unos veinte años se hallaba entre la multitud, observando la nave con oíos serios. Su marido puso el brazo alrededor de sus hombros y la acercó más a él.

—¿Qué haces? —preguntó.

Ella se estremeció.

—Estoy asustada.

—Yo también. Todo el mundo lo está, hasta cierto punto. Significa tanto, es tan espantoso y también, a pesar de todo, tan maravillosamente, ¿verdad?

Ella asintió y se acercó más. Su padre era el primer oficial del Argonauta. Sabía que no volvería a verle jamás y también que él nunca más pondría el pie a tierra. El viaje duraría demasiado. Su vida era ahora la nave y

la nave era su vida; su responsabilidad, la nave y los niños que nacerían a bordo.

—John, me gustaría ir con ellos.

El le palmeó el hombro.

—Lo sé. También a mí me gustaría. Pero nuestro trabajo está aquí.

—¡Cien años, tal vez doscientos! ¿Cómo pueden tener la esperanza de conseguirlo?

El observó a los últimos hombres del equipo de tierra que bajaban corriendo las rampas, y sintió el expectante silencio que cayó sobre la multitud.

—No lo sé, pero lo conseguirán —dijo con firmeza—. Lo harán.

Hubo un inquieto movimiento mientras pasaban los segundos.

Luego, como truenos reuniéndose a lo lejos, cada vez más fuerte, empezó el rugido. Una llama blanca surgió de las toberas de la nave, se hinchó como una saeta marchita contra los amortiguadores de la radioactividad, mientras el rugido producía ecos y contraecos valle abajo. Despacio, como si se elevara suavemente sobre el mágico fuego, la nave ascendió; despacio, luego más de prisa, cada vez más arriba. La saeta se transformó en una lengua de fuego, mientras el rugido se convertía en alarido y la nave se dirigía hacia el espacio. Los ojos de la Tierra siguieron al gran dedo de luz en el cielo, sin atreverse a respirar, esperando, esperando...

Y ya la nave había partido. Un suspiro recorrió la multitud y todos apartaron la mirada del cielo. Lentamente empezaron a disgregarse, dejando el pedestal de granito con la placa de bronce descansando bajo el polvo que empezaba a posarse esperando recibir a la nave cuando retornara. ¿Cuándo? Nadie lo sabía. Ninguno de ellos viviría para verlo.

La Gran Travesía había empezado.

La joven estrechó la mano de su marido y sin una palabra se fueron. Sintió a su hijo moverse en ella y sonrió.

“Estará orgulloso de su abuelo”, pensó, “si es que nace varón”.

No sabía que el biznieto del hijo, aún por nacer, sería el hombre que daría a la humanidad una Corta Travesía a las estrellas.

En silencio, John y Mary Koenig se volvieron y dejaron el campo mientras caía la oscuridad.

I

NAVE ESTELAR GANIMEDES

Ad astra, decían las palabras sobre la placa de bronce.

El bloque de granito estaba oscurecido por el tiempo; el bronce aparecía verde, las palabras oscuras y difíciles de descifrar. Lars Heldridgsson dejó en el suelo el saco especial que llevaba en el hombro y se inclinó, bizqueando, para descifrar las letras.

Lanzamiento: 3 marzo, 2008.

Retorno:

No había fecha en la segunda línea. Lentamente, el joven recorrió con la vista los nombres de la tripulación y sintió la vieja y familiar punzada de maravilla y excitación que empezaba en la base de su espina dorsal.

—Debieron ser unos valientes, esos hombres —pensó—. Intentar un salto a las estrellas con motores de propulsión corrientes

Parecía increíble y a pesar de todo, lo hicieron. ¿Dónde estarían ahora? Muertos hacía tiempo, desde luego, pero ¿y sus nietos y biznietos? Lars intentó imaginar lo que sería haber nacido y haberse criado en un navío estelar, dependiendo de las cintas magnetofónicas y películas para saber algo de la Tierra y de sus hombres, dejada atrás, sin conocer jamás el crujido de la grava bajo los pies o el caliente soplo de una brisa estival en la mejilla. ¿Habrían finalmente conseguido desembarcar por casualidad en algún sitio?

Ciertamente, nunca regresaron a la Tierra. Después de trescientos cincuenta años, la plataforma granítica de lanzamiento seguía vacía. El cosmódromo creció a su alrededor, ahogándola en el transcurso de los años, hasta que se encontró en el gran vestíbulo central de la bulliciosa Terminal, un callado monumento a la desesperación y valor de los tripulantes de la nave que había sido lanzada desde allí.

Nunca llegó el Argonauta a los planetas de Alfa de Centauro, su supuesto destino, ya que modernas naves de propulsión Koenig habían examinado dichos planetas larga y diligentemente sin hallar traza ni señal de que el hombre hubiese llegado jamás allí. Actualmente todas las estrellas cercanas habían sido examinadas y exploradas; Altir, Vega, Alfa de Centauro y Sirio, Arturo y todo el resto... y en ningún sitio se había encontrado señal alguna. El Argonauta se había convertido en una leyenda, una valerosa gesta del pasado, pero el pensar en ese viaje sin esperanza nunca dejaba de

emocionar a Lars Heldridgsson, de acuciarle a partir, impaciente por los años de estudio que le fueron necesarios para entrar en la Patrulla del Servicio Colonial Era una leyenda de grandeza y aún subsistía el desafío de las estrellas, que el tiempo y un mundo cambiante nunca podrían destruir.

De esto estaba Lars Heldrigsson muy seguro.

Colocó de nuevo el saco sobre su hombro, un pequeño fardo de veinticinco kilos, límite de peso autorizado a los tripulantes de las naves del Servicio Colonial, y ascendió rápidamente por la larga rampa hasta el principal bulevar de la Terminal. Era alto para sus dieciocho años, con un metro noventa de altura, ancho de hombros, fuerte. Su estatura y peso habían sido tema de discusión cuando ingresó en la Academia del Servicio Colonial, cinco años atrás; desde entonces había crecido otros cinco centímetros y apenas pudo pasar el examen fisiológico anterior a su graduación, no por causa de alguna muestra de mala salud, sino por su gran estatura. Sus greñas blanco amarillentas, sus ojos azules y lo liso y serenos rasgos de su rostro revelaban claramente su ascendencia nórdica. Parecía moverse lenta y ponderosamente. Durante toda su vida había tenido que contender con otros más pequeños, más rápidos, que cometieron el infortunado error de suponer, para su perdurable sentimiento, que Lars Heldrigsson no podía moverse rápidamente cuando lo deseaba...

Ahora marchó vivamente por el bulevar, se sintió cogido y llevado por la corriente de viajeros, tripulantes, colonos y agentes de la Seguridad que iban y venían sobre las bandas rodantes desde las plataformas de despegue a las de carga. Por doquier reinaba una actividad febril y un gran movimiento. Al otro lado de la pasarela vio filas de colonos esperando sus certificados médicos finales y los talones de equipaje, antes de embarcar en la astronave que los llevaría a sus nuevos hogares, rudos tal vez, muy diferentes a la apiñada mecanización de las ciudades terrestres, pero que crearon hogares donde podían tener tierras y alimentos y un lugar para educar a sus hijos, hogares unidos a la Tierra por los fuertes lazos de las naves del Servicio Colonial que viajaban a las estrellas y regresaban en algunos meses.

Y más allá del bulevar, brillaban las relampagueantes luces de las lanzaderas que conducían a las naves mismas.

Nave estelar Tetis, que ahora cargaba colonos y víveres para el cuarto planeta de Sirio. Una antigua colonia, bien establecida, rica en tierras y en trigo de variedad terrestre, un paraíso subtropical con espacio para que pudieran establecerse y crecer muchos cientos de familias, ahora casi autónomo y que pronto solicitaría elecciones independientes, y representación en el Consejo Colonial.

Nave estelar Dantón, que llevaba hombres y maquinarias a la recientemente inaugurada colonia de Alderabán III, un desagradable lugar

hasta que los técnicos meteorólogos y los ingenieros civiles terrestres lo hubieron convertido en apto para que los hombres de la Tierra establecieran sus hogares. Un pescador, curtido por la intemperie, se abrió camino hasta las lanzaderas, con un arete de oro en la oreja y un diminuto mono arturiano sobre el hombro, lanzando al aire ante sí tres centelleantes teledados para divertir a su animal favorito y riendo cuando éste intentaba alcanzar los con su leonada pata. Existían grandes mares y mucho pescado en Alderabán III.

Nave estelar Mercedes, exploradora del lejano sistema de Morna, una estrella doble con eterno verano en su séptimo planeta, una buena perspectiva para una nueva colonia dentro de unos diez años, cuando las tripulaciones exploradoras y de reconocimiento, los equipos de ingenieros y las colonias de pilotos, hubieran completado el trabajo de abrirla, una nueva válvula de escape para los hombres de la Tierra que ya no tenían suficiente espacio en ella.

Nave estelar Ganimedes...

Lars sintió palpitar su corazón mientras andaba hacia la banda rodante que lucía la cruz verde y blanca del Ganimedes. ¡Su nave! El destino que había soñado desde su primer día en la Academia: navegar a bordo del Ganimedes con Walter Fox, el hombre que había iniciado más colonizaciones de planetas desde que el primer navío de propulsión Koenig había dejado la Tierra; el hombre cuyo sello de aprobación a un planeta era una garantía virtual de una colonia próspera y sana. Este viaje en el Ganimedes no sería exploratorio, por cierto... aún habría una semana entera por delante, antes del despegue, para acostumbrar a los nuevos miembros de la tripulación y a los Oficiales en período de prácticas, a sus deberes; luego, un sencillo viaje a Vega III para llevar a cabo la inspección final de una colonia casi dispuesta para la libre colonización... pero sería una buena gira para enseñar a los Oficiales en prácticas a desenvolverse eficazmente en el espacio.

Otros viajes tendrían lugar más adelante, exploratorios, a estrellas jamás visitadas anteriormente, a peligros desconocidos. Habría tiempo sobrado para eso, pensó Lars. Por ahora era suficiente estar destinado a bordo del Ganimedes.

Miró el cronómetro que llevaba en la muñeca y salió de la banda junto a un quiosco de lavabos. Las instrucciones que llevaba en el bolsillo, le ordenaban dirigirse a su nave a las catorce horas; en ese momento eran solamente las once y treinta y cinco. Tenía tiempo para ducharse y cambiarse el uniforme por otro más presentable, antes de subir a bordo. Deseaba producir una primera impresión buena. Con los ojos de la imaginación se veía ya midiendo con sus pasos el puente hasta la escotilla de entrada del Ganimedes, saludando primero a la bandera, luego al oficial de cubierta. ¿Tal vez a Walter Fox en persona? No, eso sería esperar demasiado. Pero quizás al señor Lorry, el segundo oficial, que le devolvía el saludo con descuidada

viveza y le decía:

—¿Su nombre, oficial?

—Heldrigsson, señor. Oficial en período de prácticas. Ecología planetaria

—¡Ah, sí! Uno de los jóvenes biólogos. Entonces, usted debe trabajar con el doctor Lambert.

—Sí, señor. Eso es lo que yo había esperado. ¿Dónde le encontraré, señor?

—Arriba en el laboratorio, supongo. Estoy muy contento de tenerle a bordo, oficial.

Y, como despedida, otro saludo.

En el quiosco de los lavabos, los hábiles dedos de un robot ayudaron a Lars a despojarse de su pesado uniforme de viaje; luego escogió de su saco lo que necesitaba y echó sus ropas sucias por la canal. Mientras la nueva ropa salía de una ranura, Lars se introdujo en la cabina de la ducha, aún entusiasmado con su ensueño. Se relajó mientras el agua caliente resbalaba por su cuerpo, al que esponjas detergentes frotaban con suavidad no exenta de fuerza. Ni siquiera cinco años de estudio y preparación intensivos en la Academia, podrían en realidad preparar al hombre para el espacio (eso se comprendía desde el principio), ni podían explicar de antemano el sentimiento de tensión y nerviosismo, la indescriptible fiebre de maravilla y aventura que tomaba posesión de uno antes de subir a bordo del navío estelar en su primer destino de Oficial en prácticas

Ahora volvía, después de las dos semanas del permiso de graduación, durante los cuales había intentado explicárselo a su padre. Había sido confortante hallarse de nuevo en casa por unos días, sentir los cálidos vientos provenientes del Sur, había sido agradable el sentir otra vez la mordedura de un pico contra el rocoso suelo de la Groenlandia central del Norte. La granja continuaba como él la recordaba: con su pesada casa construida con roca glacial, el enorme hogar, los edificios exteriores y los trigales extendiéndose millas y millas en todas direcciones. Tampoco papá estaba cambiado; tenía la cara curtida y arrugada por el viento; las manos, ásperas y morenas. Mamá parecía envejecida y más cansada, y sus ojos brillaron, preocupados, cuando saludó a su hijo, pero había sonreído a través de su pesar, rehusando a pronunciar cualquier palabra que apagara el entusiasmo que él sentía por su nuevo destino.

Pasó los primeros días con el viejo Black, el gran perro del Labrador que guardaba la granja contra los asaltantes, y dando largas caminatas por las colinas y valles que tan bien recordaba de los días de su infancia. Pero sabía que la pregunta tendría que surgir. Sucedió una noche cuando estaba sentado

con su padre ante el fuego, después de la cena.

—¿Por qué quieres ir? —le preguntó su padre—. ¿Qué buscas, Lars? ¿Qué crees que encontrarás por ahí en una nave estelar, que no puedes hallar aquí en casa?

Lars sonrió, un poco molesto.

“Es muy de papá”, pensó, “eso de soltarse los preliminares y decir francamente lo que piensa”.

—No estoy seguro. Sólo sé que debo hacerlo. Quiero ir adonde nadie haya ido antes. Quiero hacer cosas que nadie haya hecho ya, que nadie pueda hacer jamás.

Acarició la maciza cabeza de Black y sintió cómo el perro lamía cariñosamente su mano.

—Black sabe por qué quiero ir. Pregúntale por qué siempre ha de ver cómo es el otro lado de una colina.

—¿Y para eso tienes que embarcarte en una astronave? —Papá encendió la pipa y observó atentamente el rostro de su hijo—-. ¿Crees que todas las fronteras están allí? Te equivocas, hijo. Mira nuestra granja, nuestra Groenlandia. En tiempos del abuelo Heldrigsson toda Groenlandia era un manto de hielo.

Lars se encogió de hombros.

—Los técnicos meteorólogos... —dijo.

—Pero ¿no es esto un reto“? Vinieron a una tierra yerma y helada y la convirtieron en el más rico país triguero del mundo. Mira el valle del Amazonas. Tiempos atrás era una jungla. Ahora sus cosechas alimentan a millones de personas. Siberia, la Antártida... países ricos, hijo. Hay mucho trabajo para ti aquí en la Tierra.

Había terminado el chocar de platos en la cocina y Lars supo que su madre le estaba escuchando. Sacudió la cabeza.

—He pensado en eso pero no me sirve. Esa es tu frontera, no la mía. Ya no hay sitio en la Tierra ni lo ha habido durante años Necesitamos colonias y las naves estelares deben encontrarlas. Y no podrían tener nave mejor que el Ganimedes. Ya sabes que el comandante Fox es el mejor explorador de planetas que existe.

—Es un oficio peligroso.

Lars sonrió.

—¿Debo asustarme por eso?

—Pero tú no sabes cuán peligroso pudiera llegar a ser —intervino su

madre desde la puerta—. Supón que encuentras gente extraña en algún planeta al que vayas, una raza de monstruos horribles.

Lars rio y le dio un fuerte abrazo.

—Lo que haces es buscar formas de atormentarte. No existen monstruos. Cientos de naves han ido a otras tantas estrellas y nunca han visto un monstruo con inteligencia. No han encontrado una sola muestra de inteligencia extraña en ningún sitio. No existen otros seres.

—Vuestro comandante Fox cree que sí existen —observó gravemente su padre.

—Nunca ha encontrado ninguno. Ni creo que lo encuentre jamás. Eso es únicamente su idea favorita.

—Aun así, no nos gusta dejarte ir.

—Debéis haber pensado que partía para una Larga Travesía, o algo así —dijo Lars—. No es eso. Llevando propulsión Koenig en nuestro navío llegaremos a Vega III y estaremos de vuelta en dos meses. No estaré fuera durante mucho tiempo.

A pesar de eso, ahora, mientras se ponía el uniforme recién salido de fábrica y empaquetaba otra vez sus cosas, sintió una punzada de remordimiento al dejar el lugar donde había nacido y crecido, donde su familia había vivido desde que su bisabuelo emigró al norte de Islandia al recientemente abierto país del trigo. Era un buen hogar y siempre lo amaría, pero sabía que su frontera, de algún modo, estaba al otro lado de la colina.

Después de ducharse y ponerse el nuevo uniforme, Lars se detuvo en un bar restaurante para tomar un café y un bistec a la hamburguesa, ofreciendo luego su tarjeta del Servicio Colonial al robot cajero. Después pasó de nuevo a la banda rodante. Su tarjeta del Servicio Colonial y las órdenes estaban a mano en su bolsillo. Cuando llegó a los portalones de carga, observó que ninguna lanzadera esperaba al final de la banda rodante, lo que le pareció extraño. Normalmente, una de ellas esperaba en cada portalón para llevar a los pasajeros hasta las naves. Enseñó rápidamente su tarjeta al guardián de la puerta y forzó el torniquete para llegar a la plataforma

—¡Cogedle!

Se detuvo. El guardián le observaba con suspicacia.

—¿Qué sucede? —preguntó Lars.

—Usted —dijo el guardián—. ¿Dónde cree que va?

—Al Ganimedes.

—El Ganimedes está fuera de límites para todo el personal. Órdenes directas de la Seguridad

—Pero yo pertenezco a la tripulación del Ganimedes —protestó Lars —. Puedo enseñarle mis órdenes.

Un oficial de la Policía de Seguridad, salido de no se sabe, apareció junto a Lars.

—¿Alguna dificultad?

El guardián asintió vigorosamente.

—Hemos cogido a este hombre intentado subir a bordo del Ganimedes. Usted conoce las órdenes especiales.

—Desde luego —el agente de la Seguridad volvió los ojos a Lars—. ¿Tiene usted documentos?

—Mire, yo pertenezco al Ganimedes —-dijo Lars con ardor—: ¿Dónde está la dificultad?

—S lo que dice es cierto, tendrá usted papeles que i: prueben. Déjeme verlos.

Lars buscó en sus bolsillos las hojas con las órdenes y las entregó abiertas. El oficial las escudriñó.

—Lo siento. Esto no bastará Será mejor que Tenga conmigo.

—Pero aquí dice...

—Ya veo lo que dice. Veo una hoja de órdenes mecanografiada por un robot, con una autorización igualmente mecanografiada, que le permite ir a bordo. Pero no veo ninguna firma.

La mandíbula de Lars se aflojó y se sintió enrojecer.

—Me... me olvidé de pedirla. Justamente empezaba mi permiso cuando llegaron las órdenes y se me fue de la mente, en la precipitación...

El oficial le lanzó una mirada peculiar.

—¿Ah, sí? Será mejor que venga conmigo.

Lars siguió al agente de la Seguridad por un pasillo y entraron en un ascensor. Instantes después salieron a una larga habitación, en uno de cuyos lados se alineaban pequeños cubículos. El oficial se detuvo ante una mesa de despacho y abrió el interruptor de una pantalla visor.

—Aquí Hardy —dijo—. Hagan bajar a Jackson y póngame en seguida en contacto con el Ganimedes. Tenemos aquí un hombre que ha intentado colarse. Puede llevar órdenes falsificadas, pronto lo sabremos. ¡Sí, sí, claro que es urgente!

Condujo a Lars a un cubículo y lo ató con las correas al asiento de un robot identificador. Lars oprimió las palmas contra las placas metálicas

magnetizadas y se sobresaltó cuando el brillante y purpúreo relámpago del retinoscopio chasqueó ante sus ojos. Su tarjeta, junto con las órdenes, fue colocada ante una cámara fotográfica.

—No comprendo por qué está armando tanto alboroto —dijo—. Supongamos que no esté autorizado para subir a bordo del Ganimedes. ¿Y qué? ¿Sería un crimen tan terrible?

El oficial gruñó y extrajo la hoja informe del robot.

—Muy bien —dijo finalmente—. Espere usted aquí un momento.

Salió cerrando tras de sí la puerta.

Lars miró atentamente toda la habitación, mientras su aturdimiento daba paso a la aprensión. ¿Qué es lo que iba mal? ¿Existiría alguna equivocación en la emisión de sus órdenes? Ciertamente, había olvidado pedir la firma del oficial del aeropuerto, pero ¿por qué había caído tan repentinamente la Policía de Seguridad Colonial sobre él? Seguramente no habría nada en el próximo viaje del Ganimedes que pudiera interesar tanto a la Seguridad.

¿O lo habría?

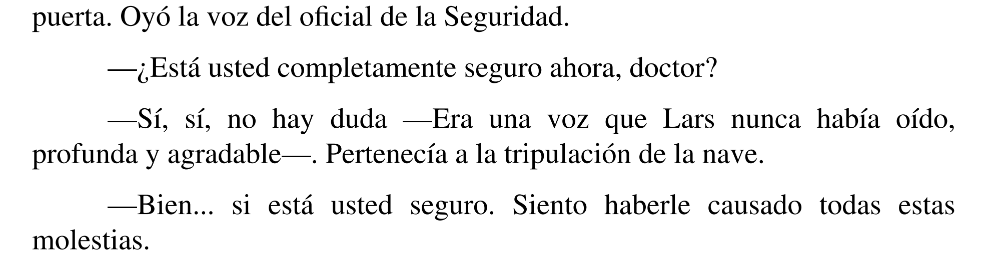
Sacudió la cabeza, confundido, y se sentó a esperar en el banco adosado a la pared.

No supo cuánto tiempo estuvo esperando en el diminuto y anodino cuarto. Le habían despojado de su cronómetro de pulsera y del saco antes de que el agente de la Seguridad cerrara la puerta. Lars se levantó y empezó a medir con sus pasos toda la habitación. Contempló unos instantes la cinta noticiario que parpadeaba en una pantalla cerca del rincón y la apagó con disgusto. Demasiadas preguntas sin respuestas le ocupaban la mente.

Sabía que su puesto en el Ganimedes había sido conseguido en la forma debida, de la misma manera que todos los oficiales en período de prácticas obtenían sus destinos. Cada nave estelar tenía por costumbre llevar dos oficiales novatos para entrenarlos en el verdadero campo de experiencias, y familiarizarlos con las obligaciones que pronto tendrían que asumir por completo en los navíos, explorando y colonizando planetas. El vasto sistema de planes de adaptación colocaba a los hombres capaces para ello, en los navíos de su elección, siempre que hubiera una plaza libre y que el comandante no pusiera alguna objeción. Para la mayoría de los hombres que salían de la Academia, la elección de navío no tenía importancia, pero el caso de Lars era distinto Había puesto su corazón en el Ganimedes cuando recibió el nombramiento, difícilmente pudo contener su alegría.

Pero ahora algo salía mal.

Después de lo que le parecieron horas, unos pasos se detuvieron ante la



puerta. Oyó la voz del oficial de la Seguridad.

—¿Está usted completamente seguro ahora, doctor?

—Sí, sí, no hay duda —Era una voz que Lars nunca había oído, profunda y agradable—. Pertenecía a la tripulación de la nave.

—Bien... si está usted seguro. Siento haberle causado todas estas molestias.

—Tonterías. No podía usted permitirse correr el riesgo.

—No, no podíamos, teniendo en cuenta la especial naturaleza de... bueno, ya sabe usted.

—Perfectamente. Y ahora, ¿dónde lo tienen ustedes?

La puerta se abrió y entró el agente de la Seguridad, seguido por un hombre alto, de unos treinta años, con cabellos rojizos y gafas de concha.

—Parece que está usted de suerte —comentó el agente, dirigiéndose a Lars— Voy a traerle sus cosas.

Cuando se hubo ido, el hombre de cabello rojizo contempló sonriente a Lars.

—¡Muchacho, escogió usted un mal momento para pasar por alto pequeños detalles, tales como esa firma! Les hubiera gustado tenerle picando piedra en Titán durante los próximos diez años. Supongo que le gustará tener esto.

Ofreció los documentos a Lars. Ahora estaban oficialmente refrendados.

—A propósito, yo soy Lambert. Creo que trabajaremos durante cierto tiempo.

—¿Es usted el ecologista del Ganimedes?

—Si quiere llamarlo así... Biólogo general y factótum en Biología. Ya se dará cuenta de que "ecología", en un navío explorador, cubre una multitud de faltas. Pero ya tendremos tiempo para todo eso cuando se haya adaptado un poco. Dejamos la Tierra esta noche, ¿sabes?

—¡Las órdenes de embarque señalan la semana próxima!

—¡Bien! ¡Así era, pero ahora ya no! —El doctor Lambert rio quedamente—. Será una semana bien corta.

—Mire, no lo entiendo —estalló Lars—. Primero me toman por espía... o algo semejante, cuando intento subir a bordo de mi propia nave, y ahora me dice usted que despegamos una semana antes de la fecha señalada. ¿Qué sucede? Y por otra parte, ¿por qué se preocupa tanto la Seguridad del

Ganimedes?

Lambert le lanzó una mirada de advertencia, al tiempo que el Agente de la Seguridad volvía con el saco y el cronómetro de Lars.

—Creo que será mejor subir a bordo, antes de que estos muchachos cambien de idea. Vamos.

Momentos después, una grúa de caballete los llevaba hasta el pulido costado del Ganimedes. Lars guardó sus refrenadas órdenes en el hermético bolsillo interior de su guerrera. Sobre su cabeza podía ver la amarilla luz de la escotilla de entrada, y nuevamente sintió la oleada de excitación en el pecho. ¡Su nave! Por el momento olvidó que sus preguntas habían quedado sin respuestas.

—Primeramente deseará usted instalarse abajo —iba diciendo el doctor Lambert—. El otro oficial en viaje de prácticas ya está a bordo, naturalmente. Serán ustedes compañeros de litera.

Lars asintió.

—¿Quién es? ¿Otro biólogo?

—Navegante. Creí que lo sabía —Lambert miró a Lars pensativamente—. Es un condiscípulo suyo; según dice, son ustedes antiguos camaradas. Aunque debo admitir que no me gustó mucho la forma en que lo dijo.

—¿Cómo dijo usted que se llamaba?

—Brigham —respondió Lambert— Peter Brigham. ¿Lo conoce?

Lars asintió lentamente mientras la grúa se detenía ante la escotilla de entrada.

Todas sus suposiciones de que el viaje a Vega III sería un juego de niños, se desvanecieron de su mente con un gemido. Conocía perfectamente a Peter Brigham.

II

EL EXTRAÑO CARGAMENTO

Lars ya no tuvo oportunidad de preocuparse por su compañero de litera cuando pasó por la escotilla de entrada del Ganimedes. Lambert se dirigió al oficial de cubierta, un hombre corpulento y rubicundo, cuyas elevadas cejas le conferían una expresión de continua sorpresa.

—Señor Lorry; este es Heldrigsson, el otro oficial en prácticas.

—Su nueva cabeza de turco, ¿eh? —Lorry se inclinó brevemente ante Lars—. Muy bien, llévelo abajo y asegúrese de que sabe cómo atarse. El jefe no puede verle ahora de todos modos, así es que tendremos que esperar hasta después del despegue.

Bajaron hacia los camarotes. En su camino pasaron por los laboratorios, estrechos compartimientos en los que alineaban pequeñas hornacinas y el equipo técnico, Lars reconoció la ultracentrifugadora empotrada en el mamparo, vio las filas de incubadoras, los agitadores y baños de agua, las cajas de cartón conteniendo pipetas y reactivos, aún sin abrir, pero fuertemente aseguradas para el despegue.

—Hay una gran diferencia entre las cosas rutinarias que han aprendido ustedes en los laboratorios terrestres y los que usamos en campaña —iba diciendo Lambert—. Aquí tenemos que concentrarnos, pero al mismo tiempo tenemos que ser rápidos, exactos y absolutamente cuidadosos para mantener una estricta técnica de aislamiento. Deje escapar un microbio extraño a bordo de una nave, y ésta puede darse por perdida. Pero más tarde tendremos tiempo para los detalles. Su camarote está a popa. Será mejor que se instale ahora.

Lejos, en la parte inferior de la nave, palpitaban los motores, enviando una ligera y rítmica vibración a través de cada riostra y cada plancha del suelo. Lars entró en el reducido camarote. Era poco más que un chiribitil, con dos catres uno encima del otro, dos estrechas escotillas de pared y un espacio libre de sesenta centímetros de largo.

Afortunadamente, pensó Lars, no pasarían mucho tiempo en el compartimento. Una buena parte de su instrucción había tratado de la organización de las astronaves y el sistema de vida a bordo de las mismas. Sabía que su camarote, al igual que todos los compartimentos del navío, quedaba sellado herméticamente cuando su escotilla ovalada se cerraba, poniendo en funcionamiento el suministro de emergencia de oxígeno. Bajo el catre inferior se almacenaban los trajes de presión, así como un pequeño cajón

sellado conteniendo agua y alimentos. A pesar de todas las precauciones, ocurrían accidentes en las astronaves; cuando así sucedía, cada sección de la nave se convertía temporalmente en una unidad de emergencia, que debía mantenerse por sí misma, para los hombres allí entrampados.

Pero bajo condiciones normales, los camarotes se usaban casi únicamente para dormir y al despegar o aterrizar. La propulsión Koenig producía extraños efectos en el cuerpo humano, había oído decir Lars. Según los rumores, no se preocupaba uno mucho por si el espacio estaba algo restringido. Todo lo que se deseaba realmente era un catre seguro al cual atarse y que nadie le molestase a uno durante un rato.

Un altavoz de pared crepitó y una voz metálica estalló en el diminuto cuarto:

—Toda la tripulación debe comprobar los compartimientos de despegue Este se efectuará a las veintiuna horas. Repito. Todos deben comprobar sus puestos.

El corazón de Lars se aceleró. En todos los viajes en astronave, el despegue representaba un momento crítico. La propulsión Koenig no podía usarse impunemente hasta que el navío hubiera contrarrestado la fuerza de gravedad planetaria. Lo cual significaba que los motores químicos y atómicos tenían que levantar del suelo el enorme peso del navío y lanzarlo hacia arriba, acelerando hasta alcanzar la velocidad de escape. Enormes giróscopos ayudaban a mantener la carga estabilizada y a guiar el curso del navío a través de los primeros... kilómetros, pero el espectro del desastre estaba siempre presente, hasta que, al fin, la nave volaba libre de las exigencias de la gravedad.

Hubo naves cuyos giróscopos se trabaron y que enviaron toneladas de metal y docenas de hombres a través de la atmósfera exterior, precipitándose vertiginosamente al mar. Nadie podía olvidar el Mercury, el cual arrasó Nueva Chicago con sus toberas aun rugiendo y que chocó contra 12.000 metros cúbicos de hormigón y granito antes de que la cámara de reacción estallara.

Pero una vez en libre vuelo, los campos para-magnéticos de la energía Koenig podían activarse impulsando la nave a través de un nodo de distorsión especial hasta llevarla al espacio normal; así se disminuía el tiempo de transporte interestelar a una fracción del requerido por la larga travesía. El viaje a Vega III duraría, teóricamente, dos meses ; podrían retrasarse un día o ganar dos, pero aproximadamente duraría sólo dos meses, viaje que por lo menos hubiera consumido 150 años por el sistema de Larga Travesía.

La energía Koenig era la que había dado las estrellas a los hombres.

Lars empezó a deshacer su equipaje, guardando sus efectos personales en uno de los armarios de la pared. Estaba a la vista que su compañero de

camarote ya había estado allí. Un usado uniforme estaba descuidadamente tirado sobre el catre inferior; tres zapatos se hallaban dispersos al azar por el cuarto y los dos armarios empotrados estaban llenos. Lars suspiró y empezó a vaciar el contenido de uno de ellos sobre el catre.

No había duda, meditó lúgubremente, de que su compañero de litera era Peter Brigham.

Casi había terminado cuando una voz exclamó detrás de él:

—¡Vaya! Si es el chico granjero.

Lars se enderezó y se volvió lentamente hacia el recién llegado.

—Hola, Peter —respondió serenamente—. Parece que de nuevo, por algún tiempo, seremos compañeros de habitación, ¿eh?

Como en los viejos tiempos, Peter Brigham se recostó contra el vano de la puerta; sus vivos y grises ojos vagaron sobre las pertenencias de Lars, extendidas encima del catre. Parecía mayor que Lars aunque tuvieran la misma edad. Era de estatura mediana, tenía cabellos negros como el azabache y el grueso labio inferior confería a su rostro cierto aire petulante Ahora sonreía con una leve media sonrisa que Lars había aprendido a reconocer durante el año que estuvieron hospedados juntos en la Academia

—Y yo que creía que estarías en el Norte, cazando osos polares. Supongo que pasaste bien los exámenes, después de todo.

—Los pasé. Tú también, por lo que veo.

—¿Creíste que no lo conseguiría?

—¡Oh, no! Sólo que no te he vuelto a ver desde entonces... ya sabes.

—¡Hum! El baile de gala, quieres decir —el joven moreno desvió la vista—. Sin rencor, espero..

Lars vaciló una fracción de segundo Luego repuso:

—Sí, sin rencor…

—Eso es bueno. Dime, ¿todavía te paseas con esto? —Peter cogió el pequeño álbum fotográfico del bolsillo del saco de Lars, sonriendo maliciosamente—. ¿Alguna nueva adición?

—Sí. Una nueva fotografía de la granja.

—Qué aburrido —Peter arrojó el álbum otra vez sobre el catre—. Y, ¿cómo siguen las heladas montañas de Groenlandia?

—Más o menos como la jungla de Nueva York. Mira, Peter, tendrías que salir a los campos y arar uno de ellos algún día. Te haría bien. Hasta es posible que se te quitara de la cabeza esa idea ce que toda la región es fría.

—Bien, creo que eso de arar te lo dejaré a ti —la media sonrisa reapareció—. En realidad tendría que estar ahora allí arriba, en la casucha del navegante, pero pensé que a bordo estaría el pobre Heldrigsson tropezando y que necesitaría alguien para enseñarle todo esto —los ojos de Peter se estrecharon—. Por cierto, he oído que tuviste algunas dificultades al subir a bordo de esta trampa para hombres.

Los músculos de Lars se atiesaron.

—Algunas. ¿Por qué?

—¡Oh!, por nada. Solamente que es otra de las raras insignificancias que ocurren en esta nave, eso es todo.

Lars continuó deshaciendo su equipaje sin añadir comentarios. Nunca le había gustado este delgado y amargo condiscípulo y no podía recordar ninguno que le desagradara más que él para tenerlo por compañero de camarote durante dos meses, en los reducidos compartimientos de la astronave. Pero él, por su parte, no deseaba confiar a nadie su propia convicción, que ahora iba cristalizando, de que definitivamente había algo que no era lo que parecía en la astronave Ganimedes.

—Sólo fue un enredo —dijo descuidadamente—. Se arregló en un momento

—Así me lo han dicho. El viejo Fox salió a batallar por ti. Está bien que lo hiciese, además, esos chicos de la Seguridad se ponen un poco bruscos en cuanto hay algo que se lo permite.

Lars únicamente le miró y continuó deshaciendo el equipaje. Por un momento reinó el silencio. Después, cuando Lars desempaquetó un carrete de cinta para leer lo que había traído, las cejas de Peter se elevaron.

—¡Diablos! —exclamó—. ¿No estás ya enfermo de tanto estudiar?

—Aún tengo mucho que aprender en mi campo de actividades —respondió Lars.

“Supongo que tu navegación estará ya oxidada”, pensó.

—¡Ah, sí! “Microbios de otros planetas.” Pero en serio, ¿no te cansas de todas esas apestosas placas de cultivo?

—Si no fuera por las placas de cultivo, no existirían colonias —respondió Lars brevemente—. Ni tampoco las tripulaciones exploradoras regresarían vivas.

—Jamás podrían posarse sin los navegantes.

—Es verdad, pero el navegante no proporciona el impulso de seguir adelante en el establecimiento de una nueva colonia. Ni tampoco el jefe. La tripulación exploradora puede husmear alrededor de todo lo que les guste y

decidir lo que quiera sobre un lugar, pero a la hora de la verdad es el ecologista quien dice sí o no. y tiene que saber lo que hace.

—Bien, quizás tengas razón —dijo Peter— Es una buena ocupación, supongo, para un empollón.

Lars enrojeció. Sabía que era lento. Habían hombres como Peter Brigham en la Academia que podían hacer rápidamente su trabajo, con poco o ningún esfuerzo. En cinco años, Lars nunca había visto a Peter desenrollar una cinta de lección hasta la semana anterior a los exámenes. Pero para Lars era diferente. Había llegado al final por el sistema de trabajo con ahínco en cada centímetro de su camino. Era un estudiante lento, un trabajador tenaz que seguía adelante a fuerza de profundizar y más. Las ideas le llegaban despacio; necesitaba tiempo para asimilar abstracciones y conceptos extraños y convertirlos en parte de su saber. Pero, una vez en su mente, allí se quedaban para siempre. No era rápido, sino obstinado y concienzudo.

Sólo vagamente sentía que estas únicas cualidades le ayudaron a terminar por fin en la Academia, frente a la dura competencia de otras mentes En el Servicio Colonial había un puesto para esa obstinación y minuciosidad, que toda la inteligencia del mundo no podía llenar.

Lars sonrió repentinamente.

—Te voy a decir una cosa: tú puedes revolotear por ahí con tus mapas estelares y yo empollaré, ¿de acuerdo? Pero cuando lleguemos a Vega III, yo sabré todo lo necesario sobre el lugar. Sabré qué clase de bacterias y virus pueden destruir este navío y las que podremos usar como defensa. Sabré lo que podremos comer y de qué cosas será mejor que nos apartemos y sabré si algún día habrá o no una saludable colonia terrestre en Vega III.

Peter le miró.

—¿De eso tratan todas esas cintas de lectura?

—Eso es.

—Bien, me gusta verte ocupado —dijo Peter—, pero me parece un poco tonto, considerando que el Ganimedes no va a Vega III

Por un momento Lars creyó haber oído mal.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. No vamos a Vega III. No vamos ni siquiera a un sitio remotamente cercano a ella.

—Pero el boletín del despacho...

Peter resopló.

—Ya sé lo que decía el boletín. Viaje de rutina a Vega III para la

fijación final del asentamiento de la nueva colonia. Esto es lo que se publica también en todas las cintas noticiarías, pero no es cierto. He mantenido los ojos bien abiertos y, si esta nave va a Vega III, me como esas cintas de lecturas con carrete y todo.

—Entonces, ¿dónde crees tú que vamos?

—No lo sé. Ni creo que lo sepa nadie a bordo, excepto el jefe y el navegante, y ellos no dicen nada. El navegante me dio esta tarde una conferencia sobre navegación con energía Koenig, mientras él establecía las coordenadas, pero no las estableció para Vega ni para ningún lugar cercano Debía de creer que yo no sabía nada sobre navegación interestelar.

—Quizás no sepas en realidad —dijo Lars bruscamente.

Esto hirió a Peter en un lugar sensible.

—Mira —replicó— si ni siquiera colocó el navío en el Sector adecuado. Podría montar y desmontar durmiendo los controles de navegación de este navío, y sé que esas coordenadas son inverosímiles. Pero eso no es todo, ni mucho menos. ¿Por qué tanto secreto? Durante una semana la Seguridad Colonial ha tenido este navío bajo constante vigilancia. Han puesto agentes por todas partes. Restricciones especiales para todos los tripulantes. Prácticamente nos han encerrado aquí desde el momento en que llegamos a bordo. ¿Por qué tantas precauciones si esto es solamente un viaje rutinario a Vega III?

Lars sacudió la cabeza.

—Quizás hayan descubierto un intento de sabotaje o algo así.

—Lo dudo. Ya nadie sabotea las naves del Servicio Colonial. Y eso no explicaría las otras cosas. ¿Cómo todas esas preguntas que hacía el comandante Fox?

—¿Preguntas?

—Sobre lo que pensábamos acerca de la posibilidad de encontrar seres con inteligencia en algún sistema estelar.

Lars se estremeció. Había oído decir que este era el tema favorito de Walter Fox, quien creía que, en algún lugar del Universo, tenían que existir otros seres inteligentes que algún día, en cualquier lugar, los hombres se encontrarían con ellos. No era un pensamiento agradable. Ya había bastantes peligros, y también la muerte, a los que hacer frente explorando sistemas estelares desconocidos, sin tener que encontrar miembros hostiles de una raza extraña. El Servicio Colonial empleó muchos años en hacer desaparecer tales temores y en convencer a los colonos de la Tierra de que no existían tales seres. Y a pesar de todo...

Peter le sonrió.

—¿Te inquieta un poco?

—Es absurdo —dijo Lars rápidamente—. Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—¡Oh!, no hay nada evidente, sólo detalles insignificantes. Y algo que se me ha olvidado mencionar y que no es tan significante. La carga que llevamos a bordo. Parece algo muy especial; apostaron triple guardia de la Seguridad mientras la cargaban. Algunos de los fardos eran pequeñísimos y muy pesados... pesarían toneladas. Y uno se rompió cuando la grúa lo subía. Los muchachos de la Seguridad lo cubrieron a toda prisa, pero yo pude echarle un rápido vistazo —la media sonrisa se insinuó en los labios de Peter—. Sea lo que fuere lo que había dentro, estaba envuelto en una cubierta de plomo de 20 centímetros de espesor. Ahora bien, ¿qué supones tú que un navío estelar pueda transportar que requiera un blindaje como ése?

El altavoz mural les interrumpió con una serie de graznidos y chillidos. La voz del señor Lorry inundó el compartimiento:

—Escuchen todos con atención. La astronave Ganimedes despegará dentro de quince minutos. Atense todos y esperen la señal de partida Esta se indicará por la cuenta descendente minuto a minuto. Aceleraremos durante diez segundos con propulsión atómica, antes de activar la energía Koenig. Estarán incómodos, pero esa incomodidad pasará. En cada armario hay una provisión alcaloide anfetamina para reducir la sensación de incomodidad. Se les aconseja tomar dos cápsulas ahora y otra cuando empiece la señal.

El altavoz enmudeció con un chasquido. Lars y Peter se miraron fijamente por un momento. Sabían lo que debían hacer. A lo largo de todo el tiempo pasado en la Academia tuvieron que hacer ejercicios de despegue y aterrizaje para prever casi todas las posibles emergencias especiales.

Pero ahora estuvieron por un momento como clavados en el suelo.

Luego, Lars empezó a revolver en el catre superior.

Ató fuertemente las correas en tomo a sus brazos, hombros, caderas y piernas, mientras tragaba las verdes cápsulas y esperaba oyendo el "trum, trum. trum" de los ociosos motores, muy abajo en el casco.

Parecieron transcurrir horas antes de que el altavoz de la pared empezara la señal, con un ritmo lento y monótono. Bip... bip... bip. Las luces parpadearon y se extinguieron, y ellos continuaron esperando.

De pronto Lars se dio cuenta de que estaba asustado. El sudor le cubría la frente; todos los músculos de su cuerpo estaban tensos. Esto no era una excursión de recreo a la Luna, ni un corto viaje a Marte o Titán. Era el salto a una estrella, el momento que había deseado desde que era un muchacho que observaba el destello de los cohetes elevándose en el cielo del Sur. Su mente remolineaba de asombro y excitación. “Hacia las estrellas”, pensó, y el

pensamiento rebotó en la oscuridad con un agudo grito de aprensión: “Hacia qué estrella”.

“Vega.”

“O hacia algún otro lugar.”

Repentinamente el trum-trum-trum se elevó de tono, aumentando al mismo tiempo rápidamente su velocidad, siempre más fuerte Al principio, Lars creyó que se dormía, al tiempo que caía hacia atrás sobre las blandas almohadas del catre. Sintió su cuerpo pesado, se le cerraron los párpados... Pero no era sueño. Un enorme, insoportable y asfixiante peso le oprimía, aplastándolo, sofocándolo. Apenas podía aspirar aire con los pulmones.

Hubo un cambio, una sacudida, cuando la presión cedió por un momento, para oprimirle luego con más fuerza todavía. “Ya estamos en el aire”, pensó locamente. “Con energía atómica, ahora. Demasiado tarde para volverse atrás”. Sintió la poderosa fuerza de los motores pasar a través de sí' mismo, hasta que todo su cuerpo vibró con la nave.

Pasaron los minutos. La presión aumentó. Quiso mover la cabeza, pero ésta se hallaba oprimida contra la almohada por el terrible peso de la aceleración. “No puedo respirar”, pensó. “¿Cuánto tiempo durará esto...?”

Y entonces, bruscamente, desapareció la presión y una nueva sensación la reemplazó. Se sintió crecer, desmesurada y enormemente, mientras que la habitación y el catre parecían encogerse a su alrededor. Tuvo la sensación de quedarse dormido, cayendo vertiginosamente, lejos de sí mismo, lejos de todas las cosas. Una rítmica vibración apareció en las profundidades de su cuerpo y de su mente, creciendo rápidamente y sacudiéndolo, espantosa y mortal en su intensidad. Intentó gritar, pero ningún sonido salió de garganta. Solamente la silenciosa vibración que aumentaba a cada instante.

Y entonces supo lo que era: la energía Koenig, impulsando el navío a través del espacio con increíble rapidez, deshojando años de luz, traspasando los límites de la velocidad de la luz, llevando la nave a través de una distorsión del mismo espacio.

Hacia las estrellas...

Ya estaban en el aire. Fuera sólo existía la nada. Durante dos meses su navío estaría encerrado en un capullo protector de energía, escudándolos de las fuerzas exteriores que podían convertirlos en átomos informes. Estaban en el espacio, al fin en camino.

Al mismo tiempo que Lars caía en la oscuridad del primer período de reacción producido por la propulsión, un pensamiento se abrió paso dificultosamente en su cerebro: “¿Hacia dónde? Si no es Vega, ¿qué otra estrella será? ¿Con qué propósito. Y, ¿con qué extraña carga en la bodega, cómodamente envuelta por veinte centímetros de cubierta de plomo? ¿Qué

carga concebible”...?

Vagamente, el pensamiento huyó de su alcance cuando intentaba hallar una respuesta, luego volvió a enfocarse con exactitud. Sus ojos se abrieron de repente y se encontró mirando fijamente en la oscuridad.

Conocía la respuesta. La carga podía consistir únicamente en una cosa. La nave transportaba bombas. Bombas termonucleares, declaradas en la Tierra fuera de la ley, siglos atrás.

Pero ¿por qué?

Mientras caía, impotente, en pesado sueño, ninguna respuesta vino a contestar a esta pregunta.

II

COHETE HACIA EL. LIMBO

No estaba dormido ni dormido ni despierto. Durante un tiempo indefinido pareció que yacía inmóvil, envuelto en suavidad, anhelando un sueño que no acababa de llegar. El trueno y el monótono golpeteo de los motores habían tomado una calidad musical, un compás militar que repetía sin descanso, como un disco rayado de gramófono.

A su alrededor reinaba la oscuridad impenetrable del espacio, sin estrellas ni planetas. Sonidos amortiguados que no podía identificar, llegaban hasta él y sintió oleadas de náuseas que recorrían su cuerpo. De pronto, con increíble rapidez, la oscuridad fue rota por una penetrante luz, como si una estrella de primera magnitud reventase con una violenta llamarada, despidiendo fajas luminosas de color.

Lars abrió los ojos y la inmensidad del espacio se desplomó a su alrededor, comprimiéndose en el pequeño camarote y la estrella se convirtió en la luz de la pared. John Lambert se hallaba al lado de su catre, limpiándole el brazo con un algodón empapado de alcohol.

—¿Qué...?

—Quédese tranquilo e intente descansar —dijo amablemente Lambert —. Se le pasará.

Lars quiso levantarse, pero las correas aún le sujetaban al catre.

—¿Se me pasará? ¿Qué es lo que ha de pasárseme?

—La reacción, naturalmente —Lambert le frotó otra vez el brazo y puso la jeringa a un lado.

—La propulsión Koenig causa algunas extrañas sensaciones, sobre todo si nunca se ha experimentado antes. ¿Se encuentra mejor ahora?

Lars asintió, todavía aturdido, y se desató. Al cabo de un momento se dejó deslizar hasta el suelo.

La litera de Peter Brigham estaba vacía.

—Le necesitaban en la cabina del navegante, de modo que primero le solté a él —observó Lambert.

—¿Cuánto tiempo...?

—Más o menos siete horas. Vine a investigar hace media hora y usted

estaba aún inconsciente, como un boxeador noqueado.

Lars se restregó la frente cautelosamente

—Me siento también como si estuviera fuera. ¿Siempre afecta así?

—Más o menos. Al cabo de cierto tiempo se aprende a soportar los efectos. Es más una reacción psicológica que otra cosa. Ya no sé si es en realidad una parte del tiempo-espacio, como comúnmente lo conocemos. Sólo una especie de burbuja que lo atravesara, se podría decir. Aunque los matemáticos se retorcerían si se les dijera así.

Emplean muchos términos incomprensibles en relación con el campo de distorsión Koenig.

—Lo apostaría.

Lars se hundió en la litera, intentando aún mentarse. Se sentía como si hubiera dormido semanas enteras.

—¡Así es que estamos en camino!

—Sí, decididamente estamos en camino y bastante lejos. Me molestaría lo indecible el tener que volver a casa en bicicleta.

—Pero no estamos camino de Vega.

Del modo en que Lars lo dijo no era una pregunta. Era una afirmación.

Lambert se detuvo en la operación de envolver otra vez la jeringa y alzó la vista, sorprendido. Luego se echó a reír.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Lo que he dicho.

—¿Hay en su familia algún telépata? ¿O solamente está usted mirando su bola de cristal?

—No soy capaz de jugar a los teledados desde que tenía seis años —dijo Lars tercamente—. No es preciso ser telépata para saber que hay algo muy extraño en esta pequeña excursión.

—¿Por ejemplo?

Lars le explicó lo que Peter había dicho sobre las coordenadas y le contó sus propias sospechas. Empezó a exponer lo que había conjeturado sobre la carga de la bodega, pero se interrumpió. Algo pareció gritarle en su interior, advirtiéndole: "No juegues todas tus cartas de una vez”.

Lambert le escuchó y sacudió la cabeza.

—Parece que se ha dedicado usted a sumar dos y dos —dijo finalmente—. Y en efecto, está usted en lo cierto, por lo menos en parte. El Ganimedes no va a Vega III. Pero yo no sé a dónde va. Todo lo que sé es que despegó

bajo órdenes secretas y que todos los figurones del Servicio Colonial están muy preocupados e inquietos a causa de su misión, cualquiera que sea. Parece que es un viaje de un tipo muy especial.

—¡Pero no pueden lanzar a la nada dos docenas de hombres sin decirles a dónde van! —protestó Lars—. Es... es contrario a la Ley.

—Descubrirá usted que el Servicio Colonial hace bastante a menudo lo que quiere, con ley o sin ella —dijo Lambert secamente—. ¿Qué va usted a hacer? ¿Protestar? Y, ¿ante quién podría protestar? Está en medio del espacio.

—Pero el comandante Fox...

Lambert sonrió.

—Yo no iría a chillarle a Walter Fox demasiado pronto, si fuera usted. Además, ha convocado una reunión de tripulantes para dentro de una hora y quizás entonces tendrá noticias para todos. Mientras tanto, ¿le gustaría echar un vistazo al espacio?

La lumbrera de observación de estribor estaba a oscuras cuando entraron.

—Mantenemos las cortinillas oscurecedoras en acción para el caso de que alguien entrara sin estar preparado —dijo Lambert—. ¡Mire ahora!

Apretó el interruptor y la lumbrera se inundó de brillante luz. Al principio, Lars creyó que venía del interior de la nave; luego vio que atravesaba la enorme cúpula de observación, mientras los observadores se deslizaban, ya desconectados, Lars miró fijamente, boquiabierto, la brillante exposición que se extendía ante él.

Había esperado ver la enorme oscuridad, negra como la tinta, tachonada por miríadas de brillantes puntitos. En varias ocasiones había hecho viajes de entrenamiento de la Tierra a la Luna, viajes con motores de energía química y atómica solamente, y en ellos el espacio se mostraba así... enorme, vacío y solitario. Había sido una visión imponente, la vista del espacio que los primeros pioneros habían contemplado al intentar llegar a las estrellas, un año tras otro, durante la Larga Travesía.

Pero esto era increíblemente distinto, e increíblemente pasmoso y bello. Alrededor del navío, como si fuera una fúlgida envoltura distante sólo un metro de las planchas del casco, corría un resplandor anaranjado y rielante que flameaba como pequeñas lenguas luminosas, rodeando la nave con su fuego. Detrás de esto no se veía la oscuridad ni la luz de las estrellas. En cambio, aparecían vacilantes relámpagos de brillante luz: anaranjados, amarillos, azules, violetas, dibujando complicados esquemas de color sobre el fondo gris pálido. Parecía como si la nave estuviera en medio de un calidoscopio que girara con gran rapidez, equilibrada, remolineando entre esquemas geométricos de brillantes colores, pavorosos por su intensidad y por

las impresiones absolutamente desconocidas que provocaban en el ojo humano.

Lars sabía que allí no había nada extraño, sólo una distorsión del espacio y del tiempo, deformados por la energía de la impulsión Koenig. Lo que estaba viendo era sólo el reflejo de los retorcidos y torturados canales energéticos violentamente alterados por el campo Koenig. Hasta que se cortara la propulsión no volvería a verse la familiar escena de negro espacio y brillantes estrellas. Pero entonces aparecía un sistema estelar nuevo, una nueva región de la Galaxia que mostraría desconocidos modelos de brillantez.

Cerró los ojos, aturdido. Se podía mirar solamente unos instantes antes de que la hipnótica luminosidad fuera demasiado deslumbradora. Lambert corrió de golpe la cortinilla oscurecedora y encendió las luces de la cámara.

—¿Sorprendido?

Lars asintió, sonriendo avergonzado.

—No esperaba esto.

—Bien —dijo Lambert—. Tendrá algunas sorpresas más antes de que pase el día, supongo. Bajemos a la reunión.

Era una reunión embarazosa

Lars supo desde el momento en que entró en el pequeño salón, que él no era el único miembro de la tripulación que se había dado cuenta de que no todo iba bien. Los hombres esperaban en pequeños grupos hablando ellos en voz baja, lanzando miradas oblicuas a la escotilla que conducía a la sección de control del navío. Lars pudo ver a Peter Brigham al otro lado de la habitación, hablando rápidamente con un hombre delgado, de aspecto famélico, con pálidas mejillas y ojos saltones, que parpadeaban y asentía de vez en cuando mientras escuchaba. Otros hombres que pasaban por su lado se pararon a escuchar inclinándose hacia Peter. De todos los grupos surgió un sordo rumor de intranquilidad; no irritado pero tampoco del todo pacífico.

Lambert alzó las cejas y recorrió la habitación de una ojeada, y Lars pudo ver cómo una sombra de preocupación cruzaba su rostro.

Tomaron asiento cerca del fondo de la sala.

—Su joven amigo parece estar hablando mucho —observó Lambert.

—Eso parece. ¿Quién es ese a quien está hablando?

—¿El flaco? Es Jeff Salter, auxiliar de navegación. Algo más allá está el navegante, Morehouse.

Lambert señaló a un joven de cara alegre que sudaba sobre un proyector de cintas, preparándolo activamente para ponerlo en disposición de usarse.

—¿Películas?

—Eso parece —asintió Lambert.

Otro grupo de hombres entró y se acomodó lentamente en los asientos colocados alrededor del cuarto. El salón estaba adecuadamente amueblado para hombres que tendrían a veces largos periodos de tiempo libre y cuyos departamentos vivienda eran naturalmente restringidos.

De unos estantes ranurados, colocados a lo largo de la pared, salían tableros de mesa; algunas vitrinas estaban llenas de naipes y juegos. La pared más alejada estaba atestada de cintas de lectura y varias máquinas para leer. En el rincón parpadeaba la televisión tridimensional. Transmitida defectuosamente a través de la propulsión Koenig, pero claramente discernibles, se veían un hombre y dos muchachas que construían pirámides y espirales con telebloques alegremente coloreados, colocando una pieza sobre otra con grandes muestras de dificultad al tiempo que las estructuras crecían locamente.

La escotilla se abrió y Tom Lorry, el imponente segundo oficial, entró seguido por un hombre alto y pesado, vestido de gris Colonial. El corazón de Lars saltó en su pecho, era la primera vez que veía al comandante Walter Fox, aunque las recias facciones del explorador, su severa mandíbula y las greñas de pelo gris sobre los ojos azul pálido les eran tan familiares como su propio rostro visto en el espejo. Probablemente Lars conocía a Walter Fox mejor que nadie en la nave, a través de las cintas y películas, ya que había leído todos los informes de todas las expediciones que Walter Fox había capitaneado. Mas, a pesar de todo, era emocionante ver al hombre en persona entrar en la habitación, con su figura autoritaria, firme y precisa en sus movimientos; mientras sonreía y saludaba a los hombres y se sentaba en el borde de una mesa, en la parte frontal de la sala.

“No es un hombre para enredarse con él”, pensó Lars para su capote. “Un hombre al que no me gustaría ver enfadado conmigo, verdaderamente, pero un buen hombre para mandar la nave a cualquier sitio que vaya”.

Tom Lorry golpeó la mesa pidiendo orden v contó los hombres presentes. Eran veintidós, incluyendo a Lars y Peter, el personal completo para una expedición de primera clase del Servido Colonial. Lorry se inclinó ante Fox y se sentó cerca del proyector, entregando un carrete de cinta a Morehouse.

—Todos están aquí, comandante.

—Bien, entonces podemos empezar.

Fox miró lentamente a su alrededor; sus ojos se detuvieron una fracción de segundo cuando encontraron los de Lars y otra vez cuando descansaron sobre Peter.

—Se ha hablado mucho en la nave de si hay algo raro en este viaje, sobre que hemos despegado bajo órdenes falsas, de que no vamos a Vega sino a otro lugar, de que nos dirigidos a un sitio crestado, donde tendremos que guardar cuarentena durante seis meses, etcétera, etcétera. Así que creo que lo mejor será aclarar el ambiente antes de empezar nuestras rutinas normales de tránsito. —Miró a Lambert—. Hablando de esto, ¿alguien tuvo dificultades esta vez con la reacción?

—Nada digno de mención —respondió Lambert.

—Bien. —Fox se reclinó contra la mesa—. Estos rumores son como cualquier otro, falsos y verdaderos. Es absolutamente cierto que el Ganimedes ha despegado bajo órdenes restringidas y que no nos dirigimos a Vega. —Hizo una pausa para dejar que esto penetrase, mientras se alzaba un zumbido de voces y los hombres arrastraban inquietados los pies—. El Servicio Colonial consideró necesario el secreto, y creo que al instante comprenderán por qué, si me dejan continuar. En cuanto al resto de historias descabelladas, de las que he oído trozos aquí y allá, están muy lejos de acertar en el blanco. Son ustedes unos individuos poco imaginativos. Veamos la cinta, Paúl.

A través de la habitación, Lars pudo ver un reflejo malicioso en los ojos de Peter, mientras éste se inclinaba hacia Jeff Salter y le murmuraba algo al oído. Entonces las luces se atenuaron y la pantalla cobró vida. El zumbido de las voces se aquietó.

La pantalla mostraba la imagen de una astronave del Servicio Colonial reposando sobre su andamiaje de despegue en el cosmódromo de Catskill. Al principio Lars creyó que era el Ganimedes, pero pequeños detalles estructurales resultaban diferentes. Dos grúas cargaban afanosamente la nave, cuando la voz del comandante Fox se alzó sobre el chasquido del proyector.

—El navío que ven aquí es la astronave Planetfall. Era un navío de exploración de primera clase del Servicio Colonial, puesto en servicio el 17 de noviembre de 2347..., hace exactamente tres años y medio. ¿Lo recuerda alguien?

Reinó el silencio. Luego alguien dijo:

—¡El Planetfall..., sí! Mandado por Millar, ¿verdad?

—Eso es.

—¿Se probó yendo a Siro I y quemó dos generadores?

—Eso fue antes de ponerlo en servicio —contestó Fox—. Esto le dio una reputación de navío gafe, pero era un buen explorador de planetas. Llevaban los nuevos motores Koenig modificados que tenemos y una tripulación exploradora completa de veintidós hombres. Con Millar a bordo, estaba equipado para llegar a cualquier planeta de cualquier sistema estelar que pudiera ser alcanzado durante el tiempo de vida de un hombre y traer de

vuelta todos los datos que el Servicio Colonial necesitaría para abrir una colonia. Están viendo aquí su carga para el viaje Buen navío el Planetfall.

Observaron las oscilantes fotografías mientras la cámara se acercaba al objetivo. Las grúas subían y bajaban; todo alrededor de la nave era un ansioso bullicio de actividad. La cámara se detuvo sobre unos embalajes de mercancías que estaban siendo izados hasta la bodega, mostrando el nombre y destino de la nave escritos a ambos lados.

—Un momento —dijo repentinamente uno de los hombres—. Este navío fue lanzado al sector Marakov, ¿verdad? Hacia una nueva estrella o algo así.

—He aquí un hombre con buena memoria —replicó el comandante Fox —. Su primera misión fue la de un gran salto hasta el sistema planetario de una estrella conocida por Lobo. Muy lejos de aquí. Las estrellas cercanas con colonias están comparativamente a la vuelta de la esquina. Se identificó a Lobo en placas fotográficas y esto fue lo más cerca de esta estrella que el hombre pudo llegar. Nunca tuvimos una nave en ningún lugar cercano anteriormente Pero el análisis de las placas dijo que era una estrella de tipo solar y que tenía planetas. La misión del Planetfall consistía en cartografiar esos planetas y regresar con toda la información que pudiera sobre las probabilidades de éxito de una colonia que se estableciera allí. No necesito decirles por qué. Saben también cuán desesperadamente la Tierra necesita de nuevas colonias para su gente.

—Recuerdo el gran alboroto que hubo cuando despegamos —dijo un hombrecito al lado de Lars—. Televisión tridimensional de gran alcance y todo lo demás. Lo convirtieron en una gran producción. Fue hace unos tres años, quizá menos. Pero hubo algo, que no recuerdo bien, en ese viaje. ¡Ah! ¿Cuándo regresó?

—No regresó —dijo el comandante Fox.

Reinó el silencio en la habitación. Luego se elevó un murmullo de voces.

—Pero yo oí...

—Hubo una especie de informe...

—¡Sí, sí! El Servicio Colonial dijo..

—El Servicio Colonial le echó tierra al asunto —cortó Fox en voz alta —. Publicaron un breve informe en algunos de los periódicos oficiales, según el cual el Planetfall había sufrido un accidente en el espacio debido a algún error en su impulsión y se había desintegrado. Silenciaron la historia en la prensa y sólo muy pocas teorías llegaron a la vista del público en revistas especializadas. Tuvieron que hacerlo así. No podían permitir que se esparciera la alarma y estropeara el programa de colonización. Pero esos informes no

tenían ni remotamente nada que ver con lo que en realidad le ocurrió al Planetfall.

Los murmullos se acallaron mientras el comandante continuaba.

—Sabemos que despegó en dirección a Lobo hace dos años y ocho meses. Sabemos que nada le ocurrió a su impulsión porque estuvo en contacto con el telecomunicador terrestre del Servicio Colonial desde el momento en que despegó. Empleó la impulsión Koenig en el momento fijado y alcanzó el sistema Lobo. Sabemos esto. Dio detalles acerca de seis planetas que estaban en órbita alrededor de un sol blanco amarillo, y escogió a Lobo IV como el más prometedor de los seis para un fin de etapa preliminar y comprobación del piloto automático. Sabemos esto, pero es lo único que sabemos de cierto. El Planetfall descendió y desapareció. Recibimos algunas señales durante la fase de descenso y después nada. —Fox apagó el proyector y aumentó las luces; luego miró a su tripulación—. Nuestra misión es breve y precisa, caballeros. Vamos a Lobo IV para encontrar algún rastro de esa nave si aún existe alguna pieza lo bastante grande para que la identifiquemos. Si no existe ninguna, nuestra tarea será descubrir qué le pasó a la astronave.

Otra vez se apoyó contra la mesa Nadie tenía nada que decir. Los hombres le miraban fijamente y también entre sí, sacudiendo las cabezas.

—Bien, eso es todo —dijo el comandante—. Naturalmente, habrá algunos cambios en las rutinas preparatorias. Desde el punto de vista de equipo y preparación, estamos en un crucero de exploración hacia un sistema desconocido, Significa que tendremos que hacer un programa de estudio completo cuando lleguemos; no solamente la comprobación de lugar que tenían ustedes preparada para Vega III. Tendrán mucho tiempo para prepararse, ya que estaremos tres meses y medio en viaje. Y ahora, si no hay más preguntas, daremos por terminada la reunión.

El hombre de aspecto famélico llamado Jeff Salter había estado murmurando en voz bastante alta con Peter Brigham a través de la habitación; ahora se levantó con una arruga de cólera que le cruzaba la frente.

—Espere un momento, comandante. Creo que tenemos que hacerle una o dos preguntas.

El comandante Fox frunció el ceño y se encaró con el hombre.

—Muy bien, oigámoslas.

—Bien, quiero decir que esto es muy repentino, esperando como esperábamos hacer un corto viaje de ida y vuelta a Vega —Jeff Salter se frotó la barbilla y frunció el entrecejo—. Y no acabo de comprender la historia de ese Planetfall. ¿Descendió en Lobo IV o no?

—Sí, descendió.

—¿Y se recibieron mensajes?

—Así es.

—Ya veo. Pero ¿se estrelló?

De pronto toda la atención se enfocó sobre el hombre alto y delgado que preguntaba. A su lado, Peter Brigham continuaba sentado, mirando fijamente al vacío.

—Quiero decir que si se estrelló en el descenso y cesaron de recibirse las señales, no tiene mucho sentido el mandar una nave a su busca, ¿verdad?

El ceño del comandante Fox se acentuó.

—No se estrelló; por lo menos sus mensajes parecían indicar un descenso seguro. Llegaron algunos mensajes inteligibles después de su descenso, pero aparentemente las condiciones atmosféricas eran terribles y no se recibieron bien. Lo que nos llegó era todo muy confuso y difícil de entender.

—Pero no se estrelló. —Salter pareció reflexionar un momento sobre esto, y luego preguntó—: ¿Qué le sucedió?

—Esto es exactamente lo que nosotros tenemos que descubrir —cortó Fox—. Me parece que está intentando dificultar que entendamos esto, Salter. Si lo desea puede usted leer las órdenes tal como vinieron del despachador.

—Oh, no me preocupo mucho de lo que dicen las órdenes —respondió Salter—. Lo que me preocupa es solamente lo que ocurrió en el Planetfall después de su descenso en ese sitio y por qué nos manda el Servicio Colonial hacer este viaje. —Miró rápidamente a Peter y se volvió nuevamente al comandante—. No comprendo todo ese secreto por la siguiente razón: se han estrellado antes muchas naves exploradoras y nunca se armó tanto jaleo... fue a causa de los frenos y nada más. Así que, ¿por qué se alarma tanto el Servicio Colonial por tener que decir la verdad sobre el Planetfall? ¿Por qué han de preocuparse de la probable reacción de los colonos, a menos que la tripulación encontrara algo en Lobo IV que justificara la alarma?

—No nos dejemos llevar por la imaginación, ¿quieren? —Lo voz de Fox sonó repentinamente encolerizada—. ¿Qué podrían haber encontrado?

—Esto es lo que yo le pregunto, comandante.

—No sabemos lo que encontraron. Ya se lo he dicho. No sabemos qué es lo que sucedió.

Lambert, sentado junto a Lars, sacudía la cabeza.

—Salter está haciendo suposiciones —murmuró agudamente—. Quizá se les estropeó la radio y las condiciones de la superficie los borraron antes de lograr la conexión. Mil cosas pudieron suceder. Está soñando con fantasmas

—No sueña nada por su cuenta —replicó Lars—. ¿No ve usted con quién ha estado hablando?

Pero Salter estaba nuevamente en pie.

—Comandante, si éste es solamente un simple viaje de reconocimiento para intentar localizar una nueva pérdida, y todo lo que usted sabe es lo que acaba de decimos, toda la organización parece muy extraña. Quizá hayan algunas cosas que usted no sabe de cierto, pero que sospecha y que nosotros debiéramos conocer. Me parece que tiene usted una idea bastante aproximada de lo que ocurrió al Planetfall cuando descendió sobre Lobo IV y de lo que encontraron allí. Creo que tal vez sepa usted por qué estaba tan alarmado el Servicio Colonial sobre la reacción pública para no atreverse tampoco a publicar la verdad. De otra forma, ¿por qué transportamos bombas de fusión en la bodega de la nave?

Lars oyó cómo la respiración de Lambert silbaba a través de sus dientes. Reinó un silencio eléctrico mientras los hombres miraban fijamente a Fox. Los ojos del comandante se volvieron por un instante hacia Tom Lorry con una mirada de alarma inequívocamente clara.

—¿Quién le ha contado eso, señor Salter?

La voz de Peter Brigham se elevó agudamente.

—Yo. Les vi cargarlas.

Fox se frotó la barbilla Lanzó una mirada feroz a Jeff Salter y se volvió a Peter.

—Sí. Ya veo. Tal vez sea usted el que hubiera tenido que hacer todas las preguntas, Brigham. Parece estar usted pensando en mi lugar ¿Qué significa todo eso para usted?

La respuesta sonó corta y punzante en la silenciosa habitación.

—Seres extraños —dijo Peter.

Golpeó a Lars como un mazazo y sintió un frío nudo en su estómago. Miró fijamente a Peter, erguido, desafiante, luego al comandante. De repente todas las cosas extrañas que habían ocurrido desde el momento que pisó la cinta rodante para subir a bordo del Ganimedes, veinticuatro horas antes, encontraron un significado y supo que ésta era la única respuesta posible.

Era una respuesta atemorizante.

El comandante Fox golpeó la mesa con el puño y se puso en pie, temblándole los hombros.

Por un momento miró ferozmente a Peter; luego aspiró profundamente, con la cara gris.

—Muy bien, si desean las peores respuestas posibles, se las daré —dijo ásperamente—. La nave corre grave peligro. No tenemos manera de saber realmente, por cierto, más de lo que ya les he dicho: que el Planetfall descendió, perdió el contacto por radio y que nunca lo restableció. No podemos saber por los mensajes qué fue exactamente lo que sucedió. Solamente pudimos suponer, sospechar y llegar a conclusiones que podrían ser erróneas sobre lo que supimos. Tuvieron dificultades... de qué clase y por qué causa, no lo sabemos. Pero sea lo que fuere, detuvo al navío en su camino y nunca más nos hemos puesto en contacto con él.

El comandante Fox volvió de nuevo a su mesa.

—Por eso el Servicio Colonial ha mantenido un secreto tan riguroso; no a causa de los que sabían, sino a causa de los que no sabían Esos últimos mensajes han sido estudiados y analizados en todas las formas posibles y solamente hay una conclusión que parezca tener sentido: que la tripulación del Planetfall encontró una raza de seres inteligentes en Lobo IV.

Ni una palabra salió ahora de la tripulación. Continuaron sentados, inmóviles como piedras, mientras el comandante Fox proseguía:

—Nos dirigimos a Lobo IV en busca de ese navío, caballeros. No sabemos lo que encontraremos allí, quizá nada en absoluto. O tal vez seamos completamente destruidos en el momento de descender. Quizá nos encaremos con un poder hostil al que no tengamos forma de hacer frente, o quizá con una nueva era para la humanidad en la que el contacto con una raza de seres amigos nos enriquezca tanto como nosotros podemos enriquecerlos a ellos. Pero no sabemos cuál de las alternativas ocurrirá, y de lo que sabemos por el Planetfall, estamos forzados a esperar lo peor. Tomamos parte en una expedición en busca de seres extraños, señores, en un cohete al Limbo. Y yo estoy forzado, en contra de todo lo que creo, a llevar las más destructivas armas de la Tierra, según mandato de las autoridades de ésta.

El comandante inclinó la cabeza hacia el señor Lorry y se volvió para irse.

—Si ya no hay más preguntas, nos separaremos y pondremos esta nave en buenas condiciones. Lo necesitaremos.

Los hombres continuaron sentados donde estaban durante varios segundos después que la escotilla se cerrara con un golpe detrás del comandante. Después, silenciosamente, se levantaron y salieron uno a uno hacia sus puestos respectivos.

La discusión entre ellos no empezó hasta más tarde.

IV

"LO QUE SIGUE ES MOTIN"

Aunque un observador casual no hubiera notado nada, era muy claro para Lars Heldrigsson que había ocurrido un cambio fundamental en la astronave Ganimedes y en su tripulación desde que el comandante Fox había revelado la verdadera naturaleza de su viaje.

El cambio era ciertamente sutil. No había nada definido que Lars pudiera señalar, nada que pudiera sujetar con alfileres en un informe o disecar bajo un microscopio, pero estaba allí, tan seguramente como Lars mismo. Se extendía por la atmósfera, vagaba por los oscuros corredores, murmurando a través de los camarotes y salas de tripulación, invadiendo incluso los tranquilos confines del laboratorio biológico donde Lars pasaba la mayor parte de su tiempo. Reinaba una sensación de incomodidad, de algo que se alzaba y crecía, algo temible y violento, siempre presente y jamás definible en término alguno.

Un veterano hubiera dicho que la nave llevaba la marca del Argonauta y otros veteranos hubieran sabido lo que quería decir exactamente, aunque no hubieran podido explicarlo a los jóvenes. Era la marca de la perdición, del inevitable desastre que ningún esfuerzo humano podía tener esperanza de impedir y sobre todo la marca de la futilidad, la desesperanza y el temor.

Sin embargo, el Ganimedes no alteró su curso ni un momento. El rumor de los motores Koenig en las profundidades de su bodega continuaba sin fallar, conduciéndolo como un monstruo destructor sin inteligencia, siempre adelante. Su curso estaba establecido y ajustado minuciosamente; respondía a él con la perfección de la ajustada máquina que era en realidad.

La primera reacción de Lars a causa de las noticias de su meta, fue una deslumbradora mezcla de excitación y temor. Mientras iba desde el salón al camarote, su mente ardía, excitada. ¡Así que no sería un juego de niños, después de todo! La perspectiva de un viaje de ida y vuelta a Vega III, aun considerando su posición de novato en la nave, nunca le había provocado esa clase de excitación. Ciertamente era un novato en el espacio interestelar; tenía mucho que aprender y sólo ahora empezaba a darse cuenta de cuánto. Hasta el más simple y menos emocionante de los viajes hubiera resultado interminablemente nuevo y estimulante. Ni siquiera el tener a Peter Brigham de compañero de litera hubiera podido quitarle el atractivo a eso, pensó torcidamente. Pero Lobo IV era algo completamente distinto.

Era lo que el Servicio Colonial llamaba una "nueva estrella"... territorio

desconocido, un nuevo sol al que ver, nuevos planetas que explorar; quizá un nuevo hogar para la atestada humanidad, cincelada en la cruda materia de un suelo virgen. No había informes preliminares en los que confiar, ni anotaciones de exploraciones previas. Era el descubrimiento de planetas en un sistema nunca contemplado por los hombres.

Pero aquí se enfrió de repente su creciente excitación, ya que sabía que eso no era del todo cierto.

La estrella Lobo y Lobo IV, su cuarto planeta, habían sido vistos por los hombres. Una nave llegó allí hacía tiempo y se desvaneció. Habíase posado desaparecido sin un murmullo. Lo que el Planetfall había encontrado allí nadie lo sabía de cierto, pero no había forma de olvidar un simple hecho: algo habían encontrado. Y esto era el motivo del temor, del frío núcleo de miedo que Lars sentía en lo profundo de su pecho y que nunca lograba rechazar por completo.

¡Seres extraños!

No había nada en qué pensar, nada a lo que referirse, nada a los que temer, excepto la idea misma en sí. En la mente de Lars el concepto de vida extraña era una gran nube gris de vacío, insondable e informe. Hasta ahora nadie había tenido contacto con seres extraños. Con pequeños animales y plantas animadas, sí, y hasta con insensibles cosas móviles que a primera vista parecían tener mente propia. Pero un ser sensitivo, pensante, una criatura extraña, inteligente., no se había encontrado nunca. La idea era impresionante. El saber que una criatura pudiera estar esperándoles en Lobo IV era a la vez pavoroso e increíble.

Deseó de pronto poder fingir que no era cierto, y en el mismo instante supo que lo era. Tenía que serlo, ya que el Planetfall se había desvanecido sin una palabra.

Peter Brigham estaba en el camarote cuando llegó Lars.

—¡Bien! —dijo maliciosamente—. Pensé que estarías en el laboratorio estudiando la bioquímica de seres desconocidos. ¿O es que hay por aquí algunas cintas sobre ese asunto?

—Sólo estuve de paso —dijo Lars.

Peter se recostó en el catre inferior, sonriendo.

—Es algo que cambia el color del viaje, me parece.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que nos han embarcado narcotizados, hermano.

Lars trató de recordar el significado de la antigua expresión. Peter se echó a reír.

—Ya sabes lo que significa. Cuando se usaban barcos de vela en la Tierra y se necesitaban años para hacer un simple viaje de dos horas, no encontraban tripulaciones que quisieran ir de buen grado, así que los emborrachaban y los ponían a buen recaudo. Cuando volvían en sí estaban demasiado mar adentro para volver a casa nadando.

—No es lo mismo —protestó Lars.

—Me gustaría verte regresar desde aquí por tus propios medios, No hay ninguna diferencia, excepto que existen leyes contra estas cosas y siguen en vigor, y que el viejo Fox las ha transgredido todas.

Lars miró por un momento al joven de pelo negro.

—Pareces estar bastante satisfecho por eso.

—¿Yo? —Peter sonrió desagradablemente—. Yo no. Vaya, si estoy tan excitado por eso como todos los demás. Jeff Salter, por ejemplo.

—Salter no hubiera dicho una palabra si tú no le hubieras sugerido las preguntas, y eso lo sabes muy bien.

—Bueno, ¿y qué? ¿Quién iba a escuchar a un oficial en prácticas en una astronave? Y ya era hora de que alguien tuviera suficiente sentido como para hacer unas preguntas. ¿O quizá prefieres hacerte a un lado y dejar que Walter Fox haga una carnicería con todos nosotros?

—¿Por qué acusar al comandante Fox? Está obedeciendo órdenes, lo mismo que nosotros.

—Seguro. Como Millar en el Planetfall Sólo que el Planetfall no tenía las órdenes necesarias para cubrir la situación. —Peter se dirigió a la escotilla —. Después de todo, el Servicio Colonial no es una organización militar. Todos nosotros firmamos contratos para este viaje, y el que yo firmé no decía nada de Lobo IV, con órdenes o sin ellas.

Lars rio ahogadamente.

—¿Qué piensas hacer? ¿Pedirle al comandante que dé la vuelta a la nave y volverte a casa?

Peter ya no sonreía.

—Mantén los ojos abiertos —dio lentamente—. El viejo Fox aún no ha terminado de contestar preguntas.

Después se fue, dejando a Lars mirando fijamente la escotilla. Quedó así por un momento. Luego se levantó y se dirigió al laboratorio

Había mucho trabajo por hacer.

Hasta después de haber pasado una hora en el laboratorio biológico en compañía de John Lambert, Lars no tuvo idea de la cantidad y variedad de

preparativos que requería un viaje exploratorio a una nueva estrella. Y después de esta primera hora, ya no tuvo tiempo de preocuparse de Peter, de la tripulación, del destino de la nave o de cualquier otra cosa. Como Lambert había dicho al empezar, había más trabajo que hacer que dos mortales podían realizar en el poco tiempo de que disponían.

Así es que se pusieron a trabajar.

En gran parte era un trabajo pesado y monótono, pero tenía que hacerse. Se tenían que preparar modelos de cultivos frescos, esterilizarlos, ponerlos en placas y almacenarlos. Los útiles de cristal y los instrumentos debían calibrarse minuciosamente. Había que preparar con esmero soluciones reactivas frescas, ya que el éxito o fracaso de una misión podía depender de una fracción de pH o de un cuarto de centímetro cúbico mal calculado. Lars pasó horas ante las micro balanzas pesando, midiendo, disolviendo, destilando, comprobando variaciones de volumen y constantes moleculares.

Pero había otro trabajo que solamente Lambert podía enseñar a Lars. Aquí era posible consultar cintas, pero sobre el terreno, cuando fallan todos los recursos, sólo un hombre experimentado en el trabajo puede desenvolverse.

Y Lambert era un excelente maestro. Cuando podía haberse mostrado impaciente, era tolerante; cuando podía haber sido mezquino, no lo era.

—No se puede saber mucho por adelantado —diría una y otra vez—. En un nuevo planeta la vida de la tripulación depende de usted. Tiene usted que saber lo que ha de buscar y de lo que debe precaverse.

—Pero si es un planeta nuevo, ¿cómo puede usted saber eso? —protestaba Lars cansadamente—. Yo diría que tendría usted que esperar y observar.

—Si lo hiciera usted así, su primer viaje sería seguramente el último —rio Lambert ahogadamente—, Naturalmente, no podemos predecir problemas y peligros concretos hasta que no estemos allí, pero sí podemos prepararnos para atrapar algunos rápidamente, descubrir cuáles son peligrosos y preparar vacunas. ¿Qué sucederá con la atmósfera? Podemos estar preparados para comprobarla en diez minutos y saber si podemos soportarla o no. Y, ¿qué hay sobre las proteínas vegetales y animales, y la calidad del suelo?

Se quitó los lentes y se pasó una mano por el pelo pajizo.

—Todo lo que estamos intentando hacer es reducir las desventajas iniciales. Lo conseguirá usted, pero significa ahondar más y más.

Y esto es lo que hicieron. Mientras pasaban los días, Lars dejaba raramente el laboratorio, excepto para comer y dormir Trabajó obstinadamente para aprender las técnicas de comprobación y análisis, los procedimientos de evaluación. Estudio el procedimiento normal a seguir y

desarrolló con Lambert hipótesis en las que su situación difería de lo normal, en puntos especialmente dificultosos que originaban problemas especiales. Lambert planteó, a modo de ensayo, situaciones basadas enteramente en especulaciones y los repasó luego pacientemente con Lars, señalando aquí una omisión decisiva, allí la muerte segura de la tripulación, y, lentamente, Lars fue aprendiendo.

A pesar de todo, nunca pudo desprenderse de la sensación de temor y de peligro en aumento mientras la nave se acercaba implacablemente a su destino. Y la meta era Lobo IV, luego...

¿Qué? ¿Qué pasaría después?

Al principio del cuarto período diurno después de la reunión de la sala, Lambert estaba fuera cuando Lars entró en el laboratorio. Llegó unos momentos más tarde, chupando su pipa apagada, con un preocupado ceño que arrugaba su frente. Se paseó refunfuñando por el laboratorio hasta que Lars preguntó:

—¿Qué sucede?

—No lo sé —Lambert sacudió disgustadamente la cabeza y se dejó caer en una silla—. Algo pasa en esta nave y no me gusta nada.

Lars dejó el portaobjeto que había estado examinando y alzó la vista.

—¿Que pasa algo? ¿Qué?

—No lo sé. Nada concreto..

—Quizá no sea nada; pero no, algo es.—Miró enojadamente a Lars—. Charlas. Refunfuños **y** quejas. Susurros. Ya lo sé; si se ponen juntos en estrechos compartimentos a veintidós hombres durante unas pocas semanas, siempre habrá quejas; pero esto es diferente. Se advierte una tonalidad muy fea.

Lars se movió el labio durante un momento.

—Hay algo que quisiera preguntarle.

—Dispare.

—¿Sabía usted que íbamos a Lobo IV?

Lambert pareció sorprendido.

—¡Ni mucho menos! Sabía que estábamos bajo órdenes estrictamente secretas, eso sí, pero no sabía que transportábamos bombas de fusión.

—Y sin embargo, usted, entre todos los hombres del navío, tenía que haberlo sabido, me parece. Todavía no comprendo el porqué del secreto.

—Temían las filtraciones.

—Así que las noticias podían filtrarse ¿Y qué?

Lambert miró fijamente a Lars.

—¿Tiene usted idea de la reacción que se produciría en la Tierra si trascendiera la noticia de que una nave terrestre había encontrado seres extraños hostiles?

—Bien... Supongo que eso alarmaría un poco a la gente.

—¡Alarmarles! ¡Muchacho, habría un pánico como no se ha visto en la Tierra desde hace siglos! El programa de colonización desaparecería como una bocanada de humo de color rosa. El Servicio Colonial se declararía innecesario. La Tierra se armaría hasta los dientes para defender su amada vida y sólo Dios sabe qué pasaría con las colonias ya establecidas. El sistema entero se desmoronaría y volveríamos a estar donde estábamos cuando empezamos, hace trescientos años. Esto es lo que pasaría.

—Pero ¿por qué? Si nadie ha visto a uno de esos seres, ¿por qué estar tan mortalmente asustados de ellos?

—Precisamente por-eso. Lambert suspiró y trató de encender otra vez su pipa—•. Los seres humanos son criaturas muy valientes, siempre que sepan contra qué están luchando. Pero póngalos ante algo por completo desconocido, totalmente inconcebible para ellos, y se aterrorizarán. No tiene sentido, pero ha sucedido incontables veces. Miedo a lo desconocido. Ha constituido una plaga para la humanidad desde el año uno y aún no nos hemos librado de ella.

Lars le guiñó y sacudió la cabeza.

—No “todo” el mundo perdería la cabeza.

—Los suficientes para convertirlo en un desastre.

—Pero suponga que esos seres extraños no sean hostiles en absoluto. Suponga que sean amistosos.

Lambert sonrió cansadamente.

—Los seres extraños a nosotros, por definición, son hostiles, Walter Fox ha estado luchando contra esa idea desde que salió por primera vez al espacio. Es de sentido común que en algún lugar, algún día, después de siglos de exploración, los hombres tienen que encontrar una raza extraña a la nuestra en las estrellas. Esos seres pueden ser buenos o malos. Sería un juego aterrador intentar descubrir cuál de las dos cosas, pero si fueran buenos, podríamos enriquecernos inmensamente con ese contacto. Fox cree que lo que está en juego vale la pena. Cree que encontraremos alguna vez seres distintos a nosotros y que éstos serán buenos Pero Fox es un solo hombre contra millones. Habla, pero nadie le escucha. Y sin embargo, sigue esperando que él será quien tome contacto con esos seres. Llámele fanático, si quiere. Por mi

parte, creo que tiene razón.

Lambert se levantó despacio.

—Por eso no me gusta lo que estoy oyendo por toda la nave. Los hombres se están dejando dominar por el pánico a pesar del acondicionamiento psicológico a que han estado sometidos y a pesar de todo el cuidado que se tuvo al seleccionar a los tripulantes para esta misión. Son los mejores hombres que existen, cada cual en su especialidad, y aun así tienen miedo. A mi parecer eso significa solamente una cosa.

Lars sintió nuevamente el nudo en su estómago.

—¿Qué?

—Hay alguien a bordo que siembra deliberadamente el pánico. Alguien que es lo bastante listo para quedarse a cubierto y poner las palabras precisas en boca de los demás. Creo que ustedes también saben quién es.

Lars guardó silencio durante algún tiempo. Después dijo:

—Supongo que lo sé. Pero ¿por qué? ¿Por qué lo hace?

—Si encuentra usted la respuesta a tiempo, puede evitarle a esta nave muchas dificultades —dijo Lambert con abatimiento—. Porque nos dirigimos a un conflicto con más rapidez que hacia Lobo IV.

Las conversaciones, al parecer, eran superiores de lo que Lars había imaginado. La tensión en la nave había aumentado tremendamente desde que él se había puesto a trabajar tan afanosamente en el laboratorio. En los grupitos que acechaban furtivamente por los corredores, en las coléricas palabras que se cruzaban en el bar comedor, en las señas y susurros, se adivinaban las complicaciones inminentes.

Ahí estaba Jeff Salter, hablando con el auxiliar de ingeniero y el operador de radio en el salón, mientras miraba cautelosamente alrededor para evitar ser oído por los intrusos.

En voz baja, decía:

—Nos han embarcado a la fuerza, esto es lo que ha pasado. Ya sabéis lo que significa.

Y:

—El viejo Fox no tiene ningún derecho legal a obligarnos a continuar. Firmamos unos contratos, ¿verdad?

Y:

—¡Conejillos de Indias! En eso nos han convertido. ¿Estáis muy ansiosos por ser héroes, muchachos? Yo, no.

Y, en el corredor, por la parte exterior de los dormitorios, amortiguadas voces decían:

—A Fox no le importa lo que le suceda al navío ni a los hombres. Lo que desea es gloria personal.

O:

—...no pudo conseguir una tripulación que firmara en forma regular...

O:

—¡Claro que es comandante, pero esto es abuso de autoridad, os digo! Ningún tribunal de la Tierra le absolvería si se conocieran debidamente los hechos.

Y detrás de todo eso, siempre presente, aquí y allá, estaba Peter Brigham, sin decir nunca mucho, sólo aquí una palabra, allá una mueca maliciosa, una pregunta en el momento preciso.

Y Tom Lorry que revelaba en su cara burlona la gran preocupación que sentía, mientras corría la nave mostrando su tirantez aunque intentaba ocultarla, tratando de captar todo el significado de la tensión creciente sin llegar a conseguirlo.

Y Paul Morehouse, el navegante, perdida su afable expresión usual, con líneas de preocupación que marcaban su rostro cuando comprobaba la orientación y volvía a calcular la ruta, y cuando subrayaba el progreso diario de la nave para el informe que debía presentar al jefe.

Y Walter Fox, con sus pálidos ojos azules, siempre alerta, siempre firme, siempre confiando mientras recorría la nave comprobando los preparativos, inclinando aquí la cabeza, recorriendo allá, desatendiendo las frías miradas, las cortas respuestas, los murmullos.

Un nuevo día, más susurros, nuevas quejas.

Peter Brigham evitaba ahora cuidadosamente a Lars, levantándose antes de que éste se despertara, no permaneciendo nunca en el camarote, siempre en medio de un grupo en el salón, nunca solo.

Lars lo encontró, por fin, justamente al volver a su camarote cuando empezaba otro período de sueño. Apagó rápidamente la luz cuando Lars la encendió otra vez y se dirigió lentamente a su armario. Empezó a desnudarse.

—¿Qué crees que estás haciendo —preguntó de repente, volviéndose hacia Peter—. Vamos, sé que no estás dormido. ¡Contéstame! ¿Qué crees que estás haciendo?

Peter le miró lánguidamente.

—¡Viejo Ojo de Aguila! Me has vigilado, ¿verdad?

—Puedes apostar a que lo he hecho.

—Muy bien, entonces dímelo. ¿Qué es lo que hago?

—Mira esto no es una broma —dijo Lars— Has puesto a los tripulantes de esta nave a punto de estallar en cualquier momento. ¿No sabes lo que pasa? ¿No ves lo que vendrá a continuación?

Peter se sentó de pronto y dejó de sonreír. Fijó atentamente los ojos en el rostro de Lars.

—No, dime qué vendrá.

—Un motín. Y lo sabes tan bien como yo. Has hecho todo lo que estaba en tu poder para volver esta tripulación en contra del comandante Fox. Les has puesto las palabras en la boca y las ideas en la cabeza. Y, si juegas bien tus cartas, tendrá éxito, además.

Peter estalló en carcajadas mientras se apretaba los costados con los brazos, y se revolcaba sobre el camastro.

—¿Y sólo ahora se te ocurre la idea? ¿Dónde has estado? —Recobró la respiración y la risa terminó tan de repente como había empezado—. Pero está muy bien, muy bien. ¡Si la idea se ha filtrado hasta tu nivel, es que la cosa funciona!

—¡Funciona!

—Sí, funciona. Te dije que Fox tendría que responder a algunas preguntas, ¿no es verdad? Bien, esa era mi intención. Aún no ha empezado a contestar.

—Pero un motín...

—Un motín logrará ciertamente una cosa— dijo Peter Brigham con los dientes apretados—, que Walter Fox no despegará con ninguna otra astronave de la Tierra, jamás. Aunque se necesita un motín para derrotarle.

V

NO HAY SITIO PARA LOS COBARDES

Durante un largo momento reinó el silencio, mientras Lars miraba con fijeza a Peter. Luego se sentó lentamente en el banco apoyado a lo largo del mamparo.

—Así es que estás en contra de Fox —observó—. No te importa el sitio a que va esta nave ni lo que podamos encontrar allí. No te inquietas por eso en absoluto, sólo te interesa perjudicar a Walter Fox.

—Ahora lo comprendes —dijo Peter.

Lars sacudió la cabeza.

—No lo comprendo, Peter. Lo que haces no tiene sentido. Tienes como jefe al mejor descubridor de planetas que jamás haya mandado la Tierra al espacio, e intentas amotinar su tripulación y hacer que lo degraden. ¿Por qué? ¿Qué mejor comandante podríamos tener? Ha capitaneado tripulaciones por sistemas planetarios desconocidos y tuvieron confianza en él y los trajo de vuelta. ¿No sabes lo que Fox ha hecho?

—¡Oh, sí, lo sé muy bien! Tú eres quien no lo sabe. —Peter miró a Lars desdeñosamente—. Estás tan cegado por el culto al héroe que no reconocerías la verdad de Walter Fox aunque entrara ahora mismo y le pegara un golpe en los dientes. Ni siquiera sé por qué me preocupo en hablar contigo.

—Sé que Fox es un gran hombre, si eso es lo que quieres decir, y estoy orgulloso de encontrarme a bordo de su nave.

—Lo sé, lo sé —suspiró Peter—. Has leído sus libros y todos los bellos reportajes periodísticos de sus viajes, todos singularmente favorables para Walter Fox. Grandes publicaciones en la prensa, emisiones en la televisión tridimensional fantásticamente palpitantes, todo. Esta es tu idea del hombre.

—¿Y la tuya?

—Que es un fanático y un loco —estalló Peter—. En primer lugar, ¿por qué crees que se me envió a esta nave para este viaje? Porque Fox supo lo del Planetfall y removió cielos y tierra hasta que le dieron un navío y hombres para ir en busca de la astronave perdida. ¿Por qué estaba tan ansioso ¿Crees que por causa del Planetfall? A Fox no le importaba un comino el Planetfall. Pero se olió que en ese asunto había mezclado seres extraños a nosotros los humanos, y eso significaba que él tenía que ir, no importa cómo lo consiguiera ni a quién arrastrara consigo. Darle una nave y mandarle a Lobo IV era lo mismo que darle un cuchillo a un maníaco homicida y soltarlo en medio de una ciudad.

—No puedo creerlo —dijo lentamente Lars.

—¿Cómo podrías? Sólo has mirado una cara de la moneda. Los noticiarios no te cuentan la otra parte: que Fox está tan obsesionado con su idea de ser el primero en establecer contacto con cualquier ser extraño a los hombres, pero inteligente, como sus tripulaciones de satisfacerla. Ha perdido más tripulantes que cualquier otro comandante explorador. Y ¿sabes por qué? Porque no está satisfecho con encontrar buenos lugares para las colonias y volver a casa después con la nave, para dejar continuar la colonización a los exploradores. Tiene que explorar detenidamente cada planeta en busca de la evidencia de vida inteligente. Si mata a la mitad de su tripulación al hacerlo, tanto peor.

Lars miraba fijamente, horrorizado por la violencia que se advertía en la voz de Peter.

—Le odias verdaderamente, ¿no es verdad?

La boca de Peter se torció.

—Odio todo lo que él representa.

—Pero es más que eso —dijo Lars—. Es impropio de ti, no te va de ningún modo. Te recuerdo tal como eras en la Academia, siempre mostrando ese sarcasmo, actuando como si odiaras

a todo el mundo y a todas las cosas, y sin embargo, casi te suspendieron en los exámenes finales del último curso porque pasaste toda la semana en que solías empollar enseñando al pequeño Barnes, que estaba a punto de que le suspendieran en el primer curso.

Peter se encogió impacientemente.

—Seguro que lo habrían suspendido si no hubiera recibido alguna ayuda.

—Sí, pero tú le ayudaste. Todo ese sarcasmo y amargura no fue más que una farsa cuando ya no había nada que hacer con Barnes, ¿verdad, Peter?

—Muy bien, así es que soy un ángel disfrazado.

—No, nada de eso, pero ahora estás poniendo en peligro a toda esta tripulación, solamente para poder cortarle el cuello a Walter Fox. No concuerda, Peter. Soy torpe, pero no ciego. Y todas esas historias sobre Fox y sus tripulantes en la exploración...

Peter estaba en pie, con ojos llameantes.

—¡Son ciertas! —gritó—. Son ciertas. Tú no lo sabes. Crees que es un gran hombre, pero es cruel, estúpido y malvado. —Repentinamente su voz sonó diferente; el sarcasmo y la arrogancia desaparecieron y habló sinceramente, casi suplicante—. Mira. Escúchame sólo un minuto. Hubo un

descenso en Saturno IV hace diez años, quizás once, ¿recuerdas? Era la primera vez que una nave tomaba tierra allí; los reconocimientos preliminares les habían prevenido en contra, pero Fox descendió. Podía haber sobrevolado la superficie en una embarcación de reconocimiento, pero temía pasarse algo por alto. Creyó que había encontrado la evidencia de un ser extraño en ese planeta, así que condujo a su tripulación a través de 16.000 kilómetros de tormentas de polvo y desierto, sin protección adecuada contra el sol, sin bastante comida o agua.

’’Fox no encontró a un ser extraño, pero cuando la tripulación regresó a la nave todos ellos sufrían quemaduras por la radiación y tres murieron. No, tú nunca leíste la historia completa de este viaje, porque no la publicaron. Tuvieron miedo de asustar a los colonos. Pusieron la colonia en marcha, también, pero los tres hombres que murieron no volvieron a la vida. Les erigieron un monumento en Arturo IV y se olvidaron de ellos y del viaje tan pronto como pudieron.

—Espera un momento —dijo Lars—. Leí el diario de vuelo de ese navío. Había algo sobre demonios del polvo...

—Quieres decir la obsesión de Fox. Quizás recuerdes los nombres de los hombres que murieron.

—Uno era Markovsky, el ingeniero. Y Lindell y...

La mandíbula de Lars cayó y miró fijamente a Peter.

—Sigue —dijo Peter.

—Yo... no sabía...

—Tres nombres sobre una lápida —dijo Peter—. Markovsky y Lindell y Brigham. Tomás Brigham, oficial navegante de la astronave Mimas, capitaneada por Walter Fox. Mi padre.

En algún lugar del corredor sonó un timbre anunciando la hora. Lejos, bajo sus pies, los motores de la nave sonaban sordamente, enviando el vibrante “trum-trum-trum” una fracción de segundo más rápido que antes. A veces se oía el rumor de una voz sobre ellos, el ruido de una bota en las planchas metálicas, sonidos familiares de una nave en ruta, ya que una astronave nunca está silenciosa. Pero por un momento el diminuto camarote pareció existir en un mundo separado.

—No lo sabía —dijo Lars.

—Claro que no.

La voz de Peter era sorprendentemente amable, con una amabilidad que Lars no le había oído nunca. Le impresionó más que las palabras que Peter había vociferado un momento antes Había conocido sólo la concha de Peter, su cólera, su amargura y su arrogancia. Pero ahora, repentinamente, supo que

todo eso tan sólo había sido una defensa, y lentamente Lars empezó a comprender muchas cosas. Cosas que habían asombrado muchas veces, cosas que nunca había comprendido acerca del joven delgado y moreno que tanto le disgustaba.

Antes, sólo había visto el oído que Peter mostraba al mundo; ahora con repentina comprensión, vio la miseria y la soledad que se escondían tras ese odio. Se imaginó a un muchacho, quizá de diez años, recibiendo la noticia de que su padre había muerto en algún lugar, en algún lejano planeta. La noticia creó en su alma un vacío que jamás pudo colmar nada. Luego vio al muchacho, ya mayor, inquiriendo, haciéndose a sí mismo preguntas, deseando conocer por qué murió su padre, impacientándose en su miseria y soledad ante los parcos informes publicados, buscando otros tripulantes, preguntando...

¿Respuestas verdaderas? ¿O falsas? No importaba. Lo único que importaba era devolver el golpe, odiar al mundo que había matado a su padre, odiar al hombre que había sido el responsable directo de su muerte. Pero el odio es un sentimiento vil que se esparce y mancha todo lo que toca, retorciendo las verdaderas inclinaciones y ocultando el fondo de bondad que antes existiera.

Lars lo vio claramente y sacudió la cabeza asombrado.

—Entonces, tú estabas decidido a venir a bordo del Ganimedes. Empeñado a llegar hasta Fox de algún modo, no importa cómo.

—Tenía que subir a la astronave que él mandara —dijo Peter—. Si no lo hubiera conseguido esta vez, lo habría conseguido la próxima, o la siguiente. Hay muchos hombres llamados Brigham, Fox no sabrá nunca quién soy hasta que yo esté dispuesto a decírselo. Tenía que hacerlo. Alguien ñeñe que detenerle, como sea, soy yo quien va a hacerlo.

—Pero ¿y los demás?,

Peter apretó los labios.

—Tengo que detener a Fox. Lo siento por los demás, pero no puedo remediarlo.

—Haces mal, Peter.

—No mandará nunca más una astronave de la Tierra.

—Pero ¿no ves que tu venganza puede causar La muerte a todos los hombres de a bordo?

—No veo cómo. Le haremos volver atrás. No irán a Lobo IV, a menos que lo deseen, en un próximo viaje, con un hombre capaz de mandarlos.

—Supongamos que tienes razón en lo que dices de Fox y supongamos que no le haces volverse atrás. Entonces, ¿qué? Descender en Lobo IV con La

mitad de la tripulación maniatada, sin moral alguna, sospechando de los demás... —Lars sacudió la cabeza—. Puedes destruir a todos los hombres del navío si continúas con esa idea. Puedes originar un motín a bordo, los hombres de la tripulación están andando por el filo de un cuchillo. Supón que cojan las armas, que intenten apoderarse de la nave sin suficiente preparación, en un momento inoportuno. Habrá lucha, Peter. ¿Cuántos morirán sólo porque tú desees vengarte de Walter Fox? Y los que consiguieran regresar, ¿crees que los tribunales terrestres aprobarían un motín? Los que regresaran serían encarcelados para toda la vida.

El rostro de Peter estaba pálido. Miró a Lars durante un largo momento. Luego dijo:

—Lo siento. Si hubiera un medio mejor...

—¡Lo hay!

—¿Cuál?

—Mira, no sé si tienes razón o no sobre lo del comandante Fox. No lo sé. Lo que sí sé es que ha traspasado los límites legales en este viaje. Cualquier cosa que hagamos ahora será criminal, ya que él es la ley en esta astronave mientras ésta surque el espacio. Muy bien. Ayudémosle ahora. Vayamos a Lobo IV y encontremos al Planetfall, si es que está allí. Luego, cuando regresemos, presentaremos contra él todos los cargos que podamos soñar, y presionaremos hasta el máximo. Secuestro, conspiración, incompetencia... cualquier cosa que tenga un fundamento. Pero cuando regresemos, Peter, con la ayuda de un abogado espacial después de cumplir con todos los requisitos.

—No puedo ayudarle ahora. Absolutamente en nada. No puedo.

—Muy bien, no lo hagas; pero no le combatas. Si lo haces, nadie podrá regresar. Tendrás que actuar rápidamente. Salter está soliviantando a toda la nave y tienes que detenerlo de alguna marera, pero lo que te digo es lo único que se puede hacer. Podremos atrapar a Fox cuando todo haya pasado.

Peter miró a Lars.

—¿Podremos?

—Si detienes el pánico que has empezado y continúas hasta cumplir la misión, te ayudaré todo lo que pueda cuando volvamos.

—¿Me das tu palabra?

—Ya la tienes.

Peter se rascó la mandíbula.

—Quizá pueda irlo frenado poco a poco. Salter es el que habla más, pero todos están dispuestos a entrar en acción en cualquier momento Tendré

que darme prisa.

Las luces del camarote se apagaron.

En algún lugar sobre sus cabezas, sonaban gritos y pisadas de hombres a la carrera y se oyó cerrarse una escotilla. Peter saltó de su litera y se pusieron a escuchar. Oyeron más gritos y un disparo.

—¡Demasiado tarde! —murmuró.

El altavoz de pared crepitó y la voz de Tom Lorry dijo:

—Toda la tripulación debe ponerse sobre las armas en sus puestos respectivos Vayan cada uno a su sitio ahora mismo. La nave está ahora en estado de alarma general.

La voz se detuvo y el locutor calló.

—¡La bodega! —gritó Peter—. Intentarán llegar a los motores.

Y luego él y Lars corrieron por el oscuro corredor, con las linternas de pulsera relampagueando mientras por la mente de Lars pasaba una y otra vez el pensamiento que ya era demasiado tarde. ¡Ya es demasiado tarde!, se repetía.

Lo que sucedió después fue tan rápido que Lars nunca estuvo seguro del orden en que ocurrieron los acontecimientos. Se sucedieron las impresiones... cuerpos que se movían presurosos, luces que brillaban en la oscuridad, gritos confusos de hombres, redobles de campanas en los puestos en que se desarrollaba la lucha... Lars se precipitó a través de la oscuridad, siguiendo la brillante linterna de pulsera de Peter Brigham; bajaron por una escotilla y, por un largo corredor, se metieron en otra, negra como la pez. De pronto la luz no les reveló suelo ni paredes, sino solamente un estrecho pasamanos metálico y una pasarela. Lars se sobrecogió, aturdido, cuando sus botas golpearon el enlistonado metálico. Luego Peter desapareció delante de él y Lars buscó a tientas, al final de la pasarela, los travesaños metálicos de la escalera.

Una placa metálica del suelo, un pasadizo que conducía a los negros y macizos motores y el zumbido de éstos convertidos ahora en un aullido frenético junto a sus oídos. Peter se detuvo jadeante, mirando en la oscuridad, y escucharon más pasos en la pasarela superior, una maldición, un destello de luz.

—¡Atrás! —susurró Peter, y arrastró a Lars a lo largo de la pasarela.

Esta formaba un puente entre los tableros de control de las máquinas y la escalera de la pasarela. Tres hombres, más quizá, bajaban ahora los peldaños, empezando a trasponer la pasarela.

—¡Alto! —cortó la voz de Peter en la oscuridad.

Su linterna brilló sobre los rostros de los tres hombres. Jeff Salter iba en cabeza. Detrás de él aparecieron Bob Tenebreck, el geólogo, y otro hombre.

Salter se detuvo en seco, manteniéndose en equilibrio.

—¿Brigham? Quítate del paso. Tenemos que apoderarnos de esos motores.

—No sirve de nada. Fox estaba sobre aviso. Estaba preparado. No podemos llevarlo a cabo.

—¡Puedo parar perfectamente esos motores! —rugió Salter—. Eso no les permitirá mantenerle en pie por un buen rato.

—¡No es el momento! —rugió la voz de Peer—. Tienes que aplazarlo.

La delgada cara de Jeff Salter se torció.

—Apártate de mi camino. Voy a pasar por aquí.

Se movió hacia ellos seguido de cerca por los otros. Lars empujó a un lado a Peter como si fuera una pluma y opuso a Salter el bloque macizo de su cuerpo. Su ancho hombro se estrelló contra el delgado pecho del asaltante, lanzándolo hacia atrás. Salter saltó de pie con un rugido y cargó sobre él. Lars le golpeó duramente con un derechazo que le hizo girar la cabeza y continuó con un izquierdazo al cuerpo. Salter se derrumbó gruñendo. Pero Tenebrack cogió fuertemente a Lars por el hombro, haciéndole girar hacia el puño del otro hombre. El puño le golpeó antes de que Lars pudiera librarse y golpear a sus dos asaltantes. Cuando lo consiguió Tenebrack cayó de rodillas, se revolvió con un gruñido y recibió el puño de Lars en plena boca. Cayó con tanta fuerza que su cabeza resonó contra la plancha del suelo.

El tercer hombre miró a Lars dudando antes de acercársele.

—Venga —gruñó Lars con los dientes apretados—. ¿Estás esperando ayuda?

De pronto se encendieron las luces y la voz de Lorry bramó desde la pasarela:

—¡Muy bien, ustedes! ¡Quédense donde están!

Lorry bajó por la escalera con una pistola automática en la mano. Paul Morehouse le siguió, mirando con sorpresa a los dos hombres caídos en el suelo. Lorry se adelantó rápidamente, registrando los bolsillos de Peter. Luego movió la cabeza en dirección de Morehouse.

—Limpio. ¿Los detuvo usted?

Esto iba para Lars.

Lars tragó saliva y asintió.

—¿El le ayudó? —preguntó Lorry apuntando con el pulgar a Peter.

Lars asintió de nuevo.

—¡Ah! Bien, será mejor que se frote la barbilla. Parece como si los hubiera mordido en la yugular. Ahora suban al salón y arrastren a éstos con ustedes. —Miró a Salter y Tenebreck que se ponía en pie—. Basta de bromas ahora, o se arrepentirán.

Salter gruñó, agarrándose la cabeza. Lorry sonrió a Lars.

—Vamos, Horacio. Échale una mano.

La reunión en el salón fue tensa y colérica. El comandante Fox se encontraba allí con la cara pálida y los apretados labios formando una delgada línea a través de su rostro. Lorry, Morehouse, Lambert y Kennedy, el fotógrafo, iban armados con pistolas automáticas; el brazo de Kennedy estaba sostenido por un cabestrillo improvisado y el puño blanco aparecía manchado de sangre.

Al lado de la habitación, hosca y pálida, se hallaban Salter y Tenebreck y media docena más. No se hablaba. Miraban fijamente a Fox, pero no tenían nada que decir. El intento de motín había fracasado.

—Muy bien, ¿cuántos entre ustedes estaban en este lío? —preguntó Fox, mirando a un hombre tras otro.

Nadie respondió. Algunos de los hombres se miraron los pies. Fox hizo una mueca.

—Ya. Han hecho un buen trabajo. No llegaron a arrebatarme la nave por completo, pero han destrozado todo lo que han podido. —Sus ojos se detuvieron en Peter—. Un magnífico trabajo.

Reinó el silencio. Se oyó el arrastrar de pies. Fox anduvo de un lado a otro como un tigre enjaulado.

—Muy bien, si ustedes no quieren hablar, hablaré yo. Mando una nave pacífica. Yo doy las órdenes en ella y mis hombres obedecen esas órdenes y me ayudan en las tareas que debo cumplir. Si no les gusta así, se marchan de mi nave Muy bien. Algunos de ustedes parece que no les gustan las cosas como están. ¿Salter? Ha estado usted hablando mucho. Oigamos lo que tiene que decir, en público, para que todos puedan saberlo. ¡Venga, suéltelo!

—Nos han engañado y no nos gusta —gruñó Salter—. No tiene usted ningún derecho legal a retenernos aquí contra nuestra voluntad y lo sabe usted. No deseamos ser los conejillos de Indias en esta caza suya de seres extraños. No queremos tomar parte en ella.

—¿Quiénes son esos “nosotros” de quién habla usted?

—La mayoría de la tripulación —estalló Salter—. Todos piensan igual

y no quieren tampoco ninguna de sus animadoras charlas.

—Entonces, ¿qué quieren?

—Queremos regresar.

—Bien, así están las cosas, ¿eh?

Fox contempló el grupo.

—¿Leeds? ¿Está usted de acuerdo con esto?

—Estoy de acuerdo con Salter —dijo el gran ingeniero—. No contaba con esta clase de viaje cuando firmé a bordo.

—¿Carpenter?

—Digo que volvamos.

—¿Mangano?

—Regresar.

—Muy bien, dejemos que toda la tripulación tome parte en esto. ¿Cuántos están con Salter?

Hubo un inquieto rumor y se levantaron algunas manos. Lars apretó los puños contra sus costados y contó siete manos, después vio alzarse vacilante la octava. La mano de Peter estaba abajo.

—¿Y conmigo?

De nuevo se elevaron las manos: las de Lorry, Morehouse y otra media docena. Lars alzó la suya en el aire.

—¿Brigham? ¿Y usted?

—No voto —dijo quedamente Peter.

—Es un mal momento para dejar en el aire esta decisión.

—No voto.

—Señor Lorry, dígame la cuenta.

—Ocho con Salter, trece con usted y uno se abstiene.

Fox fijó la mirada por un momento en Peter; luego, con un gruñido de disgusto, se volvió a Salter.

—Parece que ha escuchado usted un mal consejo —dijo lentamente—. Bien, ahora deberá usted encararse con algunos hechos. Este viaje a Lobo IV no fue idea mía. No pedí voluntariamente esta nave ni estos hombres. El Servicio Colonial me escogió y equipó la nave porque había una tarea que tenía que hacerse. Puede resultar un trabajo muy sucio, pero tiene que hacerse.

Se recostó contra la mesa con el rostro ceñudo.

—El Servicio Colonial está entre la espada y la pared. Un temor a los seres extraños que hiciera regresar a los colonos a casa, se convertiría en desastre. Significaría el fin del programa de la colonización que la Tierra necesita. El Servicio sabía que el Planetfall tiene que encontrarse y a nosotros nos ha correspondido el trabajo de encontrarlo. No importa si nos gusta o no; tenemos que hacerlo con todos los recursos a nuestra disposición. Esto significa que no podemos cargar con un peso muerto. No hay lugar para cobardes en este navío. ¿Me explico?

La cara de Jeff Salter estaba pálida.

—¡No puede usted lanzarnos del navío al espacio!

—Puedo y lo haré.

—Es un asesinato.

—Puede llamarlo como guste —respondió Fox ásperamente—. No obstante, ustedes ocho tienen una alternativa. Han intentado amotinarse en esta nave. Muy bien. Estoy dispuesto a pasarlo por alto, porque necesito hombres y pericia en Lobo IV. Pueden seguirme en el descenso allí y ayudarme en un cien por cien a la búsqueda del Planetfall o pueden quedarse con un bote salvavidas para los ocho y comida y agua para una semana e interrumpiremos la propulsión Koenig lo bastante para lanzarles. Esta es su alternativa. Piénselo. Les doy diez segundos.

Los hombres le miraron fijamente y también a Salter. Aun a Lars le costaba creer en la crueldad del decreto del comandante.

No había alternativa. Era una sentencia de muerte.

—Muy bien —dijo Salter lentamente—. Le apoyaremos.

—No quiero decir ayuda a medias. Quiero decir un apoyo completo. Si hay una división, ustedes ocho pagarán por ella.

—Le apoyaremos.

—Muy bien. Vuelvan a sus puestos. El señor Morehouse dice que alcanzaremos el sistema de Lobo en un tiempo récord. Mientras tanto, hay mucho trabajo por hacer. Y si tenemos suerte, quizá algunos de nosotros podamos salir con vida.

VI

EL PLANETA GRIS

El tiempo es asombrosamente compresible.

Como el hipotético "gas perfecto", el día puede comprimirse hasta convertirse en un segundo o dilatarse hasta durar el curso de toda una vida. A Lars Heldrigsson le parecía que los pocos días pasados desde que habían despegado de la Tierra habían durado muchísimo tiempo; ahora, hasta con los períodos artificialmente designados de día y noche, los días y semanas transcurrían con increíble velocidad.

Había mucho trabajo... largas horas de estudio, pruebas del equipo, ensayos de procedimiento, conferencias, preparativos y planes. Cada hombre tenía su cometido y debía estar preparado para lo que pudiera sobrepasar de los límites del campo especializado de sus conocimientos. Ya no habría tiempo de prepararse cuando llegara el momento de descender. El éxito de la misión, sus propias vidas, dependían de lo que hicieran ahora, antes de llegar a su destino, antes de encararse con lo desconocido.

La vieja tradición que suponía que las semanas pasadas en ruta por los tripulantes consistían en un espacio de tiempo en el que entretener el ocio, ponerse mutuamente nerviosos y reñir unos con otros, era en realidad un engaño y una desilusión sorprendente. Lars se hubiera reído de esta idea si hubiera tenido tiempo de pensar en ella, pero no lo tenía.

No todo era suavidad y armonía. Continuaban las conversaciones y las quejas. Nadie podía olvidar realmente que se había intentado un motín ni la alternativa que el comandante había presentado a los insurgentes. Existían amargos resentimientos y palabras coléricas, pero hasta esto se desvaneció bajo el peso del trabajo que tenía que llevarse a cabo. No había tiempo de mostrarse amargado o enfadado. No había tiempo para hablar. Había un trabajo que precisaba la habilidad e ingenio de todos y cada uno de los tripulantes, y el trabajo tenía que hacerse primero.

Sus vidas dependían de ello Hasta el último hombre lo sabía.

Kennedy, el fotógrafo y cartógrafo, se enterró en el laboratorio fotográfico, enrollando las cintas cinematográficas, comprobando las sincronizaciones de la cámara y la sensibilidad especial de la película, una y otra vez, preparando el diminuto scooter fotográfico con sus cuatro gigantescas cámaras de televisión tridimensional de lente múltiple para las indagaciones iniciales en el planeta.

Dorffman, el operador de radio, trabajaba con él en la máquina de volar, colocando los delicados mecanismos emisores de los que Kennedy dependería

para estar en contacto con la nave. Luego se retiró a su propio taller para preparar los grupos de ensayo que se mandarían para tomar el primer contacto remoto en la superficie de Lobo IV. En el laberinto de pasarelas y puentes de las salas de máquinas, Mangano y Leeds trabajaban para poner a punto los motores auxiliares, los suministros auxiliares de fuerza, los condensadores y generadores, para las circunstancias de emergencia. Paul Morehouse estuvo muchas horas con Salter y Peter Brigham desarrollando procedimientos de descenso, planteando problemas especiales que resolver, comprobando su cálculo del tiempo, coordinación y precisión hasta que estuvo convencido de que cualquiera de ellos podrían gobernar la nave con habilidad en cualquier circunstancia que pudiera surgir.

La nave actuaba como en caso de emergencia. Se la notaba tensa y equilibrada, con la templada ansiedad de un galgo ante la barrera. Su tripulación tenía que alcanzar una meta, y tenía también una obligación que cumplir hasta el límite de la habilidad humana: estar preparados para cualquier caso.

Tenían que estarlo y lo sabían. Mientras transcurrían las semanas y la nave proseguía en su ruta, no había forma de escapar a esta convicción

Nadie trabajó más que Peter Brigham. Donde antes había empleado su inteligencia para provocar dificultades, ahora actuaba como pacificador, y si había alguna acrimonia en esta pacificación, nadie se dio cuenta. De hecho, para Lars, el cambio era notable. Peter conservaba su sarcástica lengua y sus aires arrogantes ante el resto de la tripulación, pero con Lars se mostraba diferente. Ahora conversaba en vez de mostrarse quisquilloso. Ya no hubo más alusiones a la lentitud de Lars; en un período de descanso, Peter le escuchó con algo cercano a la admiración mientras Lars le exponía los problemas con los que se enfrentaba y resolvía diariamente un cosechador de trigo en Groenlandia, si quería continuar viviendo.

Y Lars, por su parte, se asombró de la información que almacenaba la cabeza de su amigo. Para Lars la curiosidad había sido siempre un lujo; había estado demasiado ocupado en dominar su propio y especializado campo para divagar por otros caminos. Pero la curiosidad de Peter era omnívora. Había leído mucho más de lo que Lars se imaginaba y, lo que era aún más notable, había reflexionado algunas veces sobre lo leído.

—Considera a los telépatas, por ejemplo —dijo Peter durante uno de los períodos de descanso, mientras yacían en el camarote—. Los jóvenes que trabajan en la televisión tridimensional, echando los tele-dados como si estuvieran vivos y leyendo paquetes de tarjetas como si fueran magos. Mucha gente cree que son fenómenos, una especie de desequilibrados sobrenaturales que no se comportan como seres normales.

—Bueno, ¿y no lo son? No me verás a mí ir por ahí intentando leer los

pensamientos, ¿verdad? —bostezó Lars.

—No, pero aun así todo el mundo sabe que las madres y sus hijos se leen la mente unos a otros como si fueran libros Bueno, muy bien, o quizá no muy bien, pero ahí hay algo que establece el contacto. A veces me pregunto si todo el mundo no será un poco telépata.

Lars rio ahogadamente.

—Si ahora mismo pudieras leer mis pensamientos, te enfadarías bastante.

—Bien, antes se creía lo mismo. En la Edad de las Grandes Guerras, hombres como Rhive hasta trataron de probarlo científicamente. Desde luego, la gente se rio de ellos hasta su muerte, pero no puede uno evitar el preguntarse si tendrían razón.

—Tú puedes seguir preguntándotelo. Yo quiero dormir —dijo Lars, y se volvió hacia la pared, aun riendo.

—Acostumbraba a saber lo que mi padre estaba pensando —dijo Peter tercamente—. Juro que lo sabía.

Y, de nuevo, Lars se vio arrastrado hacia la **j** historia que Peter le había contado sobre la expedición de Arturo IV. Peter adoraba a su padre; no era de admirar que hubiera alimentado un odio ardiente contra el hombre a quien creía responsable de su muerte. Y sin embargo, ahora trabajaba todo lo que podía en la nave de Walter Fox y no mencionaba nunca su nombre.

—Duérmete —dijo Lars cariñosamente—. Mañana habrá que trabajar.

Fue en verdad un profeta, aunque nadie lo reconociera. Cuatro horas más tarde la propulsión Koenig cesó y dejó al Ganimedes impulsado sólo por los motores de energía atómica.

Mantuvieron una órbita estable a ochocientos kilómetros de distancia del planeta y pusieron en marcha el Plan 1 como si fuera un robot de precisión bien lubrificada. En el negro vacío espacial, el enorme sol anaranjado de la estrella Lobo los contemplaba ominosamente, como un gigante airado, medio adormecido, medio consciente de que se acercaban intrusos. Bajo ellos, se encontraba el cuarto planeta, una confusa esfera gris, informe y silenciosa, que yacía en su cuna de negrura, reflejando unas veces la luz de su sol en color gris anaranjado y otras ocultando a las estrellas con su masa opaca. Cuando el planeta eclipsaba el color gris plomo se tornaba negro como el alquitrán. Sólo ocasionalmente se percibía una grieta en su gris envoltura, permitiendo un atisbo de la superficie que se hallaba debajo.

Las cámaras de Kennedy rechinaban continuamente; el rostro del hombrecillo permanecía pegado al visor telescópico mientras el comandante Fox se colocaba a su lado, intentando percibir, encontrar cualquier detalle o

indicio de la naturaleza del planeta.

—Nubes —gruñó Kennedy una y otra vez—. Nada. Ni siquiera filtro antinieblas las traspasarían.

—Ahora se acerca algo —dijo Fox—, Obsérvelo.

—Sí. Casquete polar. Y ahora hay una grieta ahí abajo... ¡vaya! Hielo a medio camino del Ecuador. Es frío este planeta. ¿Tienen a punto los trajes térmicos?

Fox sonrió sin alegría.

—¿Dorffman? ¿Algún signo de vida?

El operador de radio sacudió la cabeza.

—Nada.

—No lo deje. ¿Qué hay en el radar?

—No señala nada. Ni siquiera meteoritos para agitarnos un poco.

—Siga en contacto con esa pantalla. Si algo aparece, quiero saberlo cuanto antes.

—Bien. ¿Quiere que haga lanzar un par ahí abajo?

Fox se rascó la mandíbula.

—Déjeme pensarlo. Me parece que no. Cuanto más sepamos de antemano, mejor nos hallaremos luego.

—Podría decirme lo que queremos saber.

—También podría borrarnos del cielo. Paciencia, muchacho. —Oprimió un interruptor— ¿Lambert?

—Nada para usted, comandante.

Kennedy se apartó del visor.

—Tenemos que acercarnos más.

—¿Nada absolutamente en los televisores?

—Temo que no.

—Muy bien. Paul, acérquenos más.

Abandonaron la órbita y la esfera gris plomo empezó a crecer y aplanarse mientras se movía. Todavía no hubo signo alguno de vida. Ningún navío estelar se elevó de la superficie; no subió señal alguna. El planeta podía estar muerto, pero el manto de nubes se espesó más que nunca, ocultándolo, oscureciéndolo.

Alcanzaron una nueva órbita a unos doscientos cincuenta kilómetros.

—Muy bien —dijo Fox—. Sacad los exploradores y empecemos a trabajar.

Empezaron a trabajar.

Lambert presentó unos informes preliminares sobre los otros planetas, mientras Lars comprobaba y volvía a comprobar los detalles.

—Esto puede ayudar algo. El planeta N.° 1 está cerca de la estrella y es caliente, comparable a nuestro Mercurio. El II y el III son gemelos y no tienen atmósfera digna de mención. El V y el VI están alejados y son fríos, con atmósfera de amoníaco-metano. Parece ser que el IV es el único planeta de Lobo con algo semejante a una atmósfera aceptable, por lo menos en lo que se refiere a los humanos.

—¿No hay posibilidad alguna de que Millar hiciera descender su nave en alguno de los otros?

—Ni una sombra.

—Entonces hagamos un pequeñito intento ahí abajo. ¿Está listo el explorador?

El servo-bote de proa respingada, se separó de la nave y se deslizó en una órbita descendente, bajando en lentes espirales y desapareciendo en el manto de nubes. Dorffman se hallaba alerta junto a los controles de radio y silbaba entre dientes.

—Algo va mal, me parece.

—¿Qué es?

—Tormenta magnética. ¡Es furiosa! Lo estoy perdiendo. No, aquí está. Pero no parece estable. O bien estos instrumentos se han estropeado o la atmósfera está en malas condiciones.

Los hombres le rodearon mientras movía los controles. Muy abajo el servo-bote recogía el aire y polvo de la superficie, medía la temperatura, la presión, la gravedad, la velocidad del viento. Dorffman lo hizo subir de nuevo y juró. Lo descubrieron instantes después, una barquilla de brillante metal zumbando hacia lo alto en su loca y vacilante ruta, estabilizándose por fin y entrando en la ranura receptora del Ganimedes. Los dedos de un robot lo abrieron, transfiriendo las muestras de aire y suelo a los frascos y placas de cultivo. Entonces Lars y Lambert se pusieron a trabajar.

Kennedy refunfuñó, mientras bancos de nubes remolinaban bajo él.

—Sólo una ojeadita por una vez, sólo un momento. Será mejor que baje con la lancha rápida.

—Muy bien. Hágalo. Pero ochenta km. es el límite y regrese a toda prisa al menor asomo de dificultades. Manténgase al habla con Dorffman.

Observaron cómo descendía en la lancha de la cámara fotográfica y oyeron cómo las señales que enviaba a Dorffman se disolvían en un estertor de estáticos ininteligibles cuando alcanzó la atmósfera.

Se angustiaron por él durante seis horas, hasta que volvió, cansado y disgustado.

—¿Nada nuevo? —preguntó Fox.

Sacudió la cabeza.

—Nada de valor. Teníamos razón en cuanto al casquete polar. Concuerda también con las lecturas de temperatura; la media ecuatorial es de cuatro grados centígrados. Hay océanos en el

Ecuador y una masa de tierra continental. Quizá el próximo viaje me diga algo más.

El viaje siguiente no proporciona nada nuevo, ni ninguno de los demás. Pero Kennedy continuó intentándolo.

Lars informó sobre el análisis de la atmósfera.

—Oxígeno 16’8; dióxido carbónico, 0’8; nitrógeno, 81 ’3. El resto lo forman gases inertes. No hay trazas de sulfuro, cloro o gases orgánicos. Es una atmósfera respirable, aunque le falta algo de oxígeno.

—¿Radiactividad?

—Alguna actividad perceptible, pero es nimia. Ninguna concentración que podamos descubrir.

—¿Qué ocurre con los micro-organismos?

—Existen, pero necesitan un medio frío; cinco grados centígrados es su mejor temperatura. No podrán vivir en nuestros ratones y Lambert duda de que haya posibilidad de contaminación, pero estamos fabricando las vacunas, de todos modos. No tiene sentido jugar a dárselas de héroe.

Fox le dirigió una cansada sonrisa y volvió a las estrechas películas del último viaje de Kennedy. No había dormido casi durante la semana que habían permanecido en órbita y sentía el cansancio en todos sus músculos. Un cuadro tras otro aparecían ante sus ojos, estériles, vacíos de información.

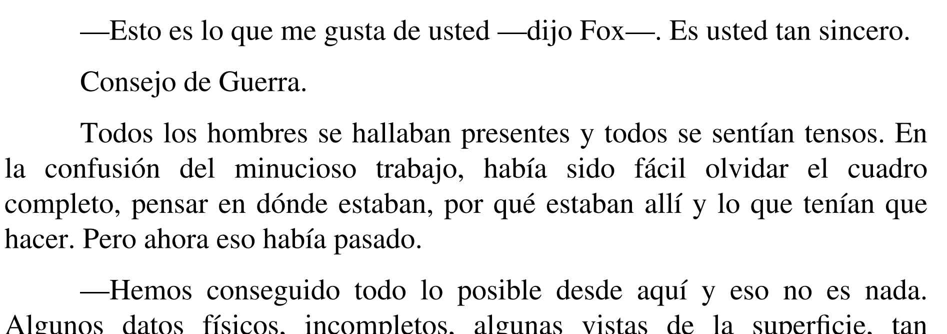
—Muy bien —dijo finalmente—. Reúnan a los chicos. De aquí en adelante estaremos metidos en faena hasta el cuello.

Miró desesperadamente a Kennedy.

—¿No hay señal alguna del Planetfall en las películas?

—Ni una.

No había duda en la voz de Kennedy.



—Esto es lo que me gusta de usted —dijo Fox—. Es usted tan sincero.

Consejo de Guerra.

Todos los hombres se hallaban presentes y todos se sentían tensos. En la confusión del minucioso trabajo, había sido fácil olvidar el cuadro completo, pensar en dónde estaban, por qué estaban allí y lo que tenían que hacer. Pero ahora eso había pasado.

—Hemos conseguido todo lo posible desde aquí y eso no es nada. Algunos datos físicos, incompletos, algunas vistas de la superficie, tan esquemáticas que son inútiles. No poseemos ningún dato que nos ayude.

—Ningún dato positivo —le corrigió Kennedy—. Tenemos muchos datos negativos.

—¿Se refiere al hecho de que nada haya intentado derribarnos del cielo? —Fox se encogió de hombros—. Esto no es un gran consuelo, me temo.

—No es eso. No hay evidencia alguna de que en Lobo IV exista algo. Ni un asomo, ni una fotografía. Y también sabemos que el Planetfall no pudo haber descendido en algún otro lugar. No en este sistema, al menos.

Fox recorrió a los hombres con la vista.

—Aun así no es mucho para seguir adelante. El Plan I es inaplicable para todo propósito práctico. Así es que continuaremos con el Plan II. Tendremos que hacer descender la nave.

Un inquieto movimiento recorrió la habitación.

Lambert se sacó la pipa de la boca.

—La sección biológica no encuentra razón alguna para no descender. Sabemos que hay flora microscópica inocua y vegetación de superficie. También hay vida de insectos de orden inferior. No puede oponerse al descenso. Aun así...

—¿Qué? —preguntó Fox mirándole agudamente.

—Todavía no sabemos lo que vamos a hacer cuando estemos ahí abajo. Sabemos que descenderemos en el Ecuador y nada más. Es como si bajáramos con los ojos vendados.

—Por supuesto —dijo Fox.

—Si ahí abajo hay seres extraños, pueden prepararse para ata bar con nosotros en veinte minutos. Quizá estén esperándonos.

—Bien, ¿qué sugiere usted?

De pronto Peter Brigham habló.

—Me parece que estamos pasando por alto un hecho muy importante.

—¿Cuál?

—Que nada le sucedió al Planetfall hasta que estuvo en el suelo, con la tripulación dispersa. Llevó a cabo el Plan I del mismo modo que lo hemos hecho nosotros y aparentemente no vio nada que le alarmara. Me hace el efecto que podríamos mantenernos en órbita aquí durante cincuenta años y no conseguir nada positivo.

Hubo movimientos de asentimientos, aunque reluctantes. Lambert encendió de nuevo su pipa. Jeff Salter se rascó la mandíbula con la mano y adoptó un aire infeliz.

—-Hay una cosa que podemos hacer —dijo por último Kennedy—. Necesitamos echar una ojeada más de cerca, una buena ojeada. Déjenme coger la lancha y acercarme a unos 100 o 150 metros, y trataré de conseguir algunas fotografías decentes. Entonces por lo menos podríamos descender en suelo firme.

Fox asintió.

—¿Quiere usted intentarlo?

—Desde luego.

—Entonces, muévase. El resto de ustedes váyanse a dormir un rato. Quiero que algunos no tengan mucho sueño cuando Kennedy regrese. Quizá no podamos dormir durante bastante tiempo después de posarnos.

Nadie puso en duda el acierto de las palabras de Fox, pero ninguno durmió Observaron cómo el pequeño fotógrafo deslizaba la lancha por una ranura y bajaba zumbando hacia el planeta gris, para desaparecer al poco rato en el banco de nubes. Dorffman continuó junto al receptor, luchando por permanecer en contacto, pero las señales fueron debilitándose y confundiéndose más a cada segundo, hasta que por fin se convirtieron en esporádicas ráfagas de graznidos sin sentido. Dorffman sacudió la cabeza con disgusto e intentó dormir conservando puestos los auriculares.

Esperaron. Se empezó un juego de cartas, pero no duró mucho.

Lars trabajaba sin ganas en el laboratorio, in tentando mostrar interés por su tarea y finalmente volvió a la cabina de observación, uniéndose a los demás. Pasó una hora, luego otra.

—¿Cuánto tiempo tenía que estar fuera? —preguntó Mangano, quejosamente.

—Fox puso por límite cuatro horas.

—Si no regresa en ese tiempo, bajaremos a buscarle.

—El muy loco lo pidió —gruñó Salter.

—Se tenía que hacer —saltó Lars.

—Sí, seguro.

Transcurrieron tres horas; luego tres y media, y seguían sin señales de la lancha. Dorffman no recibía ahora señal alguna. Maldijo y buscó una nueva onda, con la frente cubierta de gotas de sudor.

Crepitó el altavoz de la pared.

—Lorry, Morehouse, Lambert, será mejor que vengan a proa, junto a los botes salvavidas. Le daremos veinte minutos más. Si no regresa, descenderemos en dos botes.

Bajo ellos, un feo ocaso gris cruzaba la superficie del planeta. La estrella Lobo despedía un maligno resplandor anaranjado. Los hombres estaban silenciosos, mirando fijamente por las lumbreras, sin atreverse casi a respirar.

Hubo un destello de luz, el gemido de un motor de chorro y un repentino crepitar de estáticos en el receptor, que se convirtió en una señal inteligible. Los hombres gritaron alegremente cuando la lancha apareció entre las nubes y empezó su regreso a la astronave. Minutos después resonó fuertemente contra la ranura y Kennedy salió de la carlinga, pálido y fatigado, pero bien vivo. Se arrancó el traje térmico con un gruñido, pero sus ojos brillaban de excitación.

—¡Las películas! —estalló Fox—. ¿Las consiguió usted? ¿Pudo ver algo?

—Den una cerveza a un pobre hombre, si pueden —refunfuñó Kennedy —, Aun mejor, café. Quiero sentarme.

Sonrió a los hombres que le rodeaban y luego dijo:

—Sí, he conseguido algunas fotografías. Kilómetros de película. Seguí una abertura entre las nubes alrededor de esa sucia bola y la filmé. Pero primero querrán ver el último de mis rollos.

—¿Vio usted algo?

—Vi lo suficiente para dejarme mudo por el resto de mi vida —dijo Kennedy—. Vi más que lo suficiente. Incluso los restos del Planetfall. —Dudó, con una extraña expresión en el rostro—. Pero vi algo más que me impresionó. Esperé que mi cámara lo viera también.

VII

PETER ESCOGE

La tripulación en peso rodeaba a Bob Kennedy mientras éste bebía su café y se calentaba. Por fin aquí había algo tangible, algo que los hombres podían asir, un hecho definido e indisputable en medio de un mar de incertidumbre. Pero Kennedy no quiso decir nada más, hasta que los rollos de película fueron extraídos de las cámaras y sumergidos en los baños.

—Esos son mis ojos —insistió tozudamente—. Os contarán con mayor exactitud que yo lo que vi ahí abajo.

—Pero usted vio el Planetfall —dijo el comandante.

—Vi los despojos del Planetfall. Al menos eso es lo que parecía, por la ojeada que tuve. Y no podrá hacer descender al Ganimedes cerca de él. Está esparcido por toda la falda de la montaña en lo que parecía un terreno casi inaccesible. En realidad... —el fotógrafo miró con ojo de búho al navegante—. Paul pasará un mal rato al descender con esta jaula en cualquier sitio de ese planeta. Sólo hay una masa terrestre continental, en el Ecuador, y casi toda parece mala. Montañas y tormentas. Desfiladeros de un kilómetro de profundidad. Un solo río, que parece mayor que nuestro Amazonas. Desagua toda la cordillera de montañas. Y todo el país está cubierto por la peor selva que yo haya visto.

—¿Selva? ¿En este clima?

Le tocaba el turno de sorprenderse a Lambert.

—Espere a ver las películas.

Lambert encendió pensativamente su pipa.

—Si hay un río de ese tamaño, habrá un delta.

—Así es y ese parecía el único lugar razonable para descender —afirmó Kennedy—. Pero no rae gustaría posar esta nave en él y además eso nos dejaría a unos 1.200 km. de los despojos de las montañas.

—¿Vio algo que sugiera que hay supervivientes? —preguntó Fox.

Kennedy dudó.

—Veamos las películas, ¿quiere? Los restos que vi parecían más fríos que una piedra, pero había un valle al otro lado de un paso más allá de donde los encontré y los que vi allí... bueno, no estoy muy seguro de lo que vi.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Parecía una ciudad —dijo lentamente Kennedy.

El comandante Fox le miró fijamente

—¡Una ciudad! ¿Está seguro?

—No, no lo estoy. Ni con mucho. Mire, déjeme contárselo brevemente. —El fotógrafo volvió a llenar su taza de café y se restregó la frente, cansado —. Atravesé las nubes justamente sobre ese río y empleé un buen rato en seguirlo hasta las montañas. Tendremos que escalar para llegar a ese lugar, comandante. No correría el riesgo de posar ahí ni siquiera mi lancha. El tiempo era terrible, pero tomé algunas buenas fotos del terreno y creo que estará usted de acuerdo. De todos modos, perdí el río cuando se dividió en pequeñas corrientes y estaba deliberando sobre si intentaría buscar un paso a través de las montañas, manteniéndome a ese nivel, o ascender más cuando vi algo en la cresta. Me mantuve bajo y casi me mato chocando contra las montañas a causa de la niebla, pero finalmente pude acercarme para verlo. Había algo que llamaba la atención, y en la última pasada vi claramente las toberas y aletas de una astronave sobresaliendo de un banco de nieve en lo alto de la cresta. Luego vi pedazos de las planchas del casco y motores destrozados esparcidos durante 80 km. en todas direcciones Y, a mi parecer, éste es el fin del Planetfall. Nadie pudo sobrevivir a un choque como éste.

Hubo un tenso silencio. Luego Fox dijo:

—Pero la ciudad...

—Estaba llegando a eso. Tuve que navegar durante otra hora hasta encontrar un paso sobre la cordillera, pero encontré al fin uno y pasé bajo las nubes hasta una alta meseta en forma de valle, al otro lado. Quería sobrevolarlo rápidamente y volver luego aquí, cuando vi algo allí abajo, y creí que me engañaban los ojos. Creí ver edificios a través de una abertura en las nubes Tenía las cámaras filmando a toda velocidad e hice otra pasada, y luego media docena más, y cada vez vi algo, pero nunca parecía lo mismo dos veces seguidas. Hacía el efecto que cambiaba de lugar, y por fin ya no pude verlo.

El comandante Fox frunció el ceño.

—Bueno, mire, una ciudad no va rebotando por toda una región.

—Quizá no, pero eso es exactamente lo que esa cosa hacía.

—Veamos las películas.

Las primeras ya estaban lo bastante secas para proyectarlas. Lars ayudó a Paul Morehouse a preparar el proyector, y muy pronto estuvieron viendo pasar el paisaje en la pantalla de televisión tridimensional, mientras Kennedy se colocaba a poca distancia para poder identificar los lugares.

Escalofriaba ver esas películas. Lars se sorprendió a sí mismo temblando y deseando que las películas fueran sin relieve, como

antiguamente, porque aquéllas no colocaban tanto al espectador en la escena. Allí fuera parecía hacer frío, un frío de salvaje crudeza con el que no era posible comparar el más helado de los inviernos terrestres. La tierra se veía gris y cruel, con dentadas crestas montañosas, y largos ásperos trechos de vegetación Verdi gris azotada por el viento, extendiéndose en las partes llanas como una selva y adhiriéndose en forma de hongos al terreno rocoso. Vieron el río gris amarillento, torrencial al descender por la vertiente montañosa y esparciéndose en un amplio delta al desembocar en el mar grisáceo. Parecían existir trochas a través de la selva, pero solamente se veían momentáneamente. No había nada que semejara una carretera.

Después el objetivo de la cámara se volvió hacia las montañas y percibieron un plateado relámpago en la distancia. Kennedy pasó ansiosamente las largas cintas.

—Aquí, ahora —dijo—. Lo cogí mejor un poco más lejos... ¡ahí!

Lars detuvo el proyector y observaron la borrosa fotografía.

El casco destrozado de una astronave resaltaba claramente sobre la foto, con su proa profundamente hundida en la nieve y en los desmoronamientos de la rocosa cima, con los grandes agujeros de sus toberas levantándose, como un peñasco más, contra el viento. La nieve se introducía en la abierta cámara intermedia. No se veía señal alguna de vida a su alrededor.

—El Planetfall —dijo Jeff Salter abatidamente—. Comandante, ¿qué más quiere usted saber? Esto es lo que vinimos a buscar aquí. Ya lo hemos encontrado. Naufragaron al posarse. Nadie pudo sobrevivir. Cualquier loco puede ver que este planeta es inútil como lugar de colonización. ¿Por qué arriesgarnos a esperar más?

—¿Qué propone usted? —preguntó Fox.

—Volvamos a casa —dijo Salter.

Un murmullo se esparció por la habitación. Fox sacudió la cabeza y se volvió a Kennedy.

—Veamos esa ciudad.

De nuevo los ojos de la cámara los llevó, cada vez más arriba, por las ásperas montañas. Al poco rato apareció un paso y la nave lo cruzó rozando, evitando apenas los peñascos al deslizarse hacia el valle inferior. Bob Kennedy se inclinó ansiosamente hacia adelante en su asiento.

—Ahora la verán... estaba ahí abajo...

Su voz se apagó mientras miraban fijamente las películas. Vieron el desigual lecho de un valle, pasando rápidamente bajo ellos, una abertura en las nubes, la vista de más montañas a lo lejos.

No apareció ciudad alguna,

Observaron hasta el fin de la película.

—¿Hay algo más? —preguntó agudamente Kennedy—. ¿Alguna película que no haya sido revelada?

—Ni pizca —dijo Fox— Esto es todo

—Déjeme verlo otra vez.

Observaron de nuevo. El comandante Fox aspiró profundamente.

—No veo nada que se parezca a una ciudad.

—Yo tampoco —respondió Kennedy sombríamente.

Calló durante un largo momento, mirando fijamente la pantalla.

—Comandante estaba ahí. Sé que estaba —añadió después.

—¿Edificios?

—Torres espirales, calles... las vi. —El fotógrafo se removió, incómodo.— No pude equivocarme, tampoco. No era como ninguna ciudad que hubiera visto antes. Hubiera jurado que no era algo construido por manos humanas.

Los ojos del comandante Fox relucían. Anduvo hasta la pantalla de observación y contempló fijamente la gris extensión del planeta que había abajo mientras los hombres le observaban y esperaban. Finalmente se volvió, frotándose las palmas.

—Señor Morehouse, haga descender la nave.

—¿En el delta?

—Sí, si ése es el lugar más seguro para posarla.

—Es el único sitio —dijo Kennedy.

—Bien —dijo el comandante—. Entonces hágala descender ahí. Echaremos un vistazo a esa nave en la cordillera. Y también a esa ciudad... o lo que quiera que sea.

Tres horas más tarde Morehouse había demostrado sus cualidades como navegante de una astronave al efectuar un descenso casi imposible sin más que una sacudida al tocar el suelo. El trabajo se hizo casi a ciegas, ya que cuando el Ganimedes se movió hacia la superficie, las nubes también descendieron y la nave se posó en medio de un viento helado y torrentes de lluvia. Los tripulantes que se colocaron ante las escotillas de observación abandonaron muy pronto la vigilancia; sólo se veía el suelo negro y fangoso alrededor del navío y el manto gris que lo cubría por todos lados

Esperaron sin aliento a que ocurriera algo. No pasó nada. El viento

aullaba y moría, la niebla fue espesándose, pero eso era todo. Pronto la luz grisácea se tornó en negrura y supieron que había llegado la noche.

Mientras tanto, la tripulación se ocupaba en preparar los pertrechos y provisiones para las patrullas de desembarco.

—Deseo que se queden siempre seis hombres en la nave —les informó el comandante Fox—. Dorffman, usted estará junto a la radio para mantenerse en contacto con ambas partidas y para advertir a los demás si sobreviene alguna irregularidad. Nuestra primera tarea consistirá en un reconocimiento preliminar, principalmente para determinar la mejor ruta de ascenso hacia la nave accidentada. Puede quedarse con Mangano, Morehouse y otros tres.

—¿Habrán dos grupos? —preguntó Dorffman.

—Sí. El resto de nosotros nos dividiremos en grupos de ocho y avanzaremos separados. Lorry, usted se hará cargo de uno; yo capitanearé el otro y avanzaremos en direcciones opuestas a partir del navío, dirigiéndose a la cordillera. Lleve consigo a Kennedy; yo me llevaré a Lambert. Saldremos al romper el día, si no ocurre algo durante la noche que nos haga cambiar de opinión; así es que será mejor que lo prepare todo. Solamente estaremos fuera una noche en el primer reconocimiento, de modo que no necesitaremos los semi-tractores Quizá nos sean útiles la próxima vez que salgamos, si decidimos hacer un intento por tierra para llegar al navío accidentado.

Peter Brigham había estado ocupado en la cabina del navegante desde que Kennedy había vuelto con sus películas y la extraña historia de la “ciudad” del valle. Cuando por fin llegó al camarote, encontró a Lars estudiando detenidamente una historia de provisiones.

—¡Bien! ¿Qué piensas sobre la historia de Kennedy? —preguntó a Lars mientras se dejaba caer en el catre.

Lars se encogió de hombros

—No hay mucho que pensar.

—¡Pero no tiene sentido! —exclamó Peter—. Dice que vio una especie de ciudad. Sólo que no apareció en las películas. Ni sombra de ella.

Lars asintió. Mientras observaba las películas experimentó la misma curiosa sensación de temor y asombro que había sentido el día que el comandante Fox les reveló la verdadera misión del Ganimedes.

—Es obvio que, o bien vio una cosa que la cámara no recogió, o solamente creyó ver algo.

Peter sonrió excitadamente.

—Pero ¿qué hay del Planetfall? Has visto las películas. ¿Parecía la clase de choque al que alguien pudiera sobrevivir?

Lars dudó.

—No...

—Puedes apostarlo. Y, sin embargo, se radiaron mensajes desde aquí después que el Planetfall se posara, ¿recuerdas? De modo que los mensajes recibidos tuvieron que mandarse antes de que descendiera el navío o bien no los enviaron en absoluto los tripulantes del Planetfall.

Lars dejó su lista y miró fijamente a Peter.

—No había pensado en eso.

—Bien, piénsalo un poco.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo que sucede algo extraño. No sé qué, exactamente, pero algo. Se empieza a pensar en eso y nada concuerda del todo. ¿Sabes lo que quiero decir? Lo consideras brevemente y todo parece perfectamente obvio. El Planetfall se posó en Lobo IV, la tripulación radió su descenso, empezó a explorar el lugar y fueron arrollados por una clase u otra de fuerza extraña. Ahora bien, si das por sentado que aquí hay seres extraños, todo parece ligarse y condensarse en un lindo paquete, hasta que lo examinas atentamente. Y luego, de pronto, se deshace, porque las partes concuerdan.

Lars sacudió la cabeza.

—Aún no veo a dónde vas.

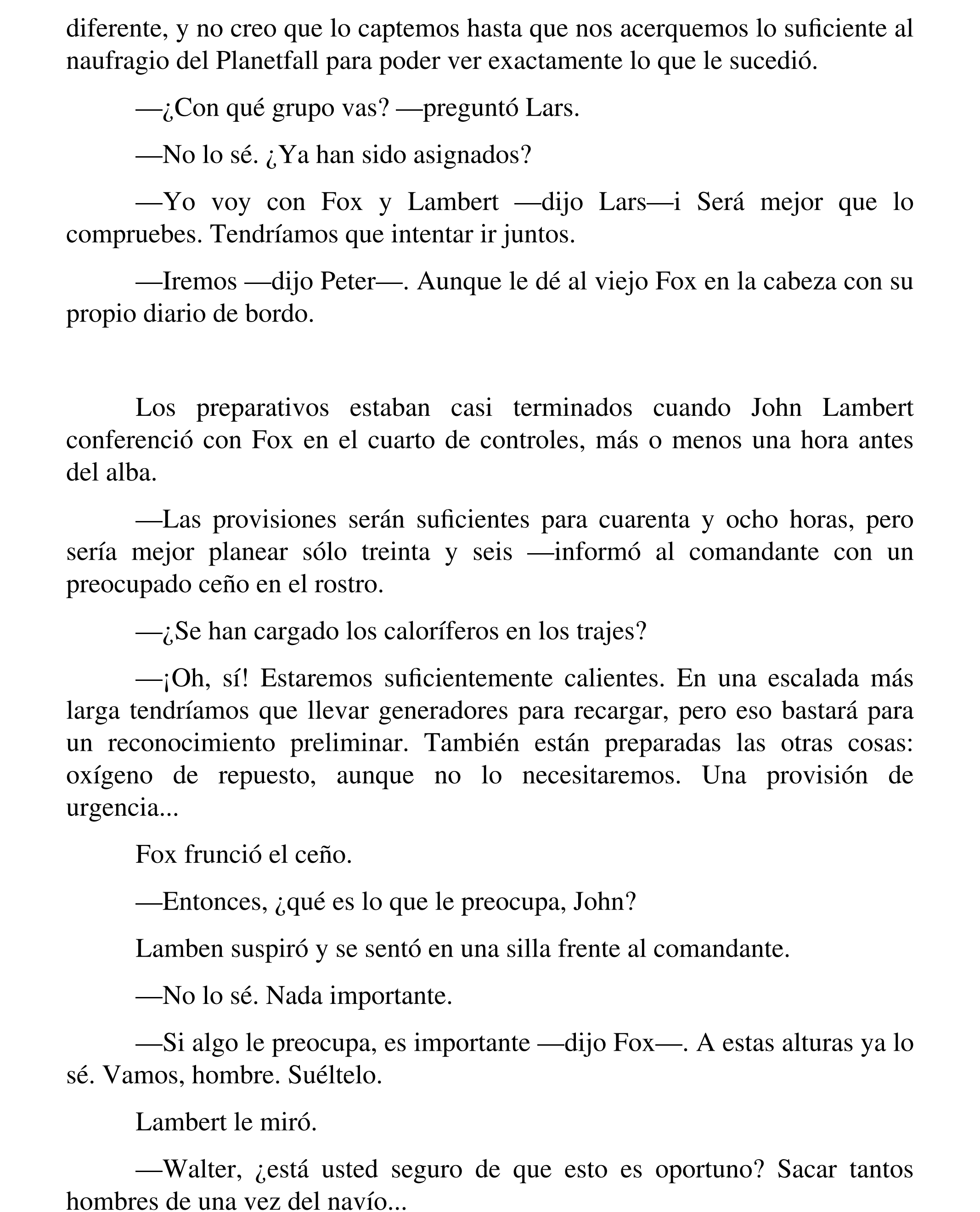
—Es difícil de explicar. Mira, ¿recuerdas aquellas pruebas de reconocimiento abstracto que nos planteaban en la Academia? Proyectaban fotografías en colores en la pantalla durante una décima de segundo y luego nos preguntaban qué era lo que estaba equivocado en lo que habíamos visto. La mayor parte de los errores eran simples, un hombre con sombrero de mujer o algo así, pero después había aquellas series en las que casi todo el mundo fallaba, ¿recuerdas?

—¿Quieres decir aquéllas en que se había omitido uno de los colores?

—¡Eso es! Toma una fotografía en color de un paisaje montañoso, por ejemplo, y omite el rojo. Parece muy raro, pero no puedes decir por qué. Es así como yo veo este asunto... como una fotografía en la que falta uno de los colores. Hay algún gran factor que influencia todo lo ocurrido y que no podemos percibir. Algo que se nos escapa por completo.

—Desde luego, podría ser la naturaleza de los seres mismos —sugirió Lars.

—Quizá. Pero no estoy tan seguro de que tenga nada que ver con ellos. Es otra cosa. Si aquí hay seres extraños, ¿dónde están? Ciertamente no han salido corriendo a saludarnos. Pero creo que lo que no comprendemos es algo



diferente, y no creo que lo captemos hasta que nos acerquemos lo suficiente al naufragio del Planetfall para poder ver exactamente lo que le sucedió.

—¿Con qué grupo vas? —preguntó Lars.

—No lo sé. ¿Ya han sido asignados?

—Yo voy con Fox y Lambert —dijo Lars—i Será mejor que lo compruebes. Tendríamos que intentar ir juntos.

—Iremos —dijo Peter—. Aunque le dé al viejo Fox en la cabeza con su propio diario de bordo.

Los preparativos estaban casi terminados cuando John Lambert conferenció con Fox en el cuarto de controles, más o menos una hora antes del alba.

—Las provisiones serán suficientes para cuarenta y ocho horas, pero sería mejor planear sólo treinta y seis —informó al comandante con un preocupado ceño en el rostro.

—¿Se han cargado los caloríferos en los trajes?

—¡Oh, sí! Estaremos suficientemente calientes. En una escalada más larga tendríamos que llevar generadores para recargar, pero eso bastará para un reconocimiento preliminar. También están preparadas las otras cosas: oxígeno de repuesto, aunque no lo necesitaremos. Una provisión de urgencia...

Fox frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué es lo que le preocupa, John?

Lamben suspiró y se sentó en una silla frente al comandante.

—No lo sé. Nada importante.

—Si algo le preocupa, es importante —dijo Fox—. A estas alturas ya lo sé. Vamos, hombre. Suéltelo.

Lambert le miró.

—Walter, ¿está usted seguro de que esto es oportuno? Sacar tantos hombres de una vez del navío...

—¿Piensa usted en un ataque?

—Bien... vagamente.

—Si querían atacarnos, han tenido tiempo de sobras. Estuvimos en órbita durante más de una semana y nada se alzó del planeta para destrozarnos. Ahora hace veinticuatro horas que estamos aquí abajo, y nada.

—Aun así me sentiría mejor con sólo un grupo fuera.

Fox se mordió el labio.

—Se refiere usted a las conversaciones.

—En parte. No son públicas como antes, pero las hay. Y no creo que Peter Brigham tenga nada que ver con ello esta vez. Pero de todas formas, es una fea corriente subterránea. Le preocupa que estalle algo de repente.

Walter Fox miró fijamente por la escotilla de observación, con las manos a la espalda, mientras observaba cómo se esparcía lentamente sobre la escena la luz gris anaranjada. La niebla se había levantado; ahora podía ver el río y, muy cerca, las montañas. Se volvió de nuevo a Lambert sacudiendo la cabeza.

—Usted no estaba conmigo cuando nos enfrentamos con los demonios del polvo en Arturo IV, ¿verdad? No, eso fue antes de su época. Hace diez, once años. Al principio creíamos que eran seres inteligentes. No, no eran una leyenda, existían en realidad. Y ahora sabemos que no tenían inteligencia, como nosotros la conocemos; solamente un instintivo impulso, hambriento y maligno, de destrucción. Mataban por medio de violentas oleadas de terror que introducían en la mente humana, un temor ciego e insensato. Hubieran aniquilado a mi tripulación si la hubiera dejado sentarse allí y esperar a que vinieran esos seres. Pero no hice esto. Hice levantarse y andar a mis hombres. Les grité, los fatigué y les empujé.

Fox se frotó los ojos con las manos, como si aún ahora el recuerdo fuera cruel.

—Hice que esos hombres me odiaran con todo el encarnizamiento de que eran capaces, porque odiándome se mantenían vivos y dando rienda suelta al miedo hubieran muerto. Maté a tres de ellos, tan seguramente como si les hubiera cortado el cuello con un cuchillo, pero traje diecinueve de vuelta sanos y salvos, y abrí un planeta que ahora sirve de hogar a siete millones de seres humanos.

Hizo una pausa y miró a Lambert.

—Se tarda mucho tiempo en pagar un precio semejante por un planeta, John. Se paga una y otra vez. Pero uno aprende ciertas cosas. He aprendido lo suficiente para saber que mis hombres tienen que ponerse en manos de esa cosa, sea lo que sea, que nos está esperando. Ahí está, estoy seguro. Y nos espera.

Lambert todavía no parecía satisfecho y el comandante sonrió.

—No se preocupe más —dijo—. No iremos de prisa, o muy lejos, hasta que veamos cómo van las cosas ahí afuera. Es solamente un paso al exterior para mirar alrededor. Pero no podemos dejar que se muevan los primeros...

sean lo que sean. Hemos esperado lo más que hemos podido.

—Bien, quizás tenga usted razón —dijo finalmente Lambert—. No me importa salir y estirar un poco las piernas. Creo que Lars viene con nosotros y Salter también. ¿Quién más?

—Leeds, Carstairs y Klein. Y quizá otro. Si va abajo, dígale a Peter Brigham que me gustaría verle.

Peter no había encontrado su nombre en ninguna de las listas de los grupos de desembarco, y se sobresaltó un poco por la temprana cita del comandante. Encontró a Fox solo en el cuarto de controles, mirando con lóbrega fijeza el helado terreno alrededor de la nave. Peter llevaba en la mente una docena de protestas al entrar en el cuarto, pero cuando estuvo cara a cara ante Fox, desaparecieron todas a causa de la confusión, y sintió un ramalazo de vergüenza.

En realidad no tenía fundamento alguno para reclamar, reflexionó.

—El señor Morehouse me ha dado un buen informe sobre su trabajo en el departamento,

Brigham —empezó Fox—. Un informe excelente, en realidad Cree que con tiempo y experiencia se convertirá usted en un navegante de primera fila. Eso es casi un cumplido por parte de Morehouse, puedo añadir por mi parte, y él no es muy dado a los cumplidos.

—Me... me complace que esté satisfecho —tartamudeó Peter.

—Sí —dijo Fox—. A mí también. Pero ahora tenemos que enfrentamos con el problema de las partidas de desembarco, y éstas son algo diferentes de la rutina normal de una astronave.

—Sí, señor —dijo Peter secamente.

—Creo que quizá sea hora de que nos entendamos uno a otro. Conozco perfectamente bien el papel que desempeñó usted, al principio de este viaje, para indisponer en contra de mí a los hombres. Usted sabe que estoy enterado de esto, pero quizá no sepa que conozco también el motivo de su conducta.

El rostro de Peter se puso pálido.

—Entonces, sabe...

—Sé de quién es usted hijo, sí. He sabido lo que estaba usted haciendo durante un buen número de años. Sabía que un día u otro tendríamos que mirar las cosas cara a cara. Nunca podemos librarnos del pasado y nunca llegamos a decisiones universalmente buenas. Le debía a usted este viaje y esperaba que luego pidiera usted comprender lo que sucedió a su padre hace tiempo. Esperaba que hasta pudiera usted entender por qué mi decisión fue acertada, aunque matara a Thomas Brigham. Pero como quiera que sea, sé que

no puedo ordenarlo con la conciencia tranquila que se una a la partida de desembarco. Puede usted ir a quedarse en la nave, como prefiera.

Peter le miró fijamente durante un largo momento.

—¿Lars va con usted? —preguntó finalmente.

—Sí.

—Entonces, deseo ir.

—Ya sabe usted que no estamos para diversiones ni juego. Necesito el cien por ciento de apoyo. Si tiene alguna duda sobre esto, se lo advierto: quédese en la nave.

—Quiero ir.

No hubo vacilación en la voz de Peter. El comandante Fox asintió y le ofreció su mano Peter la estrechó.

Una hora más tarde la primera partida de desembarco cruzó la escotilla y descendió a la superficie de Lobo IV.

VIII

EL MAS LOCO DE LOS FANFARRONES

Se hallaban en un frío y tétrico lugar. Un viento helado azotaba el valle que el río había abierto al pie de la montaña y aullaba como un demonio en sus oídos. No tenían frío; los gruesos trajes térmicos, con sus acumuladores atados a la espalda, mantenían calientes brazos y caras y filtraban y calentaban la atmósfera exterior, pobre en oxígeno antes de que llegara a las ventanillas de su nariz. Pero los trajes térmicos no podían contener la desolación y frialdad que les rodeaban y que les estremecía hasta la médula de sus huesos.

Lars había oído hablar de esta sensación. Los veteranos la llamaban "choque del terreno" y golpeó a Lars como una ola gigante cuando sintió crujir el helado barro bajo sus botas. Hasta este momento había estado protegido, caliente y seguro, en el seno de una nave que era, en realidad, una prolongación del hogar. Las planchas del casco eran delgadas y la armazón de la nave muy frágil, pero su fuerza residía en lo que representaba. Ahora esta fuerza se hallaba lejos y sintió por primera vez la desolación de encontrarse sin algo que le protegiera, el choque casi físico de estar solo, una débil criatura de carne y sangre, en la superficie abierta de un planeta yermo y extraño. Se notaba una sensación de pérdida, de temor irresistible, y Lars encontró su mente inundada por una docena de pensamientos aterradores cuando miró por encima del hombro a la nave que quedaba tras ellos: "Supongamos que se haya ido cuando volvamos. ¿Qué pasaría si nos encontráramos abandonados aquí, sin nave, sin alimentos? ¿Qué pasaría si "ellos" la atacaran mientras estamos fuera? ¿Qué pasaría...?"

Arrojó con ira tales pensamientos de su mente, aunque un estremecimiento recorrió su cuerpo. El grupo de hombres se apelotonó alrededor del comandante Fox mientras éste les daba las últimas instrucciones. Lars se abrió paso entre el grupo y oyó la voz del comandante, que sonaba metálicamente a través del altavoz de su casco.

—Esto es un reconocimiento rutinario, nada más. No intentaremos ir lejos de la nave, ni conseguir mucho en esta salida, sino solamente echar un vistazo a los alrededores. ¿Entendido? Tenemos dos objetivos principales: confirmar nuestros descubrimientos preliminares sobre las condiciones de la superficie, suelo, atmósfera y cualquier clase de vida indígena de animales o plantas; y ver si es práctico intentar subir con nuestros semi-tractores por esta ladera montañosa, hasta el navío perdido. Señor Lorry, usted conducirá a sus hombres e intentará encontrar un paso, a través del río, por su lado y luego verificará un acercamiento por la derecha. Yo tomaré mis hombres y haré lo mismo por la izquierda. Estableceremos contacto por los intercomunicadores

cada hora entre nosotros y con la nave. ¿Entendido?

Lorry asintió.

—¿Qué hay del campamento?

—Tendremos un día muy corto, así es que será mejor encontrar un buen sitio para acampar y regresar a la nave mañana. Puede usted iniciar a los recién llegados en la técnica de los campamentos avanzados y entrenarlos para un avance posterior hacia los restos de la nave. Kennedy, fíjese bien en el terreno... necesitaré su opinión sobre el mejor modo de acercarse a esa cosa de ahí arriba, y sobre si podrá dejar caer a los hombres desde la lancha y recogerlos de nuevo, o si le será posible posar la lancha en algún sitio más alto que éste. ¿De acuerdo? ¡Vamos!

El grupo del comandante se reunió. Salter y Leeds, junto con Bob Tenebreck, se alejaron un poco de la tripulación de Lorry y hablaron rápidamente en voz baja, pero el comandante estaba ocupado en revisar por última vez el equipo, y no reparó en la apresurada conferencia. Lars no pudo encontrar a Peter al principio; luego sintió una mano sobre su hombro y se revisaron mutuamente el equipo. Pero Peter observaba estrechamente la conferencia y cuando ésta terminó, se dirigió hacia Leeds, mientras Lambert se unía a Lars.

Empezaron a cruzar por parejas el helado terreno del delta, capitaneados por el comandante Fox; llevaban el ligero equipo de intercomunicación con ellos, mientras andaban.

—¡Frío! —dijo Lars entre dientes cuando Lambert se le unió.

—¿Lo siente?

—Sólo en mi interior.

—Ya sé. Cuando salí por primera vez de una nave a un planeta nuevo, creí que seguramente moriría —Lambert sonrió—. Se siente uno como si dejara atrás la última esperanza de protección.

—Pero este lugar...

—Ya se acostumbrará. Dentro de poco llamará a esto su casa.

Lars gruñó y se inclinó contra el fuerte ventarrón que bajaba por el valle. Las nubes se disipaban ahora por oriente, inundando la helada tundra con una luz gris anaranjada, indeciblemente lúgubre.

—Esto es lo que tenía que ver —dijo Lars—. Ahora, cuanto antes estemos de regreso y abrigado en el Ganimedes, tanto más me gustará.

Se abría camino a través de duros y helados rastrojos. De vez en cuando rompían la corteza de hielo y se hundían hasta los tobillos en un barro pegajoso y oscuro. Ante ellos podían ver la hilera de árboles achaparrados que

bordeaba la orilla del río y, más allá, la línea verdinegra del borde de la selva.

—Me pregunto por qué no habrá vegetación aquí —inquirió Lars, perplejo.

—Esta parte se inunda probablemente cada primavera —respondió Lambert—. Es una pobre excusa para el verano, pero eso es lo que ocurre. Seguramente durante el día esto se derrite y se convierte en un completo cenagal. Y no habrá una capa superficial del suelo muy gruesa en esas montañas, capaz de absorber la nieve fundida, así es que ésta debe llenar el río durante los días de verano relativamente cálidos y cubrir estas llanuras de barro.

Parpadeó cuando una bandada de pequeños pájaros negros pasó junto a ellos a la velocidad de un cohete.

—Al principio parecían ánades.

—Lo eran —dijo Lars—. Aunque del tamaño de un petirrojo. Y apostaría que son demasiado correosos para comer.

Mientras se iban acercando al río, encontraron una sorprendente variedad de vida animal, que huía a su paso. La mayor parte de los animales eran grises o negros, con el mimetismo que concede la naturaleza en todo lugar y armonizaban perfectamente con el pantano. El sol se levantó hasta que los hombres proyectaron sombras, pero al poco rato la luz del sol se amortiguó mientras sombras más oscuras cruzaban.

Fox ordenó un alto y los ocho hombres alzaron la vista al cielo. Dos enormes bichos, parecidos a halcones, se deslizaban a través del cielo cubierto de nubes, volando en círculos, alejándose y volviendo. Apenas una pluma estiraba sus alas, las cuales parecían formar una capa negra sobre sus cuerpos. De pronto, las alas se cerraron y los animales descendieron con gran rapidez y perfecta coordinación. El grito de un animal asustado se elevó cerca de la partida de desembarco y oyeron abrirse las alas de los pájaros con ruido parecido al de un trueno amortiguado, cuando se alzaron de nuevo en el aire. Uno de ellos llevaba en las garras un pequeño animal de pelo, parecido a un conejo de orejas cortas, e intentaba escapar con su presa, pero los otros entablaron batalla. En un momento el cielo se llenó de plumas de los grandes halcones que gritaban y se atacaban mutuamente mientras el conejo caía al suelo, olvidado.

Continuaron hacia el río, llenando sus bolsas de muestras con trozos de la achaparrada vegetación y minerales del suelo y de las rocas. Diminutos insectos se escabullían a su paso.

—¿Cómo pueden vivir en este clima? —preguntó el comandante Fox, volviéndose atrás para conferenciar con Lambert.

—Probablemente por adaptabilidad genética —replicó Lambert—.

Vimos los mismos en la flota microscópica. Podemos suponer que este planeta no fue siempre tan frío y que el cambio sobrevino gradualmente. Posiblemente sufre ahora una edad del hielo, exactamente como sabemos que ocurrió en la Tierra. Aunque quisiera ver esos árboles. ¡Apostaría que son pequeñas plantas estropajosas!

—-No tardaremos mucho El río está justo enfrente.

No se apresuraron. Se detenían cada hora para hacer las comprobaciones con la tripulación de Lorry, comparando su avance hacia el otro lado del delta. Al acercarse, las montañas aparecían mayores y más formidables. Pero en ningún sitio se vislumbraba signo alguno de vida, aparte de las simples formas que veían a su alrededor.

Por último, alcanzaron el río, cuya corriente gris, turbulenta y salvaje, producía un rugido que ahogaba sus voces. Avanzaron por la orilla, buscando el lugar más apropiado para cruzarlo, y Fox les ordenó detenerse para comer algo.

Cuando Lars se sentó para ingerir su ración auto—calentada, hizo el primer descubrimiento.

Más tarde discutieron lo que hacía allí, cómo había llegado a ese lugar y lo que su presencia significaba, pero en aquel momento constituyó el motivo de una excitación irrazonable, ya que, sin duda, se trataba de una señal, un artefacto de la Tierra, indicadora de hombres terráqueos.

Lars creyó al principio que era una piedra, cuando se sentó enfrente y descuidadamente la miró, mientras comía. Sus pensamientos vagaban muy lejos y debió estar mirándola durante cinco minutos antes de darse cuenta de lo que estaba viendo: una manchada piedra gris con las confusas letras "N. E. Planetfall" cruzándola.

Soltó un grito, dejando caer su ración en el barro. Miró atentamente y vio que era una maleta, una vulgar maleta gris de tela para contener alimentos, medio enterrada en el barro cerca de la orilla del río. Los demás hombres se agruparon a su alrededor y la abrieron, encontrando media docena de latas aún sin abrir, tres abiertas y vacías, un pequeño botiquín y un informe pliego de papel que debió ser un paquete de cigarrillos hacía tiempo.

—Pero ¿cómo ¡legó aquí? —deseó saber Jerry Klein, el pequeño meteorólogo de ojos castaños.

—Si este río sale de madre, pudo haber venido de cualquier lugar corriente arriba —sugirió excitadamente Lambert—. Pudieron bajar desde los restos de la nave, ¿piensa usted? ¿Acamparían aquí o cerca de aquí?

Se dispersaron por la orilla del río, buscando más objetos, pero no hallaron nada.

—Parece más verosímil que fuera arrastrada por el agua desde el navío estrellado —dijo Salter lúgubremente—. Una razón para creer que están todos muertos.

—¿Con tres latas abiertas? No hubieran abierto las raciones a menos que hubieran desembarcado —contradijo Lars.

—Muy bien, entonces es que los atacaron —gruñó Salter—. No veo que diferencia hay.

Pero esa diferencia, y mucho. Aquí había una prueba que no podía pasarse por alto, de que el Planetfall se había posado en Lobo IV. Pero ¿sin contratiempos? El paquete de comida hacía aún más difícil la respuesta.

De todos modos, se pusieron de nuevo en pie, ansiosos por continuar. Otra vez Peter se unió a Leeds. Parecían hablar mucho. Solamente una vez Lars se encontró con los ojos de Peter, mientras subían por la orilla del río, y sintió que un estremecimiento le recorría la espalda. Fue sólo una mirada, pero había en ella una casi tímida demanda. Era como si Peter tratara desesperadamente de comunicarle algo sin palabras ni señas, Peter sacudió la cabeza con enfado y le indicó bruscamente que se apartara.

Lambert notó la asombrada expresión de Lars.

—¿Qué pasa?

Lars dudó y luego sacudió la cabeza.

—Nada.

Lambert refunfuñó escépticamente, pero siguió adelante sin él. Por último llegaron a un lugar donde el río se ensanchaba, pero parecía menos turbulento. Fox les indicó que se acercaran.

—Quisiera intentar cruzarlo, si podemos. Parece que hay una especie de camino a lo largo de la otra orilla. Quizá tuviéramos una vista mejor de las montañas desde allí. ¿Creen que podríamos arreglárnoslas con las balsas neumáticas.

Lars contempló la corriente.

—Creo que podría cruzar remando, con una cuerda. Luego sería más fácil pasar y podríamos dejar las balsas allí para el regreso.

—¿Quiere intentarlo? Le aseguraríamos a este lado con una cuerda.

No fue demasiado difícil. Inflaron las balsas con cartuchos de anhídrido carbónico y cargaron la mochila de Lars en otra balsa. Lars aseguró el rollo de cuerda de nylon a su hombro y empujó el bote de goma hacia la corriente, sino dejando que ésta le ayudara. Lentamente la lejana orilla se hizo más visible, y por fin encontró un lugar para desembarcar y empezó a subir corriente arriba hasta hallarse frente al grupo. Quince minutos más tarde, la

cuerda estaba amarrada a un árbol nudoso y achaparrado y la partida cruzó en las balsas.

Ahora se hablaba en la selva, si es que podía llamársele así. Los árboles eran retorcidos y bajos, con ramas duras como el hierro y pequeños manojos de hojas parecidas a agujas. Se alzaban como nudosos esqueletos, con las ramas entrelazadas en una espesura impenetrable pero no impedía el paso del viento, que silbaba a través de ellos. Al otro lado del río, la nave se hallaba fuera de la vista, escondida por los árboles y por la inevitable niebla que descendía. Pero hallaron un camino que conducía a terrenos más altos, hacia las montañas. Fox los condujo adelante sin descanso, después de esconder las balsas entre los árboles.

Desde lo alto de la elevación, las montañas se veían claramente delineadas por la ahora menguante luz del día. Fox las examinó detenidamente con sus prismáticos durante mucho rato. Luego gruñó y se los pasó a Klein

—Mire.

El meteorólogo estudió el elevado bastión.

—Aspero —dijo por fin—. Creo que alcancé a ver la nave, pero luego descendieron las nubes.

—Allí está. Pero llegar a ella es otra cosa.

—Déjeme echar un vistazo —Lambert tomó los prismáticos—. Desde aquí, dudo que pudiéramos hacer subir un tractor. Pero esa cresta de enfrente tapa la vista. Quizás desde allí pudiéramos ver un camino.

Jeff Salter cogió los prismáticos.

—¿Por qué no esperamos a mañana para llegar allí? —dijo—. Tendríamos mejor luz.

—Aquí no hay sitio para acampar —opuso Lambert—. Pero veríamos mejor, eso es cierto.

—Continuaremos durante un kilómetro, o cosa así —decidió por último Fox—, Por lo menos quizás encontraremos un sitio mejor para acampar.

Siguieron de nuevo adelante. En la selva, y con la creciente oscuridad, no gozaban de la misma visibilidad que en el delta. Todos estaban inquietos. Lars tanteaba una y otra vez el bulto de su pistola automática que le golpeaba la pierna, mientras veía acentuarse la sombría oscuridad. Finalmente encontraron un espacio abierto, llano, protegido por una roca que afloraba del suelo. Allí instalaron las tiendas de abrigo aislantes, apiñándose contra las rocas para resguardarse del viento. Fox consultó con Lorry y sacudió la cabeza disgustado.

—Lorry no ve la forma de acercarse por su lado. Un sólido risco corre a lo largo de la base. Está planeando regresar al navío con luz diurna.

—¿Y nosotros? —preguntó Peter.

—Seguiremos explorando para ver si encontramos una abertura en la cordillera, por este lado. Si no lo hay, será cuestión de Kennedy el lanzar a uno de nosotros allí arriba, o tendremos que imaginar otra forma de acceso. Pero debemos llegar hasta allí.

Algunos de los hombres fueron a buscar trozos de madera para encender una fogata. No necesitaban calor, pero nadie se opuso a encender fuego. La idea de pasar una noche en ese desolado lugar, sin poder mirar una alegre hoguera, no resultaba agradable. Pero obtener el fuego fue otra cosa. La madera no ardía. Emplearon una hora en hacer astillas y cuidar del fuego para conseguir una pequeña llama, y aun así vacilaba y humeaba, resultando cualquier cosa menos alegre.

Comieron en silencio. Todos estaban cansados por la escalada. Lambert consultó su podómetro y anunció que habían hecho, aproximadamente, 12 kilómetros. Parecían 80. A Lars le gustó que se le asignara la última guardia, ya que esto le permitía dormir antes un poco. Fox y Klein se encargaron de la primera guardia; Peter y Leeds fueron asignados para la segunda. Peter debía despertar a Lars, y Lambert cubriría el tercer turno, mientras que Salter y Castairs se encargarían de las horas anteriores al amanecer. Todos comprobaron sus pistolas.

—Mantengan el fuego encendido —advirtió Lars, y se arrastró hasta su tienda, regulando después la temperatura de su traje para dormir.

Lambert se quedó fuera charlando con Fox y Klein durante un rato; Lars estaba aún despierto cuando por fin Lambert entró a dormir.

—Qué tiene, ¿insomnio?

—No, solamente demasiadas cosas en que pensar.

Lars se dio vuelta, inquieto. No habían visto señales de inteligencia extraña operando en este planeta, por lo menos hasta ese momento, y sin embargo, la amenaza aún persistía. Le costó mucho tiempo el relajarse, pero al fin se durmió pesadamente. Fuera, las nubes se cerraron, ocultando las estrellas con su negrura.

Lars despertó de pronto, con el cuerpo tenso. Algo iba mal. No oyó ningún ruido, y sin embargo, sintió el peligro aullando en sus oídos. ¿Qué? ¿Qué pasaba? Intentó ver, mirando hacia Lambert, que roncaba, y sintió que el pelo se le ponía de punta.

¡El fuego! Se había ido a dormir cuando un reflejo rojo anaranjado teñía las lonas de la tienda.

Ahora se había dormido durante mucho tiempo, ¡demasiado! Peter no le había despertado para hacer su turno de guardia Tanteó en busca de su linterna de pulsera y la encendió dirigiendo el haz luminoso a su cronómetro, intentando despertarse por completo.

¡Las seis!

Se arrastró hasta la abertura de la tienda y miró al exterior. Reinaba un silencio mortal. En ese momento ni siquiera soplaba el viento. Un montón de rescoldos casi apagados, despedían un rojo fulgor donde antes había estado el fuego.

Con un grito, Lars salió precipitadamente de la tienda, buscando con la vista a los hombres de guardia y con la pistola automática preparada en la mano. No había señales de la guardia. Las mochilas, cuidadosamente apiladas cerca de la roca, estaban desgarradas, y su contenido se veía esparcido por todos lados.

Los demás empezaron a salir de sus tiendas... Lambert, con los ojos dilatados por la alarma; Klein, trastabillando como un borracho mientras se fijaba en el fuego, mirándolo con desmayo; Fox, con el rostro ceñudo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué sucede? —gritó alguien.

Se quedaron observando las mochilas saqueadas y se miraron unos a otros, mientras la comprensión se extendía por sus rostros.

—¡Se han ido! —exclamó Lambert sombríamente.

—¡No pueden haberse ido! —protestó Lars.

Corrió hacia las otras tiendas e iluminó el interior de las mismas con la linterna. Allí no había nadie.

—No pueden haberlo hecho. Peter no se hubiera ido sin... —Se interrumpió de golpe., sacudiendo la cabeza.

Peter se había ido. Y también Salter, Leeds y Carstairs. Lars recordó la apresurada conferencia, el hecho de que Peter y Leeds anduvieran juntos durante el día, las conversaciones en voz baja. De pronto, todo concordaba.

—Sí, se han ido —dijo Fox gravemente—. Se han escapado de nosotros como...

—Pero ¿a dónde?

—¿A dónde supone usted? De vuelta a la nave, naturalmente. ¿Dónde está ese transmisor...? Si pudiera hablar con Dorffman antes...

—No podrá usarlo —dijo Klein pausadamente, señalando un montón de chatarra medio hundido en el barro, allí cerca—. Ya se han cuidado de eso. Se han llevado las provisiones, también, o la mayor parte de ellas. Mire ese

revoltijo.

—No pueden atravesar el río —dijo Lars, de pronto.

Luego recordó las bolsas dejadas en la orilla.

—No solamente tienen las bolsas, sino también la cuerda para ayudarse a pasar —El rostro de Fox estaba ceñudo—. Klein, tenemos que intentar detenerlos. Me parece que nos llevan una hora de ventaja, como mínimo.

—¿Por qué? —preguntó Klein—. ¿No los detendrán los hombres de la nave, cuando vean que nosotros no estamos con ellos?

—No lo creo. Creo que esto fue planeado hace algún tiempo. Lo siento, Lars, pero tiene que haber sido así. Si Lorry también ha tenido desertores, serán suficientes para apoderarse de la nave. Tenemos que detenerlos. Si no lo hacemos quizá no haya nave alguna cuando regresemos.

El y Klein comprobaron sus pistolas.

—Lambert, usted y Lars quédense aquí. Miren si consiguen hacer funcionar ese transmisor. El río los detendrá durante un rato y quizá les alcancemos allí.

Con esto los dos hombres empezaron a bajar por la senda, dirigiéndose de nuevo hacia el río.

Lars amontonó gran cantidad de leña en el fuego, evitando los ojos del doctor Lambert mientras se ocupaba de poner en orden las desgarradas mochilas. En lo alto habían desaparecido las nubes y las estrellas brillaban como fijos y helados ojos. Ahora hacía más frío y Lars hizo girar el control calorífico de su traje.

—Será mejor que ahorre eso —dijo Lambert pausadamente—. Quizá lo necesitemos más adelante.

—No creerá que ellos...

—No sé qué pensar. Se han escapado, eso es todo. Han debido estar planeándolo durante semanas para aprovechar la primera oportunidad, y ésta ha sido bastante buena.

—Peter Brigham no ha tomado parte en nada de eso —protestó Lars—. No puede haberse mezclado en nada así.

—Temo que los hechos no confirmen su opinión —dijo Lambert—. Lo siento, pero no veo otra explicación. Debía de saber lo que sucedía, y, sin embargo, no nos previno.

Estaban sentados junto al fuego, esperando mientras pasaba media hora, luego una hora. Un gris amanecer apareció en el horizonte mientras miraban ansiosamente en dirección de la nave.

—¿Usted... usted cree que despegarán sin llegar a la nave y se apoderan de ella? —preguntó Lars.

—Temo que sí.

—Pero eso nos dejaría...

—Sí. Nos pondría en dificultades, en grandes dificultades. —Los labios de Lambert se convirtieron en una sombría línea—. Siga vigilando. Desde aquí veremos el despegue.

Vigilaron, esperando ver de un momento a otro elevarse en el cielo el brillante chorro rojo anaranjado. Pero no hubo señal alguna. Por último, oyeron ruido en la senda y Fox y Klein vinieron a sentarse cansadamente junto al fuego. La derrota se marcaba a hondos surcos a través de sus rostros.

—Lo han visto, supongo —dijo Fox desanimado.

—¿Visto, qué? —preguntó Lambert.

—El despegue. Han tenido que verlo desde ahí arriba.

—No hemos visto ningún despegue —dijo Lars impasiblemente—. Y hemos estado vigilando.

Fox y Klein cambiaron asombradas miradas.

—Es raro —dijo Fox—. Los seguimos y atravesamos el río ayudándonos con la cuerda, ya que habían soltado las balsas. Seguimos su pista a través del delta hasta el lugar en que había estado la nave. Han debido tener éxito y han cogido a Dorffman y a los demás por sorpresa.

—Mire —dijo Lars—. Esa nave no pudo despegar con Salter y su grupo a cargo de ella, o cualquier otro.

—Tuvo que hacerlo —contestó el comandante Fox sombríamente—. Porque se ha ido. No hay ninguna nave en el punto de delta, donde la hicimos posarse. Allí no hay nada.

—Miró intencionadamente a Lars, Lambert y Klein.

—Y ya saben lo que esto significa. Quiere decir que estamos encallados aquí. Que tenemos que alcanzar esa nave en lo alto de la cordillera y llegar a ella lo bastante de prisa si no queremos morir de hambre.

IX

EL OBJETO EN LO ALTO DE LA MONTAÑA

Lars tardó bastante tiempo en comprender por completo la enormidad de lo que el comandante Fox estaba diciendo. El Ganimedes se había ido. No le habían visto partir, pero, no obstante, se había marchado. Como los silenciosos desertores, que habían desgarrado las mochilas y habían partido durante la noche, la nave había desaparecido rápida e increíblemente. Estaban solos... Fox, Jerry Klein, John Lambert y él mismo. Tenían calor en sus trajes para veintiocho horas más, quizá en el mejor de los casos solamente habría comida suficiente para dos días en las mochilas. Aparte de eso, nada.

—¿Qué hay de Lorry y su grupo? —preguntó tranquilamente también.

—Ni una señal. Todavía deben estar durmiendo, por lo que sé.

—¿No deberíamos intentar ponernos en contacto con ellos?

—Eso significaría cruzar el río por lo menos una vez y luego otra vez para regresar —dijo lentamente Fox—. Perderíamos calor y tendríamos que usar la comida de un día. Suponiendo que estén vivos, quiero decir. No, lo que necesitaremos es calor y la comida para nosotros mismos, John. Sólo podemos esperar y rezar para que haya más provisiones allá arriba —miró hacia los negros riscos de la cordillera—, de donde vino la maleta que encontramos. No creo que viviéramos mucho tiempo alimentándonos con lo que pueda dar el país.

—Por lo menos podríamos hacer algunos disparos —sugirió Klein—. Así sabrían que estamos vivos.

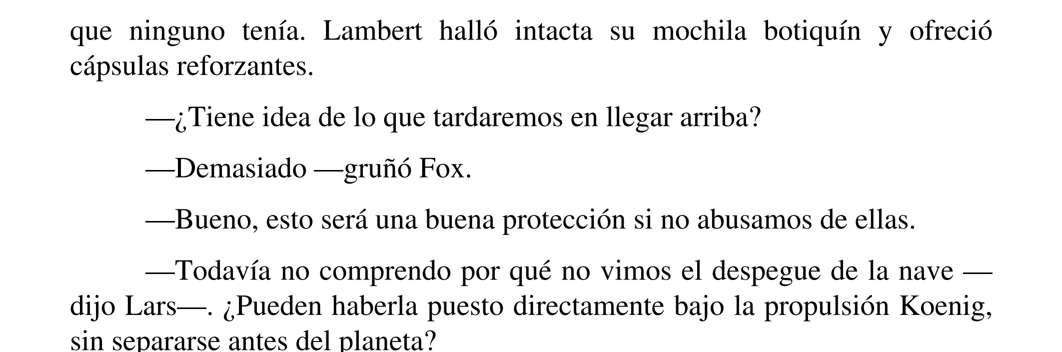
—Podemos intentarlo —dijo Fox cautamente—. Sólo un cargador. Podemos necesitar las municiones.

Klein sacó su pistola automática y disparó una rápida descarga. El agudo “crac-crac-crac” produjo ecos y contraecos en el valle mientras esperaban, a la escucha de una respuesta.

Nada. Silencio, excepto el rumor del viento que se levantaba.

—Seguirán el mismo camino que nosotros —dijo finalmente Fox—. Sólo hay uno, y conduce hacia arriba. Será mejor que empecemos a andar.

Su voz sonaba demasiado, pero le brillaban los ojos de cólera. Rápidamente revisaron los pertrechos que quedaban. El cálculo de Lars sobre los alimentos para dos días era optimista: había dos comidas por persona, sin contar las escasas latas de la maleta del Planetfall que habían encontrado. Abrieron la primera de las latas y comieron con una pretensión de entusiasmo



que ninguno tenía. Lambert halló intacta su mochila botiquín y ofreció cápsulas reforzantes.

—¿Tiene idea de lo que tardaremos en llegar arriba?

—Demasiado —gruñó Fox.

—Bueno, esto será una buena protección si no abusamos de ellas.

—Todavía no comprendo por qué no vimos el despegue de la nave —dijo Lars—. ¿Pueden haberla puesto directamente bajo la propulsión Koenig, sin separarse antes del planeta?

—Si lo hicieron, estamos mejor que ellos, porque habrán muerto todos. Hubieran desintegrado medio planeta y hubieran volado convertidos en átomos. No, Salter es navegante. Sabe que hay que estar en el espacio libre para usar la propulsión.

—Aún no comprendo cómo pudieron despegar —repitió testarudamente Lars.

—¿Quiere llegarse hasta allí y verlo usted mismo? —estalló Fox—. ¿Cree que estoy ciego? ¿O está tan apegado a su compañero que no pueda admitir, ni para usted mismo, que es un traidor? ¿Eh? Bien.

—No hay por qué pelearse —cortó Lambert— Ya no está allí. Muy bien. Eso no nos favorece mucho. Será mejor que aprovechemos lo que nos queda.

Fox contempló a Lars durante un momento; luego su rostro se dulcificó.

—John tiene razón —dijo—. Lo siento. Sospecho que solamente necesitaba algo para desahogarme. ¿Están listas esas mochilas? Vamos.

Empezaron a andar. No sentían entusiasmo por hacerlo, pero comprendieron que era el momento de apresurarse, mientras todavía tenían calor y alimentos. Empezaron a subir por la senda hacia la cordillera, Fox y Lambert detrás. El viento soplaba ahora con fuerza, presionándoles hacia abajo como si quisiera impedir su avance lo más que pudiera, y amenazantes nubes negras cruzaban rápidamente el sombrío cielo.

—¿Cuánto puede resistir un hombre sin comer? —preguntó Lars a Lambert, mientras se abrían paso senda arriba.

—Con agua, bastante tiempo. A condición que no tenga que emplear sus energías andando y que no deba preocuparse por el frío y la humedad. Sin embargo, y por el momento, no tenemos que preocuparnos por la comida. Si quiere inquietarse por algo, piense en las pulmonías o en piernas rotas.

Esto último, por lo menos, era un peligro constante. La hirsuta maleza cubría el camino, mostrando de vez en cuando montones de roca partida,

restos de antiguos aludes. Pronto la senda tomó una dirección pronunciadamente ascendente, cuando rodearon la vertiente de la cordillera que habían visto la noche anterior, y que les impidió la vista de la cresta montañosa que había detrás. ¿Qué pasaría, si también ellos encontraban un risco esperándoles al otro lado del contrafuerte? Lars palpó la delgada cuerda de nylon arrollada a su hombro. Era fuerte, pero un hombre debía escalar, escapar antes que los demás pudieran subir por la cuerda.

Lucharon durante varias horas para alcanzar el final de la obstrucción y, finalmente, salieron a un redondo y alto otero, pudiendo ver los elevados peñascos ante sí. El risco se extendía desde la lejana orilla del río, donde la corriente de agua pasaba sobre él en una gigantesca catarata. Pero aquí había una grieta en el muro que les obstruía el paso. Un dentado derrumbe formado por el descenso de los aludes y cubierto de cantos rodados, conducía pendiente arriba, a través de una grieta del risco, hasta una meseta superior cubierta de nieve. Muy por encima de ésta, cuando se disiparon las nubes por un momento, percibieron un destello metálico.

—Malo —dijo Fox—. Emplearemos por lo menos un día en subir por ese derrumbamiento de tierras, si no nos rompemos la cabeza antes. Y después no estoy seguro de que podamos llegar hasta esos riscos más altos que conducen a la nave.

Jerry Klein estudió la pendiente con los prismáticos.

—He hecho algunas escaladas en la Tierra —dijo—. Parece posible, o casi, desde aquí. Desde luego, no sé lo que será visto desde allí.

—Desearía tener las películas de Kennedy —dijo Fox.

—No nos servirían de mucho. No me preocupa el plano horizontal, sino el vertical. Será una mala subida. ¿Pero parece posible?

—Creo que sí.

—Entonces vamos —dijo el comandante Fox.

Cuando cayó la oscuridad, aún no habían alcanzado la cumbre de la pendiente rocosa Pasaron el día trepando por cantos rodados del tamaño de una casa, abriéndose camino como reptantes serpientes por la traidora falda de la montaña. A la luz del día ya era bastante difícil; cuando cayó la oscuridad Fox sacudió amargamente la cabeza e indicó a los demás un pequeño callejón sin salida entre las rocas.

—Tendremos que pararnos aquí... Comamos un poco.

Estaban exhaustos y hambrientos. Comieron solamente medias raciones y se sintieron como si no hubieran ingerido nada. Luego intentaron encontrar algún sitio cómodo para dormir. No había forma. Lars dormitó, despertándose a cada momento cuando las rocas se le clavaban a través del traje térmico.

Hacia la medianoche empezó a nevar y enormes copos blancos cubrieron a los adormecidos hombres, amontonándose contra las rocas. Lars se despertó para encontrarse con las manos y pies entumecidos de frío y entonces supo que su acumulador calorífico estaba descargado.

Cuando llegó el día todos padecían frío. La comida les calentó un poco, pero era casi la última que les quedaba y no fue suficiente. Se calentaron gaseando por la nieve y contemplaron las tempestuosas nubes que corrían sobre ellos.

—Vamos —dijo Fox.

Empezaron a andar.

Con los miembros doloridos subieron por el derrumbamiento. Los trajes constituían ahora una carga, aislándolos más o menos, pero se calentaban demasiado al escalar y les hacían estremecerse cuando se detenían. La nieve fue espesándose mientras subían, pero Lars no prestó atención a los alrededores. Mantuvo los ojos fijos en las botas de Jerry Klein y siguió subiendo, paso a paso, tras él, mientras el viaje empezaba a convertirse en una serie de impresiones de pesadilla, pensamientos fugaces y esperanzas casi desesperadas.

Movimiento... para mantenerse caliente, para continuar. Arriba, siempre arriba. Una pausa, después de lo que parecían días, para terminar las raciones, fundir un poco de nieve y obtener agua. Después, adelante otra vez. Adelantar un pie, luego el otro. Un movimiento, un grito, un chaparrón de nieve cuando Fox perdió pie, resbalando un poco hacia ellos y luego el alto para atarse unos a otros. Otro descanso cuando llegaron a la cumbre del corrimiento y buscaron entre los peñascos un camino que les permitiera continuar hacia arriba. Oscuridad y frío, otro amanecer. Sobre ellos se erguía la montaña como un ser vivo y maligno, desafiándolos a acercarse; pero sobre una cresta, cerca de la cumbre, vieron destello metálico, un destello de esperanza.

Continuaron subiendo.

Era muy fácil desesperarse, Lars se sorprendió a sí mismo pensando sombríamente en los restos que yacían encima de ellos, sobre la cresta. ¿Encontrarían comida? Funcionarían aún los generadores, habría recambios para sus condensadores de calor? Tendrían que haberlos si querían sobrevivir. Pero allí arriba había algo más, algo que les estaba esperando. Por centésima vez, Lars recordó las palabras de Peter Brigham; “Esto no encaja en absoluto. Y no sabremos lo que es hasta que lleguemos a los restos y descubramos qué le sucedió en realidad al Planetfall”.

Y, sobre todo, la creciente convicción que no se encontraban solos en este planeta, de que desde algún lugar extraños ojos les observaban, esperando.

Al cuarto día encontraron los que quedaban del grupo de Lorry.

Fue una triste reunión. Se encontraron en un alto risco, donde Fox y su grupo habían estado luchando durante cuatro horas para escalar una serie de contrafuertes rocosos Tom Lorry los distinguió desde el otro lado del risco y gritó; luego corrió hacia ellos, con Bob Kennedy pegado a sus talones. Detrás venían Marstom, el ingeniero. No había más.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Fox cuando se hubieron reunido en un apretado grupo sobre el risco.

—Tres huyeron —jadeó Lorry.

—Los demás empezamos a subir cuando vimos que la nave se había ido, pero Blair se rompió el tobillo. Le dejé abajo con Burger y todas las provisiones que teníamos. Tienen combustible y están algo protegidos del viento. Luego empezamos a subir. ¿Cuánta comida tienen?

—Nada —respondió Fox.

—Entonces vamos. Tiene que haber comida en esos restos.

Subieron.

Esa noche, Kennedy empezó a toser y también Marstom. Por la mañana, ambos tenían fiebre. Fox y Lars tenían los dedos congelados y

Lambert les devolvió el calor. Volvió a soplar el viento, frío y mordiente, llevando montaña abajo montones de cellisca que caían sobre ellos. Lambert atiborró a los dos hombres de antibióticos y distribuyó el resto de sus cápsulas reforzantes. Habían perdido de vista los restos. Ahora estaban demasiado pegados a la ladera montañosa Pero Klein creyó distinguir un camino para subir.

—No podemos llevar con nosotros a estos hombres con fiebre —protestó Lambert.

—No podemos tampoco dejarles aquí. Quizá haya algún refugio allí arriba y algo que comer.

Ambos hombres estuvieron de acuerdo. Marstom respiraba con dificultad cuando empezaron de nuevo a andar; pero, deteniéndose a ratos, pudo mantenerse al paso. Kennedy tosía desesperadamente. Subieron por el lado de un risco. Sólo una vez durante ese día pudieron divisar su meta. Parecía tan lejana como el día que empezaron. Pero sabían que eso no era posible.

—Otro empujón fuerte mañana y lo conseguiremos —dijo esperanzadamente Fox—. Tendremos que marchar en cuanto haya algo de luz. ¿Cómo se encuentran los enfermos?

—Casi he terminado los medicamentos —respondió Lambert.

—¿Pero conservan los suyos, no?

—Por ahora.

—Quizá haya medicamentos en la nave.

—Sólo con que haya algo de comida me doy por satisfecho —gruñó Jerry Klein—. Hasta quizá haya un medio para rescatarla.

—¡Desde luego! —respondió Fox con forzado entusiasmo.

—Si solamente pudiéramos reparar los motores, no sería muy difícil recomponer un casco naufragado. Pero no podemos hacerlo desde aquí. Durmamos ahora y luego continuaremos. No quiero pasar otra noche en este iceberg, con una roca por almohada.

—Mañana nos espera una dura escalada —advirtió Klein.

—Pues escalaremos —dijo Fox—. Por lo menos, así nos calentaremos.

Esa noche Lars empezó a toser y sintió el antinatural calor de la fiebre en sus mejillas. Cuando empezó a divisarse algo de luz, se sintió atontado, adelantando a tropezones con los demás por un confuso mundo de irrealidad. Estaba cansado, más de lo que podía expresar con palabras, con una fatiga en todos los miembros que impedía cualquier propósito a sus pasos, mientras tomaba mecánicamente su sitio en la fila. Ni siquiera mencionó su fiebre a Lambert. ¿De qué hubiera servido? Los medicamentos casi se habían terminado. Se sentía como envuelto en un capullo, a muchos kilómetros de distancia del resto del grupo, contemplando cómo subían por la escarpada ladera de la montaña, Se sorprendió riéndose solo y se dominó violentamente, sacudiendo la cabeza para volver a la realidad.

Se movían a una velocidad ínfima, pero adelantaban. Una pared rocosa se proyectaba sobre sus cabezas, desvaneciéndose entre nubes cargadas de nieve. Jerry Klein estudió la pared y luego empezó a escalar, encajando los pies en las grietas, buscando asideros, con el rollo de cuerda de nylon sobre el hombro. Desapareció en las tinieblas mientras los demás esperaban sin hablar, sin siquiera atreverse a mirar hacia arriba. Después oyeron su llamada, mientras las cuerdas descendían con húmedo silbido hasta ellos y treparon uno a uno. Lambert ató fuertemente a Kennedy y Marstom a la cuerda y Lars y Fox estiraron desde arriba para ayudarles a subir. Después de este escalón subieron otro, y otro más. A cada momento que pasaba desaparecían las esperanzas de Lars; se movía como en un sueño, casi sin prestar atención a nada. "Ha sido una decepción completa", pensó. "No debimos esperar poder hacerlo."

Pero siempre quedaba un destello de esperanza, empañado y débil, y, sin embargo, continuamente presente. Subieron por otra pared de roca y descansaron antes de enfrentarse con la próxima.

Pero ya no había más.

Se hallaban en un campo de nieve, en un estrecho valle alto que se extendía hasta la misma cumbre de la montaña. Las nubes lo cruzaban rápidamente, ocultando la cima, y descubriéndola luego nuevamente; la nieve formaba un esponjoso manto al caer. En medio del campo de nieve aparecía algo que semejaba un peñasco, pero no lo era, sino las toberas de una astronave confusamente delineadas, con una aleta levantando su gris silueta contra el cielo. Resonó un grito, y Fox y Lorry corrieron por la nieve que les llegaba al pecho, abriéndose camino hacia el aparato. Lars trastabilleó tras ellos, mientras Kennedy y Marstom caían de rodillas y luego se levantaban ansiosamente. Una nube les impidió momentáneamente la vista, pero ya lo habían divisado, sabían que estaba allí. Medio riendo, medio llorando, Lars se precipitó en pos de las oscuras figuras de Fox y Lorry, dejando a Lambert que se las compusiera como pudiera.

De pronto, como si hubiera sonado una señal, cesó de nevar y la oscura nube se levantó. Ahora estaba muy cerca de la nave accidentada, lo bastante cerca para distinguir los detalles. El comandante Fox se detuvo bruscamente, mirándola fijamente; Lorry vaciló, se apoyó en el hombro de Fox y se enderezó nuevamente, jadeando, mientras también él miraba fijamente. Algo frío descendió por la espalda de Lars; se detuvo, parpadeando ante el objeto que yacía frente a él, en el risco. Era un navío, una astronave, el objetivo de su dura lucha.

Pero la nave parecía extraña.

Las líneas estaban deformadas y eran demasiado grandes. La parte que podían ver, sobresaliendo del campo de nieve, no era todo el casco, sino solamente un trozo. Era un montón de deshechos. medio enterrados en el cieno y la nieve, desintegrándose por la brutal descomposición de muchas décadas.

Lars se frotó los ojos, con la mente contradiciendo lo que aquellos le revelaban, mientras se acercaba, vacilante, a los restos. Era un navío terrestre, ciertamente, pero no era la astronave

Planetfall. Unas letras, apenas legibles sobre el casco batido por el viento, deletreaban otro nombre, el de una nave que había salido de la Tierra hacía más de trescientos años, llevando a su tripulación valiente y ciegamente en una larga travesía.

El objeto sobre la cordillera era el naufragio de la astronave Argonauta.

X

EL OBJETO DEL VALLE

Durante cinco minutos permanecieron mirando incrédulamente al espectro que reposaba ante ellos, sin moverse, sin más sonido que el de sus jadeantes respiraciones. La nieve empezó a caer de nuevo perezosamente, remolineando sobre sus rostros, para formar una capa más que cubriría los antiguos restos.

De pronto, Jerry Klein se arrojó hacia adelante con un sollozo. Tropezó con una plancha del casco medio enterrada, se puso nuevamente en pie y se precipitó por la abierta escotilla que se movía de un lado a otro. Cobró ánimos, miró hacia dentro y la puerta se soltó de sus goznes, quedándosele en la mano.

—¡Nada! —gritó—. Aquí no hay nada. Está muerto, muerto.

Golpeó el casco con el puño y aquél se sacudió y osciló peligrosamente. Mientras Fox y Lambert corrían hacia él, Klein se introdujo agachándose por la abertura de la escotilla, pudiendo oír cómo rompía todo lo que había dentro. Igual que si estuviera loco.

Y luego todos rodearon la nave semidestrozada, esperando contra toda esperanza que sus ojos les hubieran traicionado, buscando algún signo de vida, algo que les devolviera la esperanza. Vagaron entumecidos por entre los retorcidos despojos, como fantasmas de un lejano pasado, buscando algo que ya no tenían esperanzas de encontrar.

Ni comida, ni calor. No había forma de reparar los motores, reducidos a fragmentos, y que se hallaban hundidos en el cieno de varios siglos.

Allí no había nada, aparte del esqueleto medio enterrado de una nave olvidada y abandonada hacía tiempo.

Sacaron a Klein de entre los restos, riendo, gritando y debatiéndose con furia histérica, hasta que Fox le golpeó con fuerza en el rostro. Entonces se inclinó y se desplomó en la nieve, y quedó sentado mirando estúpidamente al vacío, sacudiendo la cabeza.

Cuando Fox se volvió a los demás, las lágrimas corrían por su cara.

—Levanten a esos hombres enfermos y atémonos de nuevo a la cuerda. Tenemos que seguir.

Entumecidos, Lars y Lambert se acercaron cruzando el campo de nieve hasta el medio delirante Kennedy y Marstom. La nave del risco había resultado ser un espejismo, o algo peor, porque en realidad existía, y se había

burlado de ellos hasta el último momento. Ninguno creyó que fuera otra nave que el Planetfall. Pero ahora sabían que no lo era. De alguna manera, equivocando su ruta muchos años atrás, el Argonauta había encontrado otra estrella, otro planeta, y su tumba. ¿Qué sucedió? ¿Cuánto había durado el viaje? Solamente los restos deshechos podían insinuar la respuesta.

El grupo de hombres que había subido laboriosamente por la montaña para buscar el perdido Planetfall, con sus alimentos y generadores, y con la esperanza de escapar de este gris planeta medio muerto, había encontrado en su lugar una tumba.

Se agruparon alrededor de Walter Fox, sosteniendo Lars y Lambert a los enfermos. Jerry Klein continuaba sentado como una estatua, mientras una película de nieve se formaba sobre sus brazos y manos. Tom Lorry se hallaba cerca de la nave, mirándola aún fijamente, con el rostro turbado por el cansancio y la desesperación.

—Aquí no hay nada —dijo Marstom con desánimo.

—No, no lo hay —dijo Fox.

—No hay alimentos, ni medicinas.

—Nada.

—Ni esperanza de poder usar ese... —los labios de Marstom se fruncieron amargamente—. Ese montón de chatarra.

—Ninguna.

—¡Pero tiene que haberla! —se atragantó Marstom—. Usted dijo que el Planetfall estaba aquí. Dijo que habría alimentos, que podríamos calentarnos

—Esto no es el Planetfall —espetó Fox— Nos hemos equivocado.

—Quiere decir que hemos sido unos locos —gruñó Tom Lorry—. Si éste no es el Planetfall, ¿dónde está? Sabemos que estaba aquí. Usted encontró la maleta con comida. Si no se estrelló aquí, ¿qué le sucedió?

—No lo sé.

—Y nuestra nave, ¿qué ha sido de ella? ¿Adónde ha ido?

—Esto es lo que tenemos que descubrir —respondió Fox—. Y nunca lo conseguiremos si seguimos sentados aquí, helándonos. Tenemos que seguir adelante.

—¿Para qué? —dijo Marstom. Y un ataque de tos le sacudió los delgados hombros—. Este sitio es tan bueno como cualquier otro para quedarse helado.

—Ha olvidado usted el objeto del valle —-dijo Fox con ardor—, lo que Kennedy vio. Ese valle está justamente detrás de esa cima, Kennedy vio algo.

—Allí no hay nada —dijo Marstom con un gruñido—, Kennedy estaba enfermo, todos lo hemos estado, y locos también. No hay nada por lo que seguir adelante. Este es el fin.

—Levántese —dijo Fox—. Subiremos hasta allí. Póngase en pie y muévase.

Nadie se movió. Lars miraba fijamente al suelo, con los dedos ateridos y todo el cuerpo mortalmente cansado. Marstom tenía razón, le decía su inteligencia. Ese objeto del valle, al otro lado de la cima, era una mentira, un engaño. Este era el fin.

Y entonces, como una furia, Walter Fox se puso de pie, maldiciendo y gritando; su voz cortaba como un látigo, tenía la cara pálida y los ojos le brillaban como grises diamantes.

—¡Idiotas! —gritó—. ¿Van a quedarse ahí sentados, dejándose morir?

Saltó hacia Jerry Klein, lo agarró por el cuello del traje y lo puso en pie de un tirón.

—Levántese, ¿me oye? ¡De pie! Ahí está el camino, a través de aquel paso... ¡ande!

Dio un empujón a Jerry y se volvió para coger por el hombro a Tom Lorry, arrastrándolo a viva fuerza mientras el segundo oficial sacudía la cabeza.

—¡Yo mando aquí! —gritó Fox—, y mientras sea el jefe, cuando digo que continuemos, continuaremos. ¿Creen que van a abandonarme? ¡Antes los llevaré a cuestas! ¡Vamos, muévanse... nunca ha desertado nadie durante una misión que yo mandara, y no van a empezar ahora!

Se volvió a Lars y Lambert.

—¿Qué hacen parados ahí? Cojan a esos dos hombres. Llévenlos a cuesta o arrastrándolos, me da igual, pero anden. Encontraremos esa nave aunque tengamos que recorrer a pie todo este miserable planeta.

Lentamente, entumecidos, empezaron a andar. Fox iba y venía a lo largo de la fila, gritándoles, golpeando sus espaldas, levantando a Klein cuando tropezaba y empujándole hacia adelante nuevamente, mientras se alejaban de los restos. Lars pasó el brazo de Kennedy sobre sus hombros y sostuvo el cuerpo del hombrecillo con su brazo derecho, poniéndose en marcha. Le dolían todos los músculos del cuerpo, pero la voz del comandante le quemaba el cerebro. Recibió una furiosa imprecación al detenerse para asegurar su carga y sintió una amarga llamarada de cólera que le calentó, apresurando su paso. Pero más que nada sentía cansancio y admiración. ¿Cómo podía Fox hacer esto? ¿Cómo llegaba a esa insondable fuente de ardiente energía, para poder conducirles hasta el límite de la esperanza y

continuar luego adelante? ¿Qué maravillosa fuerza y vitalidad poseía este hombre? No encontró respuesta a esto, pero, confusamente, un destello de comprensión iluminó la mente de Lars. Por esta razón podía capitanearles, porque resistía cuando les fallaban las fuerzas a los demás.

Anduvieron formando una triste y abatida fila, dejando atrás los restos del naufragio, atravesando el campo de nieve hacia el paso entre las montañas. No les importaba lo que hubiera tras él. Lo único que importaba era cruzarlo, llegar al otro lado como fuera. El viento convertía la nieve en ventisca y la oscuridad caía rápidamente; las rocas se veían confusamente y hasta la extensión nevada de las cimas se tornaba gris. Lars se detuvo una vez y miró hacia atrás, a través de las tinieblas, intentando divisar los fantásticos restos que habían dejado a sus espaldas, pero no vio más que una pared de blancura.

¿Había estado allí en realidad? ¿Podía haber estado allí? O había sido un sueño febril, una pesadilla sobrenatural que les atormentó. Quizá fuera un vicioso retorcimiento de sus imaginaciones, una fantasmagoría, como la cosa del valle que Kennedy creyó ver. Pero ahora ya no importaba. Todo lo que importaba era adelantar un pie, luego el otro, escalar, tropezar, subir un poco más por el risco.

Hasta que, finalmente, sin percibirlo en la oscuridad, se encontró bajando en vez de subiendo, y las ásperas sombras de los retorcidos árboles aparecieron a sus pies. El límite de los árboles era muy alto por ese lado del paso y el viento amainaba mientras se introducían en una grieta protectora de la roca. Arrastraron trozos de madera que, por fin, les procurarían calor, en un lugar donde descansarían a salvo.

Habían cruzado el paso A sus pies se extendía el valle, oscuro e impenetrable.

El alba surgió silenciosamente, sin viento, y gris. Había cesado la nieve v descendió una capa de niebla, ocultándolo todo, excepto las primeras filas de árboles debajo del campamento Todavía hacía frío y no tenían alimentos, pero los hombres se sintieron revivir cuando la luz empezó a brillar tenuemente sobre el paso.

Abandonaron toda precaución en cuanto llegaron a ese protegido lugar y encendieron una enorme fogata para calentarse y secar sus ropas interiores, extrayendo algo de vida y esperanza de las amarillas llamas. Y después durmieron, por primera vez en muchos días. Fox, Lorry, Lambert y Lars se repartieron las guardias mientras los demás dormían con la misma pesadez de las rocas sobre las que estaban acostados. Cuando a Lars le llegó su turno, casi no sintió el duro suelo bajo su cuerpo, antes de caer en la inconsciencia.

Por la mañana se orientaron un poco. No podían ver el valle extendido a sus pies, aparte de unos pocos metros de la pendiente gris que descendía hacia él, a causa de la niebla; pero sabían que era el lugar en que Kennedy

había visto, o creyó ver, una ciudad. Una ciudad que no podía haber sido construida por manos humanas, había dicho Kennedy. Esta idea ensombreció sus rostros mientras se calentaban alrededor del reanimado fuego.

—Tendremos que bajar ahí —estaba diciendo Lambert—. No podemos volver atrás.

—¿Qué haremos con Kennedy y Marston? ¿Cree que pueden viajar? —Fox mostraba ahora su cansancio, pero su voz era firme—. Podríamos mantenemos aquí otro día, si fuera necesario. Estamos protegidos y tenemos combustible.

—El sueño les ha hecho bien —respondió Lambert—. Necesitan comida y medicinas, como los demás, y aquí no encontraremos estas cosas.

—¿Cree que las encontraremos —señaló con el pulgar por encima de su hombro— allí abajo?

—No lo sabremos hasta intentarlo.

Así quedó decidido. La tos de Marston había mejorado bastante y Lars ya no sentía el calor febril en sus mejillas, sentía doloridos los ojos y los huesos, pero decidió que más que nada sentía hambre y se notaba sucio y cansado.

Descendieron al valle. Jerry Klein había vuelto en sí y mostraba una expresión medio avergonzada mientras tomaba el mando para bajar la pendiente rocosa y se detenía para ayudar a los enfermos. Había un camino poco marcado que descendía entre los árboles achaparrados, y, después de dos o tres horas de penoso andar, vieron que la selva daba paso a una herbosa pradera.

La niebla se desvanecía, rompiéndose en retazos que dejaban filtrarse una luz anaranjada. Cada vez más a menudo, Fox ordenaba un alto para estudiar con los prismáticos las grises neblinas inferiores. No se oía más sonido que el roce de sus botas, y sin embargo, el aire parecía cargado de tensión, mientras andaban. De pronto, vieron detenerse a Jerry Klein; sacudió violentamente la mano y miró atentamente pendiente abajo.

Se detuvieron, sintiendo el penetrante frío. La niebla se disipaba a sus pies por momentos y apareció algo, muy abajo, durante un instante. Por último creyeron ver algo.

—¿Los has visto? —preguntó Lambert a Lars.

—Sí, pero no podría decir qué era.

—Nos detendremos aquí —dijo Fox—. Esperen. Ese banco de nieblas está disipándose. Ahí abajo hay algo.

Mientras Fox hablaba, Lars sintió pasar una brisa valle abajo, haciendo

ondular la hierba. De pronto, la niebla se levantó, la luz inundó el valle y éste apareció ante ellos.

Lo contemplaron fijamente, sin poder creerlo, mudos y atónitos.

Cuando Lars, más tarde, lo describió, recordó exactamente la impresión que recibió en este primer y extraño momento, al disiparse la niebla. Fue como si hubieran estado en un teatro a oscuras y de pronto se levantara el telón, para revelar una increíble escena, un fantástico mundo maravilloso. Pero ahora quedó clavado en el suelo como todos los demás, sin pensar, casi sin poder comprender lo que había en el fondo del valle.

Era una ciudad... de eso no había duda. Torres y espirales se levantaban una sobre otra, disparatadamente, sin orden ni concierto, desafiando todas las leyes de la gravedad.

El lugar parecía una llamarada de parpadeantes colores, un conglomerado confuso y cambiante de edificios, arcos, espirales, puentes... hilera sobre hilera de construcciones elevándose sin apariencia alguna de orden o armonía, un pintoresco e increíble amasijo arquitectónico.

Y mientras lo contemplaban, cambió.

Una centelleante torre de color azul parpadeó tomándose en rosa resplandeciente, se empañó, se extendió y por último se desplomó; y en su lugar surgió una afilada espiral. De pronto, un gran puente curvado se levantó por un lado y alcanzó rápidamente, formando un gracioso arco, la punta de la espiral Todo se movía y cambiaba constantemente. Lars se frotó los ojos y oyó la ronca voz del comandante Fox que decía:

—No puede ser. No es posible que exista una cosa así.

Lars supo lo que quería decir, los colores, las espirales, los rielantes edificios, las diminutas figuras que divisaban sobre los puentes y terraplenes, eran solamente una parte de la increíble escena que aparecía ante sus ojos. Una ciudad, sí; hasta en una extraña población pudiera haber creído. Pero esta ciudad del valle estaba más allá de toda credulidad.

Porque toda ella, sin soporte de ninguna clase que pudieran ver, flotaba suavemente a treinta metros del suelo.

Cuando Lars era pequeño, había visto una vez un mago ambulante que sacaba metros y más metros de brillante seda de colores de un diminuto dedal que tenía en la mano. Recordó también el día y también cuán aterrado se había sentido, ya que su razón le decía que toda esa cantidad de seda no podía salir de un espacio tan pequeño, aunque sus ojos insistían en que sí era. Años más tarde comprendió que tanto sus ojos como su razón estaban en lo cierto. La seda únicamente "parecía" salir del diminuto recipiente pero el entendimiento nunca le devolvió la perdida fe en los magos ambulantes.

Esto era lo que ahora sentía, mientras contemplaba la increíble ciudad flotando a mucha altura sobre el suelo del valle. No podía ser cierto y, sin embargo, lo estaba viendo. Ahí estaba, ante sus ojos. Cuando los cerró y volvió a abrirlos, todavía seguía allí.

Ahora comprendió por qué Kennedy se había sentido tan confuso, y por qué había dicho que ningún ser humano pudo haber construido tal ciudad.

—De modo que aquí están sus seres extraños —dijo Lambert, cuando separó los ojos de los prismáticos—. Los mensajes del Planetfall eran ciertos. Aquí tomaron contacto con una raza extraña.

Fox no dijo nada. Le brillaban los ojos mientras contemplaba la ciudad del valle.

—Pero sea como fuera, destruyó su nave —continuó Lambert.

—¡Eso no lo sabemos! —estalló Fox—. No los hemos encontrado, pero no sabemos si esas... criaturas son hostiles.

Miró a los hombres uno tras otro.

—Tenemos que enterarnos de esto. Lo cual significa que hemos de bajar hasta ahí. Pero no todos a la vez. Bajaré solo, mientras el resto de ustedes se mantienen a cubierto

—Yo iré con usted —dijo Lambert.

—Suponga que destruyan, sencillamente, a todo el que se les acerque —previno Tom Lorry.

—Es un riesgo que hemos de correr. Quédeme a cubierto —Fox hizo una seña con la cabeza a Lambert—. Vamos.

Lentamente, Fox y Lambert empezaron a descender la pendiente. El sol estaba alto, disipando los últimos vestigios de niebla. Lars se sentó rígidamente, rodeando sus rodillas con los brazos, mientras los dos hombres desaparecían tras un amontonamiento de rocas y reaparecían luego más lejos, dirigiéndose a la ciudad.

De pronto, se detuvieron y pareció que conferenciaban ; anduvieron unos pocos pasos más y se pararon nuevamente.

Algo iba mal. Parecían andar trabajosamente, como si vadearan a través de un lodazal en el que se hundieran hasta las rodillas.

—¿Ves algo? —murmuró Marston.

Lars negó con la cabeza.

—Algo los detiene. Intentan acercarse más a la ciudad.

—¡Están locos! Podrían aniquilarlos como...

—Pero no pasa nada de eso. Sólo que ya no adelantan.

Los dos hombres regresaban, moviéndose con más facilidad. De nuevo giraron hacia el valle, empezaron a correr y otra vez sus pasos se retardaron. A través de los prismáticos, Lars vio como Fox se inclinaba, examinando minuciosamente el suelo. Después el comandante continuó adelante solo, luchando por levantar los pies hasta que se detuvo del todo, jadeante. Permaneció completamente inmóvil, cara a la ciudad, durante un largo movimiento; luego dio la vuelta, se unió a Lambert y subieron penosamente por la cuesta hasta llegar al grupo.

Todavía jadeaban cuando alcanzaron a los que les esperaban.

—No podemos hacerlo —dijo Fox—. Hay una especie de campo de energía; es como querer pasar por un barrizal profundo.

—¿Vio algo? —preguntó Lorry.

—Nada que signifique que nos hayan descubierto.

—Quizá debiera intentarlo yo —dijo Lorry.

—Escuchen —dijo quedamente Lambert.

Reinó el silencio mientras le miraban.

—¿No lo han oído?

—He..., he oído algo —dijo de pronto Lars—. No era un sonido, pero algo... casi como si lo imaginara.

—¡Sí, sí! —asintió Lambert—, Yo lo oí ahí abajo, muy claramente... algo que no puedo entender.

—“Dejad acercarse al muchacho” —dijo lentamente Walter Fox.

—¡Eso era! Estoy seguro.

—Yo también lo oí —dijo Fox—. Puedo oírlo ahora. “Dejad acercarse al muchacho.”

—¿Qué muchacho? —preguntó Lorry.

Luego sus ojos se posaron en Lars.

Este lo sintió ahora en su interior, una aterradora sensación, como si algo lo llamara, arrastrándolo.

—Quieren que vaya —dijo—. No sé cómo lo hacen, pero me llaman.

—Es posible —estalló Fox—. No hay sonido alguno.

—Será mejor que vaya —dijo Lars—. Alguien tiene que ponerse en contacto con ellos. Si desean que sea yo, iré.

Descargó la mochila de sus hombros, irguiéndose en toda su estatura.

Estaba asustado, pero la llamada que sentía en su mente no parecía amenazadora. Sonaba urgente, poderosa, y sin embargo, curiosamente amable. Ni siquiera miró a los otros hombres. Empezó a descender por el sendero.

—¡Lars! —-Walter Fox corrió tras él y le cogió por el brazo—. ¿Sabes lo que estás haciendo, hijo?

Lars contempló el cansado rostro del comandante. La voz de Fox sonaba ronca y sus grises ojos miraban suplicantes. A Lars le pareció que era la primera vez que veía a Walter Fox tal como era en realidad. La acerada expresión de su rostro había desaparecido y un hombre pequeño y humilde se hallaba ante él, cogiéndole por el brazo y pidiendo que le escuchara.

—Toda mi vida he deseado que llegara este momento —decía Fox—. Sabía que los encontraríamos algún día, he deseado tanto encontrarlos.

—¿Encontrar qué? —inquirió confuso Lars.

—¡Otra clase de vida, seres distintos a los humanos, criaturas inteligentes! —gritó Fox—. Los hombres no podían ser los únicos seres vivientes en este inmenso universo. ¿Lo comprendes? Tenían que existir otros seres, criaturas de buen corazón.

—¿Qué quiere usted decir?

—Si allí abajo los encuentras, no eches a perder nuestra oportunidad. Si son buenos, confía en ellos. Hazles saber que también nosotros lo somos. Ofréceles nuestra amistad. Este no es el momento de odiar, temer o desconfiar.

Lars asintió con un movimiento de cabeza.

—Ya sé —dijo—. Trataré de no estropearlo.

Empezó a descender la pendiente, dejando a Fox y a los demás observando. Sus ojos se fijaron en la ciudad, mientras los altos edificios se agrandaban. Alcanzó el suelo del valle y se detuvo, al mismo tiempo que la urgente llamada que sonaba en su mente se hacía más perentoria. Esperaban ansiosamente.

Echó a andar de nuevo, con una sensación de temor oprimiéndole el corazón. Apretó los puños contra sus costados mientras se acercaba cada vez más.

Al principio, creyó que los edificios se agrandaban, pero después comprobó que la ciudad bajaba a su encuentro. Suavemente, como una pluma, se posó en el suelo, y Lars pudo ver los puentes y edificios llenos de pequeñas figuras que lo observaban. Delante había una puerta, alta y luminosa, que resplandecía mientras él se acercaba, hasta que estuvo ante ella.

La puerta se abrió sin ruido y los “sonidos” que resonaban en su mente parecieron aumentar excitadamente cuando la cruzó, como el murmullo de cien voces.

Y después, una vez dentro, oyó una voz real, tan familiar, que se volvió con un grito y se halló cara a cara frente a Peter Brigham.

XI

EL EXTRAÑO PAIS

La sorpresa de ver a Peter fue casi irresistible para Lars.

Estaba hambriento, sucio y mortalmente cansado; todavía notaba el calor de la fiebre. Tenía los pies doloridos y mientras se acercaba a la ciudad, le había parecido que cada paso era el último que sus cansadas piernas podrían dar. Pero aún había más. Muchas cosas habían ocurrido en muy poco tiempo. Gran parte de lo sucedido era completamente increíble y, sin embargo, tuvo que aceptarlo, porque sus ojos y sus sentidos le convencieron de que era real. Desde que el grupo empezó a subir la montaña días atrás, todo había sido como una pesadilla interminable, llena de sucesos imposibles y horrores apenas insinuados.

Y ahora, apareciendo como una isla en un caótico mar, encontraba a Peter; Lars no supo si reír o llorar. Era Peter, sin duda alguna. Las puertas se habían abierto, y él había entrado en un alto vestíbulo, brillantemente iluminado. La extraña ciudad brillaba y relucía ante sus ojos a través de una arcada cercana, y allí estaba Peter, vivo y en Lobo IV. Era algo absolutamente inexplicable.

Lars gritó de puro alivio al ver una cara familiar, pero luego una multitud de recuerdos inundó su mente, confusos, embarullados y casi irreales, pero recuerdos al fin y al cabo. La desesperación que sintió cuando los desertores huyeron del campamento, dejando a sus compañeros abandonados en este extraño mundo; y recordó también el terrible esfuerzo montaña arriba hasta los restos que, estaban seguros, eran los del Planetfall y la inexplicable decepción que habían sufrido cuando llegaron a ellos.

Peter los había abandonado. Había huido con Salter, Leeds y los demás.

—¿Qué haces aquí? —soltó Lars—. ¿Qué has hecho con la nave? ¿Dónde están los otros?

Miró a Peter con ojos relampagueantes.

—No te preocupes, ahora ya no importa —dijo Peter rápidamente.

Miró por encima del hombro hacia el gran vestíbulo.

—Tienes que...

—¡Qué me importa! Estaríamos ya muertos si no hubiera sido por Fox, después de que tú y tus compañeros huisteis. ¿Qué quieres decir con eso de que no importa?

—Quizás estemos todos muertos dentro de poco si no me escuchas —

estalló Peter.

—O algo peor que muertos.

Había ansiedad en la voz de Peter y una clara advertencia en su mirada.

—Sé lo que piensas, pero yo no hui. No hay tiempo de explicarlo ahora Tal vez más tarde, si tenemos suerte. Estarán aquí dentro de un momento, así que escucha. Cierra tu mente lo más que puedas. Cuando vengan, vacía el cerebro, no pienses en nada si te es posible, o se apoderarán de él en un instante. Pero no te sorprendas por nada y no hagas nada que pueda alarmarlos.

Lars asintió con un movimiento de cabeza y se calló. No entendía lo que Peter estaba diciendo, pero percibió la ansiedad y el temor que su voz reflejaba. Todo lo que había sucedido anteriormente podría explicarse a su tiempo; aquí había una amenaza inmediata que anulaba todo lo demás.

Sus ojos se fijaron en todos los detalles del enorme vestíbulo. Las paredes eran lisas, curvándose en un alto y abovedado techo. Reinaba una luz que parecía emanar de las mismas paredes, suavemente rosada y rielante. A través de la arcada podía ver los edificios, amontonados unos sobre otros en un fantástico revoltijo. Al principio no hubo signo alguno de vida, luego sintió un creciente zumbido de excitación que parecía venir de todos lados, aunque no oyó nada. Era como si sintiera el murmullo y la excitación de la ciudad en las profundidades de su mente.

Siguió un momento de calma, como si miles de personas hubieran retenido por un instante la respiración. La arcada se abrió, disolviéndose en partículas relucientes, mientras tres figuras bajaban por una rampa y se acercaban a ellos. Lars no los vio aproximarse; aparecieron repentinamente, como si se materializaran en el aire. En un momento estuvieron junto a Peter y Lars, mirando fijamente a este último con desvergonzada curiosidad.

Parecían seres humanos. Eran altos y esbeltos, dos hombres y una mujer moviéndose con una fácil desenvoltura que parecía muy rara hasta que Lars notó que sus pies apenas tocaban el suelo. La mujer tenía el cabello claro, los hombres eran morenos, con rostros circunspectos.

No mostraban hostilidad alguna, pero sus actos eran tan extraños como su espectral semejanza con los hombres de la Tierra. Alargaron las manos para tocar el traje de Lars, le miraron interrogadoramente a los ojos, pasaron sus dedos por su barba sin afeitar. De vez en cuando, detenían su inspección para mirarse entre sí y afirmar con la cabeza, y después reanudaron su examen.

"Exactamente como si fueran niños inspeccionando un juguete nuevo, del que estuvieron un poco asustados", pensó Lars. Miró a Peter, pero éste, sacudió casi imperceptiblemente la cabeza.

Al fin, Lars no pudo soportar el silencioso examen por más tiempo.

—Soy un hombre de la Tierra —dijo con una voz demasiado fuerte para el silencio que reinaba—. Mi nombre es Heldrigsson. Soy uno de los tripulantes de la astronave que vino de un planeta llamado...

Se interrumpió repentinamente. Los tres habitantes de la Ciudad no prestaban atención a sus palabras. Peter sacudió otra vez la cabeza.

—No sirve de nada hablarles. No. tienen lenguaje hablado.

—Pero ¿cómo... —Lars buscó la palabra adecuada— hablan?

—Tienen medios de comunicación mucho más sutiles que los nuestros —dijo Peter gravemente—. ¿Cómo supiste que querían que bajaras hasta aquí? Deseaban que vinieras tú, ya lo sabes, no uno de los otros. Pero ¿cómo supiste eso?

Lars no encontró una respuesta que tuviera sentido. "Lo supe", pensó, "mis oídos no percibieron nada, pero lo oí". ¿Cómo podría describir la misteriosa... sensación que le había sobrecogido en el valle? Cuando intentó encontrar las palabras adecuadas, sintió la misma turbación agitándose en su mente. Cansado como estaba, notó que su cuerpo se tensaba. Tuvo la abrupta y ridícula imagen mental de alguien alzando, suave pero firmemente, la tapa de una cafetera y, de pronto, supo que habían penetrado en su mente, tentándola con dedos suaves y ligeros como plumas. Sintió sus preguntas, aunque no percibiera sonido alguno, y parecía ser que captaran sus respuestas antes de que éstas llegaran a la boca.

"¡No me extraña que no hablen! ", pensó violentamente. "¡No necesitan hablar!"

La mujer le miró con sorpresa.

"¿Hablar? ¿Qué es hablar"

Lo percibió claramente, una pregunta directa. Los tres habitantes de la Ciudad le miraban asombrados.

"Hablar. Emitir sonidos que expresan lo que se piensa..."

Captaron la respuesta antes de que saliera de sus labios, se miraron entre sí, aún asombrados, y después se rieron. No entendían en absoluto lo que Lars quería decir.

La mujer le señaló con un dedo.

"¿Quién eres?"

"Un hombre de la Tierra. Me llamo Heldrigsson, Lars Heldrigsson."

De nuevo mostraron su asombro y confusión.

“¿Un hombre de la Tierra? ¿Heldrigsson? ¿Lars? Demasiados pensamientos en tu mente, todos significan que eres tú...”

“Soy como él.”

Lars señaló a Peter.

Esto lo entendieron y pareció producirles repentina ansiedad y excitación. Los impasibles rostros de los hombres se abrieron en una sonrisa mientras asentían entre ellos con la cabeza y Lars captó la corriente de pensamientos que cruzó de uno a otro.

“¡Teníamos razón los dos: son verdaderamente lo mismo, entonces! ¡Es magnífico, magnífico! Exactamente como los Maestros prometieron...”

Lars parpadeó. “Los Maestros”, no había sido una palabra, sino un pensamiento, una imagen mental llena de grandeza, inaccesibilidad y reverencia. Fue casi como si los habitantes de la Ciudad hubieran bajado de tono sus voces mentales cuando mencionaron el nombre, e inclinaron levemente las cabezas.

“Sí, es exactamente lo que los Maestros prometieron.”

Luego la mujer le miró agudamente. Como los otros, estaba vestida con una capa informe y gris de tejido suave como la pluma y su cabello parecía rielar a la luz de las paredes. Era muy hermosa, de rostro infantil y, sin embargo, con ojos grises y separados.

“Entonces tú, como los otros, vienes de...” Pareció tratar de concebir una imagen que estaba más allá de sus posibilidades.

“De otra estrella”, pensó Lars. “De un planeta llamado Tierra, tercero del Sol...”

“¿Sol?”

“Nuestra estrella. La llamamos Sol. Muy lejos...”

“De otro país, de otro mundo.”

“Pero tienes que estar cansado, viniendo de tan lejos.”

Lars le miró fijamente. Ella se lo imaginaba andando.

“Vinimos en una astronave, el Ganimedes.” Otra vez apareció la confusión.

“¿Por qué hiciste esto?”

“Para encontrar otra astronave que se perdió aquí.”

“Pero ¿por qué usáis esas... astronaves?” Ahora le tocaba a Lars el asombrarse. Se volvió a Peter.

—Creo que se me escapa algo.

Peter asintió.

—He pasado días enteros en el mismo conflicto. No pueden concebir otro mundo aparte de este planeta. No comprenden lo que quieres decir con “otro mundo” y “a través del espacio” y cosas parecidas. No parecen poder captar para qué se usa una astronave o por qué nadie necesita usarla. De nuevo. Lars intentó transmitir la idea de cruzar las profundidades del espacio, encerrados, impulsados y protegidos por un casco de metal y plástico, pero fue inútil. Estaba tan cansado que casi no podía dominar sus propios pensamientos, y este increíble medio de conversación consumía rápidamente los últimos vestigios de su control.

—Oye, ¿no pueden darme algo de comer o permitirme que me lave y duerma un poco? —le espetó a Peter.

—Adelante y pregúntaselo —dijo Peter—. Dales una imagen mental exacta de lo que deseas, de lo sucio que te sientes y de lo que te gustaría tener en este momento.

Lars lo intentó. Evocó una imagen de cansancio y de hambre que hubiera ablandado el corazón de una estatua y representó en su mente una ducha caliente y llena de vapor y una limpia cama. Los tres habitantes de la Ciudad captaron perfectamente las imágenes, dejándole asombrado. Una rápida corriente de simpatía y disculpa brotó de sus mentes.

“Estamos fatigándote y necesitas descanso. Ven, te pondremos cómodo. Más tarde... hablaremos.”

—Pero ¿y los demás? —preguntó Lars en voz alta—. No tienen alimentos. Kennedy y Marston están enfermos. Y hay dos más al otro lado de la montaña.

—Están aquí —dijo rápidamente Peter—. A los otros ya los traerán, no te preocupes. Ahora ven...

Lars no necesitó más apremio. Siguió a los extraños personajes camino de la ciudad.

Hasta este momento, Lars no se había fijado mucho en la ciudad. Cansado como estaba, observó el confuso panorama que se abría ante sus ojos desorbitados por el asombro. Era como una ciudad construida con piezas de juguete brillantemente coloreadas, de todos los tamaños y formas imaginables. Se veían llamativos arcos y espirales centelleantes. Aceras rodantes se movían entre los edificios que colgaban aislados en el aire, altos y bajos, algunos grandes y rectangulares, otros rechonchos y en forma de disco, los de más allá, esféricos y transparentes como burbujas, girando lentamente en el aire.

La ciudad no parecía seguir plano alguno, colgaba allí vacilante pero aun así mostraba una increíble y salvaje belleza a pesar de su completa

desorganización. Nada era feo. No había suciedad ni lobreguez. Los habitantes de la Ciudad pululaban por doquier, agolpándose en las aceras y arcos, subiendo por las deslizantes curvas de los puentes y, por todos lados, surgía un zumbido de actividad y vida que cayó sobre Lars como una ola. Se veían viejos habitantes de la Ciudad con largas barbas y cabellos blancos, otros muchos eran jóvenes, con la misma extraña apariencia de vejez y juventud simultáneas que poseían la mujer que le mostraba el camino. De vez en cuando, pasaba una joven con un rosado bebé en los brazos y una hilera de chiquillos les seguía, observándoles con gran curiosidad mientras atravesaban la ciudad.

Su forma de andar también era chocante. Se ponían en marcha, o así le parecía a Lars, y trasponían grandes distancias con muy poco esfuerzo y en un tiempo cortísimo comenzaban a subir por un arqueado puente y al momento siguiente el puente había quedado atrás. Lars sacudió la cabeza con violencia y miró confundido a Peter.

—Ya te acostumbrarás —dijo éste—. ’’Anda“ sólo por atención a nosotros.

—¿Cómo acostumbran a ir de un lado a otro?

—No sé cómo lo definirías tú. Ya conoces los trucos de algunos de nuestros telépatas... eso de meter una bola en una caja y hacerla saltar fuera sin abrirla, ¿verdad? Es algo muy parecido, creo yo. Desean ir a un sitio y ¡zas!, allí están. Me llevaron una vez de esa manera y me mareé por completo. Desde entonces, v en consideración a mí, han disminuido la velocidad a mi paso rápido.

Se dirigían a un edificio bajo y alargado, de color azul pálido, que flotaba a gran altura sobre los demás. Tenía una espiral de cristal que se elevaba unos treinta metros en el aire y chispeaba como un carámbano a la luz del sol. De pronto, mientras Lars estaba aún observándolo, se encontraron dentro del edificio en un largo corredor. Parecía una biblioteca o un salón. A un lado, cerca de la pared, estaban unas superficies curvadas de materia plástica, con una batería de botones de control junto a ella. Un examen más detenido reveló que eran pantallas visor, ya que una brillaba con un color azul opaco; pero Lars no vio imagen alguna en ella. Repentinamente, la pantalla azul parpadeó y se apagó, volviéndose gris oscura como las demás.

—Nuestro “estudio” —dijo suavemente Peter—. Nuestras habitaciones están ahí al fondo.

Se acercaba al final del corredor, donde una puerta alta y estrecha se destacaba contra la pared verde pálida. Sus bordes acanalados eran visibles, juntándose a la pared y no tenía picaporte. Los tres habitantes de la Ciudad se detuvieron y miraron a Lars. De nuevo, sintió el aleteo suave de sus dedos mentales en su cerebro.

“Para ti. Tus habitaciones. Encontrarás comida y ropa de dormir en el interior.”

Lars asintió con la cabeza y esperó a que le abrieran la puerta pero no se movieron. Los tres le observaban atentamente.

—Quieren que abras la puerta —susurró Peter.

—Pero si no tiene tirador.

Sólo esperaron un momento, mientras Lars contemplaba desvalidamente la puerta. Después éste sintió, más que oyó, el leve suspiro de los habitantes de la Ciudad. La mujer tocó la puerta con el dedo y ésta se disolvió en una fina niebla, desapareciendo después y dejando ver un dormitorio grande y confortable. Lars entró, sintiendo todavía la ola de decepción en la mente de los habitantes de la Ciudad y captando parte de sus pensamientos.

“Es como el otro. Pero quizá con lecciones él también...”

Después Lars y Peter se hallaron en la habitación y la puerta reapareció, dejándoles solos. A un lado había un cuarto de baño, con el agua caliente llenando la bañera y despidiendo nubes de vapor; había dos camas, blandas e invitadoras aunque fueran en realidad sólo unos jergones flotando a noventa centímetros del suelo. Y cerca de las camas había dos bandejas de comida que le hicieron la boca agua a Lars.

Estaban en sus habitaciones. Prisioneros. Podía parecerlo y, sin embargo, los tres habitantes de la Ciudad no guardaban hostilidad alguna en sus mentes. Al contrario, Lars había sentido un efluvio persistente de deferencia cuando sondearon su mente, no tanto como si fuera un prisionero sino un huésped respetado y muy importante. Cuando le examinaron sintió su ansiedad, su vigilancia y su esperanza.

Y una última impresión tan fuerte, que alcanzó de nuevo la mente de Lars: “Quizá con lecciones...”

Vio el agua caliente, las camas y la comida, pero había que resolver primero algo mucho más importante. Se volvió a Peter. La ciudad y sus gentes eran como un sueño fantástico, pero Peter no pertenecía a este mundo Peter Brigham era Peter, en carne y hueso. Un Peter Brigham descansado, caliente y bien alimentado quien, a pesar de sus advertencias, no parecía demasiado asustado de esos habitantes de la Ciudad. En realidad, parecía aceptarlos con mucha calma. Si había algo poco claro e irreal acerca de esos seres extraños en Lobo IV, nada de eso se refería a Peter ni a los sucesos que Lars sabía que eran ciertos.

Que había existido una astronave llamada Ganimedes, la cual les trajo hasta aquí, a él mismo, a Peter y a otros veinte hombres de la Tierra.

Que Peter se había unido a los desertores para apoderase de la nave y que, de alguna manera, se habían arreglado para hacerla desaparecer del lugar en donde se había posado.

Que una astronave del tamaño del Ganimedes no se desvanece en el aire así como así, sea en Lobo IV o en otro sitio cualquiera.

Que hacía tiempo, meses atrás, otra astronave, llamada Planetfall, se había posado en este planeta y también desapareció.

Lars se volvió a Peter.

—Muy bien. La comida puede esperar. Quiero que me des algunas respuestas y eso va a ser ahora mismo.

—Tendrán más sentido cuando hayas descansado —dijo Peter.

—Creo que será mejor que tengan sentido ahora —replicó Lars—. ¿Dónde están esas naves? Y, ¿dónde están los hombres?

Con un suspiro, Peter cruzó la habitación. Cuando se acercó a la pared más alejada, ésta empezó a desvanecerse, exactamente como lo había hecho la puerta, revelando el amplio panorama de la ciudad que se extendía a sus pies.

—Ven aquí —dijo Peter—. Puedo responder sin dificultad a una de tus preguntas.

Lars se acercó a la ventana. Las brillantes luces de la ciudad le sorprendieron como una exhibición de fuegos artificiales.

—Tienes razón —dijo Peter lentamente—. El Ganimedes no desapareció en el espacio ni tampoco nadie lo hizo despegar del planeta.

Señaló con la mano.

—Ahí abajo, sobre la rampa.

Era una estructura más maciza que las de la ciudad, pesada y sólida, en forma de dos armazones largas y estrechas. Y en ellas reposaban, costado contra costado largas astronaves casi gemelas.

Lars hubiera reconocido al Ganimedes en cualquier lugar. Nunca había visto antes el otro navío, pero supo, sin dudarlo, que era la astronave Planetfall.

Este, entonces, había sido el final de su viaje.

XII

¿DONDE ESTAN?

Peter se había ido cuando por fin Lars despertó. No supo cuánto tiempo había dormido. Cuando se introdujo en la cama estaba demasiado cansado hasta para mirar su cronómetro. El baño caliente resultó maravilloso; no había robots restregadores como los de las duchas de la Tierra y el agua brotaba de todos lados como en una fuente, pero pudo limpiarse y calentarse y encontró preparadas ropas grises y ligeras como la pluma cuando estuvo listo. Comió como un hombre famélico y dos minutos después de cerrar los ojos ya dormía.

Ahora contempló la habitación y el interés le despertó por completo. No se veía a Peter por ningún lado, pero la mesa estaba puesta otra vez y llena de comida. Esta no se parecía a nada de lo que hasta ahora había visto, pero su contextura y sabor picante desvanecían cualquier sospecha sobre su calidad. Nada podía saber tan bien y no ser nutritivo. Había un plato de algo que sabía a carne, una sopa aromática y lo que supuso era verdura, a pesar de su pálido color azul. Las fuentes se llenaban automáticamente mientras comía, aunque nadie entrara en la habitación; cuando por fin estuvo satisfecho, la comida, la mesa y todo lo demás desapareció, dejando sólo un débil y agradable olor en el aire.

Este asunto de las apariciones y desapariciones era sorprendente, por no decir milagroso. Lars se sintió un poco mareado mientras recorría la habitación, inspeccionando el liso material de las paredes, observando cómo la gran ventana se volvía transparente cuando él se le acercaba. Las dos naves descansaban aún en sus armazones, como si hubieran permanecido allí durante años; pero a su contemplación revivieron las miles de preguntas sin respuesta que llenaban la mente de Lars.

Sintió una oleada de alivio cuando oyó la voz de Peter y le vio atravesar la puerta, que se había vuelto delgada y diáfana, ocultando apenas el cuarto-estudio del otro lado.

—Ya es hora de que estés levantado —decía Peter.

—¿Dónde has estado?

—Tomando mis lecciones.

—¿Qué lecciones?

—Ya lo verás, supongo.

Peter miró por la ventana.

—¡Oh!, todavía están ahí —dijo, señalando con un movimiento de

cabeza a las naves—. No van a ir a ningún sitio.

—Pero ¿dónde están los tripulantes? —Un horrible pensamiento sobrecogió a Lars—. Esta gente no los habrán “asimilado” de alguna forma, ¿verdad? Quiero decir que no les habían trabajado el cerebro hasta apoderarse de ellos y después...

—No, no, nada de eso —dijo Peter—. La tripulación del Planetfall y la del Ganimedes están en el mismo lugar, con la única excepción de nosotros dos.

En la voz de Peter se percibía una nota le resignación y desesperanza.

—¿En qué lugar?

—En una bóveda especial que han construido para ellos en las profundidades de la ciudad

—¿Quieres decir que los han matado?

—¡Oh, no! No están muertos. Están dormidos. Los han alimentado y cuidado con toda atención, pero los mantienen dormidos y, por lo que puedo juzgar, estos habitantes de la Ciudad no tienen intención de despertarlos jamás. Por eso te advertí que procedieras con cuidado hasta ver cómo te recibían, porque tengo la corazonada de que si deciden dormirnos también a nosotros, nadie nos despertará jamás.

—Espera un poco —dijo Lars confuso—. Dejé a Fox, Lambert y los demás en lo alto de la colina. Ni siquiera pudieron acercarse a este lugar.

—Ahora están aquí. Dudo que hayan visto siquiera el interior de la Ciudad. Creo que los durmieron antes de que los habitantes de la Ciudad los trajeran aquí. Pero no puedo asegurarlo

Lars contempló a Peter y después se acercó de nuevo a la ventana.

—Todavía no me has explicado cómo llegaste hasta aquí ni cómo vino a parar aquí la nave.

Peter se encogió de hombros.

—Nos trajeron. No me preguntes cómo, porque no lo sé.

—¡Pero desertaste aquella noche, con Salter y Leeds! —acusó Lars.

—No porque lo deseara, créeme. Nunca soñé que Salter intentara escaparse tan pronto.

—Así que estaba todo preparado por adelantado.

—Naturalmente que lo estaba —dijo irritadamente Peter—. Todos ibais dando vueltas por la nave después de aquel arreglo forzoso, y Fox actuaba como si pensarais que no prestándole atención, el peligro desaparecería sin

más. Salter y sus compañeros planearon la huida con la nave a partir del mismo instante en que falló el motín. No me admitieron en el complot hasta que estuvimos organizando en serio las partidas de desembarco, y entonces sólo me advirtieron que estuviera preparado para cuando llegara el momento. No tenían intención de habérselas con ningún ser extraño en Lobo IV. Pensaron que las partidas de desembarco dejarían en el navío una guardia insignificante y que podrían huir y apoderarse de él, marchándose luego. Que es lo que hicieron, por lo menos hasta cierto punto.

—¿Y si hubieran llegado a la Tierra?

—No hubieran tenido dificultades. ¿Quién hubiera desmentido su historia? El Servicio Colonial habría tenido que creerles.

—Así es que planearon asesinar o dejar abandonados a los que no estuvieran de acuerdo con ellos —dijo amargamente Lars.

—Empiezas a comprender el asunto —dijo

Peter—. Yo lo sospeché. Salter todavía estaba dolido porque no voté en favor suyo, y yo esperaba poder descubrir el complot y avisar a los demás cuando llegara el momento. Lo malo fue que llegó demasiado pronto. Salter empezó a actuar en cuanto los demás estuvisteis dormidos y yo tuve que escoger entre seguirlos silenciosamente o recibir un balazo en la cabeza. Escogí lo primero. Hasta pensé que quizás podría escapar y avisar a los hombres de la nave.

—Con que fue así —dijo lentamente Lars.

De pronto sintió como si le hubieran quitado un peso enorme de encima. No se había dado cuenta de lo mucho que le había herido la huida de Peter, no a causa de la traición perpetrada contra la nave y su tripulación, sino por causas personales. No podía creer que Peter hubiera hecho tal cosa voluntariamente.

—Me satisface que haya sido así —dijo— Estoy verdaderamente contento.

—Creíste otra cosa, ¿verdad?

—No..., no sabía qué pensar.

—Supongo que debió parecer muy vil. ¡Oh! Ya sé que me comporté como un loco varias veces durante este viaje, pero no estaba dispuesto a tomar parte en un asunto tan sucio, créeme Me sentí muy mezquino ayudando a Salter y Leeds a cruzar el río con los botes y después soltarlos. Y. naturalmente, cuando llegamos al lugar donde se había posado el Ganimedes, éste se había marchado y ya no tuve ocasión de avisar a nadie.

—¡Ido! —exclamó Lars—. ¿Quieres decir que vosotros no os lo llevasteis?

—Ya no estaba allí. ¡Hubieras tenido que ver la cara de Jeff Salter! Te hubiera hecho sentirte mucho mejor después de soportar la caminata montaña arriba. Se había imaginado que todo iría como una seda y, de pronto, se encontró sin nave. Estábamos en tan malas condiciones como aquellos de los que habíamos huido. Sólo que Salter no pertenece al tipo de los jefes. Se aterró estúpidamente cuando llegamos al valle y vimos que la nave no estaba. Fue de un lado a otro, mandándonos registrar el lugar. Creyó haberse equivocado de camino, pero tenía miedo de esperar a solas, temiendo que algo pudiera saltar sobre él desde la maleza.

—¿Pero qué pasó? —preguntó Lars.

—Nos acercamos al sitio donde antes había estado la nave y empezamos a buscarla, y de pronto, sin saber cómo, ya no nos encontrábamos allí, sino aquí. En la ciudad. En una habitación con una docena de esos seres extraños y desarmados. Todavía no he descubierto qué hicieron con nuestras pistolas automáticas. Y todos y cada uno de los hombres están dormidos profundamente, excepto yo.

—Excepto tú —repitió Lars.

—Eso es.

—Primero tú, después yo. ¿Qué tenemos de especial?

—Si consiguieras encontrar respuesta a esto, nos podríamos escapar en seguida —respondió Peter ceñudamente—. Yo no conozco el por qué y los habitantes de la ciudad no pueden o no quieren decírmelo.

—¿Coincidencia? —preguntó Lars.

Peter resopló.

—¿Lo crees?

—Pues, ¿qué, si no? ¿Qué han hecho contigo?

—Darme lecciones.

—Oye, dar lecciones quiere decir enseñar algo —protestó Lars—. ¿Qué intentan enseñarte?

—He procurado descubrirlo desde que empezaron. No tengo ni idea. Pero sé una cosa, Desde el momento en que me encontré en esta ciudad, sus habitantes han intentado enseñarme “algo” con toda la técnica y los recursos a su alcance. —Peter le dirigió una mueca—. Piensa un poco todo esto.

—¿Puedes enseñarme el lugar o estamos encerrados aquí?

—Somos tan libres como el viento, excepto en las horas de lección —dijo Peter.

—Entonces enséñame todo lo que haya que ver.

Dejaron las habitaciones y empezaron su paseo por la extraordinaria ciudad. Peter andaba con paso firme, pero Lars lo hacía con temor y casi temblando, no fuera que la etérea estructura del lugar se derrumbara de pronto sobre ellos como un castillo de naipes. Al salir del edificio cruzaron un alto puente que Lars hubiera jurado que no estaba allí cuando llegaron por primera vez, y bajaron por una larga escalera circular hasta alcanzar el suelo. El pie de la escalera se hallaba a seis metros de altura, de modo que les pareció que tendrían que dar media vuelta y regresar, pero cuando se acercaron al final, el edificio, la escalera y todo lo demás descendió servicialmente hasta tierra firme.

Lars sacudió a Peter.

—Lo que no puedo entender —dijo, señalando la escalera que se elevaba otra vez—. Eso de que las cosas vayan tranquilamente de un lado a otro. Veo que es así, pero no puedo llegar a creerlo. Los objetos no suben ni desaparecen por *sí* solos.

—Es su forma de vivir —dijo Peter—. ¿La cama que has usado esta noche, era cómoda?

—Perfecta.

—¿Buena y firme? No fue dando tumbos de aquí para allá, ¿verdad?

—No, se estuvo quieta.

—Bueno, ¿y tienes idea de qué era lo que la sostenía?

—No.

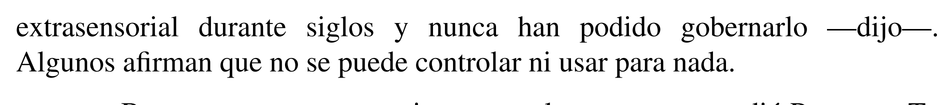
—Ni creo que la tengas porque no la sostenía “nada”. Estos habitantes de la ciudad poseen un control telepático casi absoluto sobre todo lo que les rodea. Exactamente del mismo modo que los telépatas de la televisión tridimensional en la Tierra gobiernan a la bola de la caja.

—Entonces, todo esto es el resultado de una percepción extrasensorial, ¿verdad? —preguntó incrédulamente Lars—. ¡Es imposible! Nadie ha aprendido jamás a controlar los poderes extrasensoriales hasta este punto, ni siquiera el más hábil de los telépatas de la Tierra.

—Los habitantes de la Ciudad lo hacen —dijo Peter—. Es lo que nosotros llamamos poder extrasensorial, pero ellos lo han refinado hasta un punto jamás visto en la Tierra En esta gente esa facultad es completamente inconsciente: telepatía, telequinesis, teletransportes, cualquier cosa que quieras llamarlo. Ellos lo controlan. Toda su cultura y su civilización están basadas en esto.

Lars sacudió la cabeza confuso.

—Nuestros científicos de la Tierra han estado estudiando el poder


extrasensorial durante siglos y nunca han podido gobernarlo —dijo—. Algunos afirman que no se puede controlar ni usar para nada.

—Bueno, pues esta gente ciertamente lo usan —respondió Peter—. ¿Te has fijado en el revoltijo que es esta ciudad?

Lars asintió.

—Parece como si los que planearon la ciudad se hubieran ido de vacaciones cuando se edificó de acuerdo con sus planos.

—No hubo planeadores en esta ciudad Esta gente dispone las cosas de la forma más conveniente para ellos. Pueden mover una molécula o falda de una montaña, individual o colectivamente, sólo decidiendo que desean moverla. Sus casas flotan cuando así lo quieren o reposan en el suelo cuando lo prefieren así. Si se cansan de un tipo de casa, la disponen de otra forma. Como se trasladan de un lugar a otro casi enteramente por teletransportadores, las puertas y ventanas son sólo decorativas en un noventa por ciento. Por eso puedes ver puertas como esa de ahí.

Peter señaló un edificio oval por delante del cual pasaban. Tenía puertas color naranja pálido en forma de altos y esbeltos triángulos.

—Pero ¿de qué viven? —preguntó Lars—. Tienen que comer, ¿no es verdad ¿Cómo obtienen cosechas en un sitio tan árido como éste?

—¡Este es el caso, que no necesitan cosechas! El planeta está lleno de vida vegetal y animal, con muchas proteínas, grasas y moléculas de hidrato de carbono a mano. Sencillamente, las disponen en combinaciones apetitosas cuando tienen hambre. Supongo que podrían empezar por partículas subatómicas y fabricarse con ellos un buen bistec, si supieran lo que es eso.

—Exactamente —sonrió Peter—. No hay nada mágico ni fantástico en todo ello. Conoces lo bastante acerca de nuestros telépatas para saber que los poderes extrasensoriales existen. Esta gente sabe cómo controlar esos poderes.

Continuaron andando por el laberinto de edificios.

—¿Puedes enseñarme las naves? —quiso saber Lars.

—No, lo siento. Está prohibido. Los habitantes de la Ciudad no quieren que nos acerquemos a ellas.

—¿Y el sitio donde los hombres duermen?

—Todavía menos. A los habitantes de la Ciudad tampoco les gusta ir allí. Quizá puedas pedirles que te lleven, más adelante, pero no creo que debamos hacer nada ahora que pueda molestar a nuestros huéspedes.

—Supongo que tienes razón. —Lars sacudió la cabeza—. Lo que más me preocupa de todo esto es lo mucho que estos habitantes de la Ciudad se parecen a los humanos. Tienen huellas dactilares, ¿te has fijado? Y su piel, su

cabello, su musculatura... No se notaría la diferencia a menos que se miraran sus rostros y aun así no estarían seguros.

—Ya sé lo que quieres decir.

—Que juraría por todas mis creencias que esta gente es humana. —Peter hizo un ademán colérico—. Esto acabará volviéndome loco. Parecen seres humanos, pero no actúan como si lo fueran. Son como niños. Toda su vida gira alrededor de ese control extrasensorial tan naturalmente como respiran y, sin embargo, no tienen sentido alguno de lógica. Sus mentes no son completamente extrañas. No poseen concepto ninguno sobre la ciencia, la maquinaria, ni nada parecido. No conocen nada fuera de esta ciudad y este planeta, y no les importa o no les importaba hasta ahora. Estoy seguro de que verdaderamente no saben lo que queremos decir cuando les contamos que hemos venido de otro planeta o de otra estrella. Pero, ¿quiénes son? ¿De dónde vienen?

—¿Se lo has preguntado a ellos? —dijo Lars.

—Les he preguntado hasta ponerme negro. Ni siquiera entendieron la pregunta.

Pasearon por la ciudad hasta que el cielo empezó a oscurecerse, y entonces regresaron a sus habitaciones. Al pasar por el corredor de las pantallas visor, Lars se detuvo en seco.

—Un momento —dijo— Creo que me dijiste que no tenían concepto alguno de ciencia ni mecánica. ¿Cómo han conseguido estas cosas?

—Esta es una pregunta acertada —dijo Peter—. Pon una en marcha y veamos lo que piensas.

Lars se sentó ante una de las grises pantallas.

—¿Cómo la haces funcionar?

Peter abrió una ranura de la pared y sacó un carrete pequeño y plano. Introdujo éste en una canilla, junto a la pantalla. Repentinamente la pantalla cobró vida, mostrando el pálido color azul que Lars ya había visto la primera vez. Apareció un dibujo geométrico y parpadeante, pero ninguna imagen que Lars pudiera reconocer.

—Y ahora, ¿qué?

—Es un poco intrincado —concedió Peter—. Esto no es una pantalla de televisión tridimensional corriente y la cinta del carrete no funciona de la misma forma que las nuestras. Tienes que ... bueno, digamos que sintonizarte con ella. Contémplala durante un minuto.

Lars contempló la pantalla Al principio no sucedió nada. Después, gradualmente, notó un hormigueo en los dedos de manos y pies. Empezaron a

formarse imágenes en la pantalla o en su mente, no podía decir dónde. No era un relato, sino únicamente una serie de impresiones que se introducían en su mente mientras observaba. Sintió erizársele el cabello.

—Dime, ¿Qué hace esta cosa? —dijo, saltando a un lado enfadado.

Las imágenes de la pantalla desaparecieron.

—Está proyectando —dijo Peter—. Nuestra televisión tridimensional depende de imágenes visuales y sonidos audibles para llegar a nosotros.

Este ingenioso dispositivo se salta la vista y el oído y el concepto penetra directo en nuestra mente. Proyecta imágenes mentales en lugar de visuales. Esto es lo que estabas captando. El proceso puede invertirse de forma que seas tú el que proyecta y la cinta se graba como si fuera un disco.

—Pero, ¿qué era lo que estaba viendo?

Peter se encogió de hombros.

—Para los habitantes de la Ciudad lo que viste es un libro de historia.

—A mí no me pareció que lo fuera. No tenía sentido alguno.

—Bueno, es lo más cercano a una grabación de historia transmitida verbalmente. Quizá debiera decir “mentalmente''. Ya sabes, leyendas y supersticiones. Pero en cuanto a historia grabada... —Peter miró gravemente hacia las pantallas—. Estoy seguro de que esta gente jamás construyó esas pantallas. No pudieron hacerlo. No hubieran sabido cómo. No saben lo bastante de ciencia en general, ni de electrónica en particular, para haberlo conseguido.

Cruzaron la transparente puerta para entrar en sus habitaciones.

—Pues entonces, ¿quién construyó las pantallas? —preguntó Lars.

—No lo sé —dijo Peter—. Pero tengo una sospecha. Quizá esté loco, pero juraría que hay otra especie de seres en Lobo IV. Unos seres distintos por completo a estas gentes de la Ciudad. No sé dónde, pero estoy seguro. La gente de la Ciudad los conocen y, de alguna manera, han tenido contacto con ellos.

Lars movió los labios.

—Espera un poco. ¿Quieres decir ésos a quienes llaman los Maestros?

—Exacto. Tengo la impresión de que esos otros seres, esos Maestros, estuvieron aquí, entre las gentes de la Ciudad. Se refieren a ellos como “los Maestros que nos alimentaron y nos enseñaron”. Creo que los Maestros construyeron estas pantallas.

—Pero, ¿dónde están ahora?

—No lo sé —dijo Peter—, y no creo que pueda descubrirlo. Los habitantes de la Ciudad no están exactamente *asustados* de ellos. Parece que les tienen un temor reverencial. Los "Maestros" se mencionan cada vez que uno habla con los habitantes de la Ciudad, pero no llega uno a descubrir lo que son o dónde están.

—Pero algo habrá a lo que podamos agarrarnos —dijo Lars exasperado

Peter guardó silencio durante un momento, luego dijo:

—¿Qué encontrasteis en la cumbre de la montaña? ¿Qué eran los restos que vimos en la película de Kennedy?

Lars se lo explicó. Peter le miró con fijeza.

—¡El Argonauta! ¿Te refieres al navío terrestre que emprendió la Larga Travesía? —preguntó.

—Eso es —asintió Lars,

—Pero se perdió hace siglos.

—Ya lo hemos encontrado. Se estrelló allí arriba.

—Esto es muy raro —dijo Peter—, porque una de las pocas cosas de las que estoy seguro acerca de esta gente es de que tienen noticia de esos restos y están asustados de ellos.

—¿Asustados?

—Nunca suben hasta allí. Es un "lugar prohibido". No pueden o no quieren decir el por qué. Ni siquiera desean hablar de él. Lo cual es bastante raro, considerando que no sienten el más mínimo temor o interés por los navíos que están aquí en la ciudad. No quieren que nos acerquemos a ellos, pero no les asustan.

—¿Hay algo más de lo que estés seguro? —preguntó Lars—. Quiero decir que, ya que estamos en eso, podríamos agotar todas las suposiciones.

—Sólo una cosa más —dijo Peter—. ¡Los habitantes de la Ciudad están terriblemente asustados de los tripulantes de ambos navíos!

—Pero yo creí que habías dicho que éstos estaban dormidos.

—Lo están, pero aun así esta gente les teme. Los cuidan como si fueran bombas de fusión a punto de estallar. La idea de despertarles pone a los habitantes de la Ciudad literalmente fuera de sí.

Lars reflexionó sobre esto.

—¡Pero a nosotros no nos temen! —protestó—. Me refiero a ti y a mí. O por lo menos, si nos temen, lo disimulan perfectamente. Esto se vuelve cada vez más absurdo y parece que siempre nos estrellamos contra el mismo muro

de ladrillos: ¿qué tenemos tú y yo de especial?

No encontraron respuesta a esta pregunta.

Mientras hablaban, apareció la comida y se sentaron sombríamente a la mesa.

—Vendrán a darte la primera lección cuando hayamos terminado —dijo Peter—. Quizá de paso se te ocurra alguna idea brillante. A mí no se me ocurrió ninguna.

—Pero no hay duda —protestó Lars.

—Algo tiene que haber que sea importante para ellos y que nosotros no podemos ver —dijo Peter—. Pero lo que pueda ser, no lo sé. No me gusta admitir que estoy derrotado, pero esta vez no puedo escoger.

—Unicamente hay una cosa —dijo Lars.

Peter se detuvo con la comida a medio camino de la boca.

—¿Qué?

—¡Oh, nada! —murmuró Lars con disgusto—. Nos diferenciamos del resto de la tripulación en una cosa, pero no veo por qué tendría que importar eso.

—¿De qué estás hablando?

—De nuestra edad —dijo Lars—. Es lo único imaginable que puede distinguirnos del resto de los tripulantes a los ojos de estos seres y que nos hace diferentes del comandante Fox, o Lambert, o Salter o cualquiera de los otros.

—Quieres decir...

—Sí —dijo Lars—, Los dos somos jóvenes.

XIII

EL LUGAR DE LOS MAESTROS

Era tan obvio y al mismo tiempo tan ridículo, que los dos estallaron en carcajadas. Desde el primer momento había estado ante sus ojos y, sin embargo, no tenía sentido.

—Pero es cierto —dijo Lars enrojeciendo—. Los dos tenemos dieciocho años. El que nos sigue en edad, en toda la tripulación, es Mangano y tiene veintiséis años.

—Quizá se figuren que nosotros seremos los más tiernos para el asado —dijo Peter.

—Bueno, ¿por qué no?

—No concuerda con nada, ese es el por qué —dijo Peter.

—A nuestro parecer, nada concuerda en este sitio. Pero sí según el parecer de los habitantes de la Ciudad, o no harían una distinción como esta. ¿Qué otra diferencia puedes sugerir?

Lars se levantó de la mesa y se acercó a la ventana, mirando fijamente la ciudad. El cielo aparecía oscuro ahora, pero las brillantes luces de los edificios creaban la ilusión de luz diurna en el exterior.

—De la forma en que yo lo veo —continuó—, hemos estado chocando con todo lo que está a la vista y hemos olvidado la única cosa que debíamos recordar: que hay una explicación para todo esto. Tiene que haberla, una explicación sencilla. No podemos ver cómo, pero de alguna manera las piezas tienen que ajustar unas con otras.

—Lo dudo —dijo agriamente Peter.

—Mira, pensemos algo. ¿Me puedes resumir algo de esas lecciones?

—¿Por qué no se lo preguntas a tus instructores? —dijo Peter—. Aquí llegan.

La mujer y uno de los hombres que recibieron a Lars en el vestíbulo aparecieron de pronto ante la puerta de su habitación. Era la primera vez que Lars los veía desde que había llegado, pero ahora sintió una especie de aprensión muy distinta de la que tuvo entonces. “Por lo menos”, pensó, “ahora estoy descansado. No me cogerán desprevenido”.

Captaron su pensamiento y se miraron gravemente uno a otro. La mujer negó con la cabeza.

“Nos satisface que hayas descansado, pero no debes combatirnos.

Tienes que aprender muchas cosas”.

“¿Qué es lo que tengo que aprender?”, les disparó Lars.

“Tenemos que enseñarte lo que los Maestros nos enseñaron a nosotros, naturalmente” Meneó de nuevo la cabeza, cortando la pregunta que subía a los labios de Lars. “Ven. Trabajaremos ahí fuera.”

Fue la especie de lección más extraña que Lars recibiera en su vida. Le situaron ante una de las grises pantallas, pero no la pusieron en funcionamiento, al principio. Casi en el mismo instante, sintió los dedos mentales de uno de los instructores tanteando su cerebro

“Ante todo, debes comprender que no te haremos daño ni te causaremos dolor. No queremos herirte.”

Era la mujer, quien parecía llevar la voz cantante, mientras el hombre solamente observaba.

Lars sintió tensarse todos sus músculos.

“¿Qué vais a hacer?”

“No podemos hacer nada; aparte de entrar en tu mente y guiarte. Eres tú quien debes hacer el trabajo.”

La mujer era amable, pero Lars podía sentir su inflexible firmeza tras amabilidad.

“¿Qué trabajo? ¿Qué queréis que haga?”

Los habitantes de la Ciudad se miraron entre sí desesperanzados.

Lars captó la corriente mental de la mujer

“No entiende. ¿Cómo podremos...?”

“Tiene que haber una forma.”

Cuando los pensamientos no le eran dirigidos, Lars percibía únicamente una parte de su significado; pero cuando lo interpelaba directamente, los comprendía por entero. Con sobresalto se dio cuenta de que casi estaba acostumbrándose a este silencio medio de comunicación. Era como conversar con el muchacho sordomudo que conoció hace años. El chico aquel podía leer el movimiento de los labios, pero no oía los sonidos. Lars no tardó mucho tiempo en aprender a hablarle silenciosamente, formando cuidadosamente las palabras sólo con los labios. Y ahora, de una manera parecida, formaba sus palabras sólo con el pensamiento.

Los habitantes de la Ciudad se volvieron de nuevo hacia él y esta vez sintió un choque, al tantear ellos más profundamente, buscando el más lejano alcance de su mente. Sintió una sensación extraña, casi semejante a la náusea, durante un momento; era como la primera sacudida de un ascensor al empezar

su descenso o el choque inicial al pasar la barrera de la atmósfera con una nave. No era desagradable, por ser exacto, pero sí inquietante De pronto, notó que la pantalla brillaba débilmente. Los habitantes de la Ciudad se miraron uno a otro excitados, incitándole a que continuara, pero su mente se rebeló. Sintió que se encabritaba como un caballo fuertemente sujeto a las riendas.

"¡No, no!" Era la mujer la que le incitaba. "Déjate llevar."

Se relajó un momento y sintió que perdía de nuevo el control, pero esta vez estaba preparado *y* se refrenó bruscamente, luchando contra la sensación.

"No, no, por favor. Tienes que ayudamos y no luchar contra nosotros."

"Pero es que me disgusta. No puedo dejarme llevar."

Lars sintió otra vez la sensación de casi mareo y le pareció que todo su cuerpo perdía la fuerza.

"No me gusta."

"Pero no sufrirás ningún daño."

"A pesar de todo, no me gusta."

Lars se sintió atrapado, impotente ante el poder de esas dos mentes.

"¿Qué intentáis hacer? ¿Cuál es el objeto de todo esto?"

Sintió el asombro de la mujer, como si, de repente, la hubiera abofeteado

"Enseñarte, naturalmente. No queremos asustarte."

"Enseñarme, ¿qué?"

De nuevo se hallaba en un círculo vicioso. La mujer y el hombre cambiaron ceñudas miradas.

"Pasa lo mismo que con el otro. Obstruyendo, luchando, intentando de todas las formas posibles evitar.

"Esto le asusta." El pensamiento provenía de la mujer. "¿No será que lo entienden?"

"Tienen que entenderlo. No tendrán más remedio."

De nuevo Lars captó la imagen de los "Maestros" evocada con la fuerza en las mentes de los habitantes de la Ciudad. Era la impresión de una entidad muy real, aunque no tomó una forma reconocible en la mente de Lars. Buscó a tientas, procurando captar la impresión, pero la mujer negó con la cabeza.

"Estás cansado. Basta por hoy. Mañana lo intentaremos de nuevo."

"¡Espera!" Lars se puso de pie de un salto. "Hay algo que quisiera saber."

La mujer se detuvo interrogante.

“Los otros. ¿Dónde están los otros que vinieron conmigo?”

Una ola de temor, débil pero inequívoca, sobrecogió a la mujer. Algo quedó oculto en sus ojos.

“Están a salvo. Duermen.”

“Entonces, despiértalos.”

“¡Nunca!” Un agudo temor brilló en sus ojos. “No, no, tienen que continuar durmiendo.”

“No te creo. No creo que estén aquí.” Lars miró atentamente sus rostros, buscando a tientas con su mente para captar su respuesta. “Creo que los habéis matado.”

“¡No, no! Nunca hubiéramos podido hacer eso. Los Maestros se enfadarían.”

“Pues llévame donde están. Enséñamelos. Pruébame que todavía están vivos.”

Se oyó un sonido en la puerta y Lars vio a Peter en el umbral, vigilando con los ojos agrandados.

—¿Qué estás haciendo?

—Les he dicho que queremos ver a los demás —espetó Lars.

Se volvió a la mujer.

“Llévanos a los dos. Ambos queremos verlos. Los habitantes de la Ciudad permanecieron atónitos, mientras un fuerte temor inundaba sus mentes. Después, Lars captó la sombra de un suspiro de resignación al hacer el hombre un gesto cansado con las manos.

“Muy bien. Os los enseñaremos. Venid.” Estaban asustados. Intentaron ocultar su temor, pero Lars pudo sentirlo, como un feo manto gris que envolviera sus pensamientos, mientras les conducían hacia la bóveda subterránea. Estaban asustados, sobrecogidos por un terror incontrolable. Lars y Peter los seguían, con las caras pálidas, sintiendo también ellos una aprensión casi insoportable, mientras pasaban por los corredores y descendían por oscuras escaleras.

—¿No notas el miedo de esa gente? —susurró Lars mientras andaban.

—Está a punto de noquearme —murmuró Peter en respuesta—. Están casi paralizados por el miedo.

—Pero, ¿por qué tendrían que estar tan asustados? Si no tienen nada que ocultar, quiero decir.

—No creo que sea este el caso.

Algo surgió en la mente de Lars, y miró agudamente a Peter.

—¿Cómo supiste lo que estaban haciendo cuando les pedí venir aquí? No emití ningún sonido.

—Ya lo sé. Lo... sentí. No pude descubrir qué era exactamente, pero supe que les habías atacado con algo.

Finalmente, llegaron a una habitación larga y oscura, en las profundidades de la ciudad. A lo largo de las dos paredes de la bóveda se veían jergones que flotaban a poca distancia del suelo. En cada jergón yacía un hombre dormido. Lars miró fijamente los cuerpos. De pronto sintió mucho frío. Respiraban lentamente; algunos murmuraban en su sueño. De vez en cuando uno movía un brazo o una pierna. A su derecha vio a John Lambert, roncando suavemente. El comandante Fox dormía a su lado. Más lejos estaba Jeff Salter.

“¿Lo veis? Todos duermen. Todos están a salvo.”

Lars captó el pensamiento de la mujer, pero sintió también la ola de temor que emanaba de su mente, enroscándose en sus pensamientos como un dedo helado. Después se volvió bruscamente, casi fuera de tino, y los condujo escaleras arriba hasta el frío y agradable corredor superior.

Lars no sintió dejar la oscura bóveda. Había sido una visión espectral, pero los hombres estaban allí, vivos, durmiendo.

“¿Por qué habéis hecho esto?”, pensó intensamente Lars. “¿Por qué les tenéis tanto miedo?” “Pero, ¿no lo ves? Nos destruirían. Los Maestros nos lo advirtieron.”

La mujer le miró, sin comprender.

“Los Maestros son los Maestros. ¿Quiénes podrían ser, si no?”

“¿Están aquí? ¿En la Ciudad?”

“¡Oh, no! Se fueron hace mucho tiempo. No volvieron nunca. Pero cuando llegue el momento...”

Lars advirtió el relámpago de excitación en los ojos de Peter.

“Pero los Maestros dejaron órdenes que tenéis que obedecer. ¿No es verdad?”

“¿Ordenes? ¿Obedecer? Los Maestros sabían lo que era justo. ¿Para qué necesitaríamos órdenes que obedecer?” La confusión de la mujer aumentaba. “Seguramente lo entendéis; fueron los Maestros los que nos alimentaron y enseñaron.” “Nosotros hacemos sólo lo que ellos querían.”

Y entonces Lars vio la pregunta a la que tenía que hallar respuesta.

Miró directamente a la mujer puso toda su fuerza en la interrogación:

"¿Qué erais antes de que vinieran los Maestros?"

Por un momento Lars sintió su temor, una sombra de duda que pasaba rápidamente por el cerebro de ella como si él hubiera abierto de par en par una puerta que estuviera cerrada desde hacía mucho tiempo, despertando un terror infinito e informe. Pero luego la puerta se cerró de nuevo, dejando sólo asombro y confusión.

"Tenéis que volver. No debéis venir aquí nunca más."

"¿Por qué? ¿Qué erais antes de que vinieran los Maestros?"

Más tarde comprendió lo que en ese momento no podía entender.

—No pudo contestar la pregunta porque no la comprendió —explicó a Peter cuando estuvieron en su cuarto—. Fueran lo que fueran los Maestros, es obvio que impidieron que muchas cosas llegaran a las mentes de esta gente.

—-Pero, ¿por qué? —inquirió Peter.

—Quizá lo sepamos cuando sepamos también lo que eran los Maestros. Pero no creo que estos habitantes de la Ciudad nos lo digan. ¡Creo que ni ellos mismos lo saben!

Fue Peter quien, finalmente, rompió el punto muerto, aunque de una forma muy distinta a la que había imaginado.

Se sucedieron los días en compañía de los habitantes de la Ciudad de Lobo IV, sin cambios apreciables. Cada día Lars y Peter tenían dos o tres sesiones con sus instructores y ni así parecía que se acercaran a las respuestas que buscaban y sus razones para escoger a los dos tripulantes más jóvenes se tornaban cada vez más impenetrables, mientras los soldados observaban el funcionamiento de la ciudad.

Aprendieron algunas cosas. Supieron que la muerte era conocida en la ciudad. Había gente de todas las edades, jóvenes y viejos, pero cuando sobrevenía una muerte era motivo de luto general.

Además, Lars pudo confirmar su suposición de que él y Peter tenían permiso para continuar despiertos, a diferencia del resto de la tripulación, a causa de su edad. Pero aunque lo intentó por todos los medios a su alcance, no pudo descubrir por qué su edad se consideraba tan importante. Hasta las preguntas más directas provocaban sólo respuestas confusas.

"¿Por qué nos retenéis aquí?", preguntó a la mujer que trabajaba con él, disparando el pensamiento sin previo aviso. "¿Por qué no nos dormisteis también a nosotros?"

Por un momento le miró fijamente aturdida. Luego respondió:

“¡No podíamos hacer eso! Los Maestros nunca lo hubieran permitido. Sois como nosotros, no como los demás.”

Lars refirió la cuestión a Peter por la noche, cuando yacía en la oscuridad de su cuarto.

—¡Esos Maestros! —estalló Peter—. Cada vez que los ponemos en un aprieto, sacan a relucir a los Maestros para terminar con el asunto, como si fueran la autoridad máxima! ¿Te has fijado en eso? ¡Cada vez...!

—Ya lo sé —interrumpió Lars—. Es un muro de ladrillos. Estamos dándonos de cabezazos contra él. No podemos saltarlo ni pasar por debajo —contempló sombríamente el techo—. Creo que también ellos están inquietándose. Hoy mi “lección” no ha ido bien. Todavía no sé qué quieren que haga, pero por lo visto no lo hacía. El hombre estaba a punto de volverse loco.

—Entonces tú también lo has notado —dijo Peter—. No me gusta. ¿Sabes qué es lo que me preocupa? Supón que decidan que es imposible que comprendamos lo que intentan enseñarnos. ¿Qué pasará? ¿Nos pondrán también a dormir?

Lars se estremeció.

—No había pensado en eso.

Peter se sentó en el borde de su cama.

—Pues yo lo he pensado muchas veces. También he pensado que hay más de una forma de atravesar un muro de ladrillos. Si uno no puede saltarlo ni pasar bajo él, se le puede abrir un agujero. —Se puso en pie de un salto, frotándose las manos; se sentó de nuevo un momento y después se levantó otra vez acercándose a la ventanilla—, ¡Te digo que tenemos que hacer algo más que quedarnos aquí sentados! No me importa el qué, aunque sea amenazar a uno con un cuchillo, pero algo hay que hacer.

—No adelantarías nada. Te descubrirían al momento.

—Sí, esto es lo que pasa. Todo lo que hacemos o pensamos, lo saben en seguida. Todo lo que tienen que hacer es penetrar en nuestras mentes y descubren todo lo que pasa en ellas. Pero ahora quizá se descuiden un poco. Ya no nos vigilan tanto y me he dado cuenta de que nadie nos presta atención cuando vamos por ahí. Nadie nos ha sondeado desde hace muchos días, excepto durante las lecciones.

Lars asintió lentamente con la cabeza.

—Eso es cierto. Y, ¿qué?

—Pues supón que nos movemos de prisa y en silencio e intentamos salir de aquí.

—¿Hacia dónde? ¿Cruzando las colinas? Nos harían volver en cuando nos echaran en falta.

—No; si tuviéramos una energía Koenig impulsándonos, no podrían.

Lars le miró fijamente.

—¿Quieres decir robar una de las naves?

—Algo mejor que eso. —Un sonrojo de excitación apareció en las mejillas de Peter—. Mira. Sabemos dónde duermen los hombres. Supón que bajamos hasta allí y los despertamos. No, a todos, sólo los suficientes para gobernar una nave. Si pudiéramos mantener en blanco nuestras mentes, de forma que nadie pudiera conocer nuestras intenciones de antemano, quizá pudiésemos huir hacia el Ganimedes y elevarlo antes de que nos detuvieran.

Contempló a Lars con una mueca en el rostro.

—No sería necesario que estuviésemos demasiado lejos para activar la energía. Y una vez en casa, podríamos volver con una flota, si fuese necesario.

—Imagina que no podamos despertarlos —dijo Lars bruscamente—. Deben estar drogados.

—Los habitantes de la Ciudad los despiertan el tiempo suficiente para alimentarlos, de manera que no deben estarlo demasiado. Y sabemos que los habitantes de la Ciudad no tienen conocimientos para haber utilizado las naves.

Los dos muchachos estaban ahora sentados en el borde de sus camas, completamente despiertos. Mientras desarrollaban el plan. Hablaron durante una hora, revisando todas las posibilidades. Por último, Lars sacudió la cabeza.

—Es arriesgado. Si nos descubren, nos dormirán tan de prisa que no sabremos qué nos ha pasado.

—Pero ellos duermen, ¿verdad? No habrá muchos que estén despiertos a estas horas, y, por qué tendrían que molestarnos si mantuviéramos la mente fija en un pensamiento inicuo, tal como el de ir a paseo, unos versos o algo así. ¡En cuanto a eso, si alguien nos detiene, podemos decirle que los Maestros nos lo ordenaron! Eso los haría vacilar un momento por lo menos, quizás lo suficiente para que lo consiguiéramos!

Algo surgió de pronto en la mente de Lars y frunció el ceño. Fue como si un pequeño engranaje se acoplara de pronto.

—Supongamos que esos Maestros estén en la ciudad, después de todo —dijo lentamente—. Supongamos que los habitantes de la Ciudad estén continuamente en contacto con ellos.

—No lo creo. Si lo estuvieran, lo hubiéramos sabido. Insisten en que

los Maestros se fueron.

—Pero quizás haya un sitio donde se puedan poner en contacto con los Maestros.

—Mira, podríamos quedarnos aquí sentados y soñar en toda clase de cosas, pero eso no nos sacará de aquí —gritó Peter—. No creo que tengamos mucho tiempo. ¡Creo que nos dormirán como al resto de la tripulación, quizá para siempre, si no hacemos algo y pronto!

—Muy bien —Lars se puso en pie en un salto y ajustó el cinturón en torno al manto gris que colgaba de sus hombros—. Creo que habrá un buen grupo de gente sorprendida.

—Si lo conseguimos —añadió Peter.

Se movieron como sombras cruzando la puerta y bajando por el corredor hacia la calle.

XIV

LA PUERTA INTERMEDIA

La ciudad estaba silenciosa como una tumba. Los brillantes edificios se habían oscurecido; la continua palpitación de actividad mental que siempre se hallaba presente en el fondo de la mente de Lars habíase silenciado, sin el menor susurro que testimoniaba que aquí hubiera gente viviendo.

Se deslizaron por silenciosos paisajes, tratando con todo cuidado fijar sus pensamientos en temas inocentes, intentado mantener fuera de su conciencia el lugar adonde se dirigían o lo que querían hacer allí. Era imposible lograrlo por completo, pero lo intentaron y anduvieron sin ser molestados, bajando de un nivel a otro de la ciudad en dirección a la bóveda.

Se cruzaron con un viejo en un corredor. El hombre les miró con curiosidad, pero continuó su camino. Un grupo de jóvenes de hallaba reunido en una intersección de arcos, pero estaban tan interesados en sus propios pensamientos que apenas se fijaron en Lars y Peter cuando éstos pasaron silenciosamente por su lado.

Se detuvieron ante la escalera que conducía a la bóveda.

—Si hay un guardia, intenta llamar sin atención, sin excitarlo —dijo Peter en un susurro—. Entonces yo intentaré pasar antes de que pueda dar la alarma.

—¿A quiénes vamos a despertar? —murmuró Lars.

—Por de pronto a Fox, Morehouse, Lambert y Lorry, si podemos... ¿Estás dispuesto? Vamos.

Bajaron rápidamente la escalera. En la gran sala abovedada no vieron a nadie, excepto las hileras de hombres durmiendo sobre los jergones. Y, sin embargo, mientras parpadeaba la mortecina luz, Lars sintió una fuerte punzada de duda. No estaba bien hacerlo así. Aún en el caso de que tuvieran éxito, significaba dejar atrás ellos a unos seres extraños, abandonar la primera oportunidad que el hombre había tenido de comunicarse con una raza extraña. Significaba partir sin comprender en absoluto a esos extraños seres, huir antes de que se solucionara el rompecabezas. Y, lo que era peor, abandonaban también la última esperanza de tratarse con estos extraños habitantes de la Ciudad, ya que si los hombres de la Tierra volvían a Lobo IV, serían como enemigos.

“¿Qué haría Walter Fox?” El pensamiento surgía con la fuerza en la mente de Lars. Miró la hilera de camas, vio la cara del comandante, tranquila ahora a causa del sueño, y le pareció oír sus palabras:

“No estropees nuestra oportunidad. Lars Confía en ellos. Ofréceles amistad No es hora de odiar, temer o desconfiar.”

Y ahora, sin sombra de duda. Lars supo lo que Fox hubiera hecho. “Las cosas que han sucedido tienen un fin, una razón, una solución. Todo lo que ha pasado, por extraño que parezca, desde que el Ganimedes dejó la Tierra para buscar al Planetfall, tiene una explicación. Falta un eslabón, una llave está esperando que la encuentres, para ajustarse a la cerradura. Hay una respuesta.”

Dudó, mirando con fijeza las hileras de hombres dormidos, como si también él estuviera sumergido en un sueño.

“¡Encuentra la respuesta mientras todavía te es posible!”

Se volvió para encontrarse con que Peter le miraba fijamente y con alarma.

—¡Lars! He oído eso —murmuró roncamente.

—Tú..., ¿qué?

—He oído lo que estabas pensando.

El rostro de Peter aparecía blanco. Era claro como el cristal, tan claro como si “ellos lo hubieran pensado.

Lars temblaba.

—No puede ser, Peter. No podemos hacerlo de esta manera.

—Ahora ya no podemos retroceder. ¿Tenemos que intentarlo!

—No, no. Hay algo que hemos de intentar primero. Como acabas de decir, me has oído pensar hace poco. También me has oído antes. Y yo he estado adivinando tu pensamiento, sólo pequeñas cosas, de vez en cuando. ¿No comprendes lo que esto quiere decir?

—Lo que comprendo es que nos cogerán con las manos en la masa si no nos movemos de prisa.

—Este era el objeto de las lecciones, Peter. Esto es lo que los habitantes de la Ciudad han intentado enseñarnos. Sólo que para ellos “enseñar” no significa lo mismo que para nosotros, que pensamos siempre en libros y laboratorios experimentales. ¡No han estado enseñándonos, sino entrenándonos !

Peter permaneció completamente inmóvil.

—“Los Maestros que nos alimentaron y entrenaron” —musitó.

—¡Naturalmente! ¿Para qué los entrenaron? Contempla la ciudad a tu alrededor.

De todos modos surgía una ola de pensamientos, alarmados, temerosos,

coléricos. Se dieron cuenta de que casi se habían estado gritando uno a otro, y ahora Peter soltó un gruñido de desesperanza, mientras aparecían varias figuras al final de la bóveda, junto a la escalera

—¡Demasiado tarde! —gritó—. ¡Corre, Lars!

Pero no pudieron correr. El primer habitante de la Ciudad que les vio emitió un poderoso grito de alarma y quedaron clavados en el suelo, sin poder moverse, mientras más y más gentes de la Ciudad bajaban tropezando en la escalera. Con los ojos desorbitados, miraron fijamente a los muchachos y a los cuerpos dormidos, mientras un revoltijo de pensamientos surgía de sus mentes.

"¡Los forasteros están aquí! "

"¡En un lugar prohibido! ¿Qué buscan aquí?"

"Iban a despertar a los durmientes..."

Y el temor surgió como un burbujeante torrente, mientras contemplaban horrorizados a los muchachos.

Entonces la mujer que había estado entrenando a Lars, se abrió paso entre el grupo, con ojos encolerizados y toda traza de amabilidad borrada de su rostro.

"¡Nunca debimos esperar tanto! Nos hemos equivocado, desde el principio no hubo esperanza alguna. Y ahora hasta nos destruirán."

Lars se encaró con ella, con los ojos relampagueantes.

"Estás equivocada. No queremos destruiros ni haceros daño."

"Vinisteis a despertar a los que duermen aquí." No era una acusación; la mujer sabía que era cierto y se lo presentó como un hecho.

"Sí, lo hicimos, pero sólo porque los Maestros lo permiten."

La mujer hizo una pausa, como si la hubiera cogido por sorpresa.

"Pero ¿cómo pudisteis saber que los Maestros lo permiten? Los Maestros dijeron que sería cuando llegara el momento."

"Pues ahora ha llegado."

Lars sintió palpitar su pulso en la garganta cuando introdujo el pensamiento en la mente de la mujer.

"¿Ahora? ¿Tan pronto?"

Los ojos de Lars brillaban.

"¡Ahora! Aquí hay un lugar que pertenece a los Maestros, ¿verdad?"

"Sí, sí, naturalmente."

“Pues nosotros pedimos que nos llevéis a ese sitio. Ahora.”

De pronto, los habitantes de la Ciudad los rodearon ansiosamente. El temor desapareció de sus mentes, reían y gritaban como si su ansiedad se desbordara en una poderosa ola. El pensamiento de la mujer llegó directamente a Lars:

“Si lo pedís, tenemos que hacerlo. Los Maestros ya no están aquí, pero hay un sitio donde antes estuvieron. Os llevaremos allí, si estáis seguros de que estáis preparados para ir.”

Era un lugar extraño.

Su fantasmal e intangible extrañeza les impresionó a ambos, mientras cruzaban la plataforma en dirección a la ovalada puerta negra que aparecía ante ellos.

No se parecía a ningún otro sitio de la ciudad. Esta y sus habitantes eran misteriosos, desconcertantes, a menudo incomprensibles, pero no “extraños”. Las cosas que vieron en la ciudad mostraban por lo menos un ligero parecido con la mentalidad humana, reflejaban el trabajo de mentes humanas.

Pero este lugar no había sido construido por manos humanas. Lars no supo con tanta seguridad como sabía su nombre. El edificio, si así podía llamársele, reposaba sobre una gran plataforma circular. Parecía un hemisferio perfectamente pulido, con una negra puerta ovalada a un lado. Lars miró desesperadamente a Peter, que se hallaba junto a él.

—¿Habías visto este sitio antes?

—Nunca —dijo Peter—. Y no me gusta.

—Aquí es donde están los Maestros —dijo Lars—. Aquí encontraremos las respuestas.

—Eso espero —contestó Peter, pero su voz sonaba tan insegura como Lars la sentía en su pensamiento.

La mujer no les había conducido directamente allí. Primero les llevaron a sus habitaciones, donde les esperaba una comida que no pudieron tragar. Sacaron ropas limpias y se ducharon con agua caliente.

—¡Vaya, esto es como la horca en los viejos tiempos! —exclamó Peter con desmayo—. La última comida, los estupendos preparativos. ¡No sabes en qué lío nos has metido!

—Pero esta es la respuesta que buscábamos, ¿no te das cuenta? —dijo Lars—. Te dije que habría un sitio donde encontraríamos a esos Maestros, ¡y lo hay!

—¿Qué sabes de los Maestros? —la voz de Peter era amarga.

—No más de lo que tú sabes, pero ¿no viste la gente? ¿No sentiste la... la expectación? Peter, esto es por lo que nos trajeron a la ciudad. Esto es lo que suponían que sucedería... algún día

—Creo que estás loco —espetó Peter—. No hemos aprendido nada que tenga sentido desde que llegamos.

—Pero podemos imaginar algunas suposiciones bastante buenas —dijo Lars—. Por ejemplo, la nave del risco llegó aquí, hace mucho tiempo, y se estrelló. Ahora sabemos que era una nave terrestre, el Argonauta, que transportaba hombres de la Tierra. No los mismos que estaban a bordo cuando despegó, desde luego sino los que nacieron durante el viaje. ¿Es así?

—Sí, y ¿qué?

—La nave llegó, se estrelló y ahora, siglos después, llega otra nave de la Tierra y encuentra una ciudad en este planeta, en la cual vive gente. Una gente muy rara, en una ciudad muy extraña, pero son seres humanos. No es una coincidencia, Peter. No puede serlo. Estos habitantes de la Ciudad son seres terrestres. Sus antepasados nacieron en la Tierra, tan seguramente como los tuyos. Sus padres y abuelos vinieron aquí en el Argonauta y de alguna forma sobrevivieron al choque.

—Pero ¿crees que se comportan como terrestres? —protestó Peter—. Construyendo una ciudad como ésta, usando los poderes que tiene...

—¿Por qué no? —inquirió Lars—. En la Tierra sabemos que esos poderes existen. Son bastante toscos, pero hasta el más chapado a la antigua de los científicos reconocen ahora que existen: telepatía, telequinesis, teletransporte. ¡En el siglo xx ya se conocían estas cosas! Algunos de los que tratan en ellas afirman que todos los hombres de la Tierra poseen tales poderes, hasta cierto límite.

Lars se cambió la ropa mientras Peter le contemplaba sombrío.

—Pero aquí nos encontramos con gentes que poseen poderes extrasensoriales tan desarrollados, que toda su civilización se basa en ellos. No me extraña que no sepan nada de ciencia ni mecánica. No lo necesitan. Esta gente no sólo tiene poderes extrasensoriales, sino que saben usarlos

Peter se mordió el labio.

—Y tú crees que los Maestros, quienes quiera que sean, fueron los que les entrenaron para que pudieran usar esos poderes.

—Exactamente. De la misma forma que los habitantes de la Ciudad nos han entrenado a nosotros.

—Entonces ¿por qué sólo nos escogieron a nosotros? ¿Por qué no al resto de los tripulantes?

—No lo sé —dijo Lars—, pero creo que lo descubriremos en ese sitio al que van a llevarnos.

En aquel momento les pareció bastante lógico, rodeados por los objetos familiares de su cuarto; pero ahora, frente a la ovalada puerta negra, Lars ya no estaba tan seguro. Los habitantes de la Ciudad vacilaron al borde de la plataforma, mirándolos expectantes mientras los dos se aproximaban al gran hemisferio. De lejos, el negro óvalo parecía un agujero desmesuradamente abierto en el costado del edificio, esperando recibirles. Sólo ahora vieron que era una puerta sólida, cerrada y tan ajustada, que únicamente se veía una grieta fina como un cabello a su alrededor. No había picaporte ni manija. Nada más que la negra y pulida superficie.

Lars y Peter se detuvieron y se miraron uno a otro. Sintieron que la tensión crecía entre los habitantes de la Ciudad reunidos a sus espaldas.

—¿Qué hacemos ahora? —siseó Peter—. Esto parece sólido.

Lars se acercó y empujó el borde de la puerta. No se movió ni un milímetro.

—Lo es —murmuró.

—Pero ahora no podemos detenernos. Tenemos que entrar ahí.

—Creo que podemos —dijo Lars—. Las lecciones. Lo que los habitantes de la Ciudad han intentado enseñarnos. Quizás sea la llave que necesitamos. Quizá no debamos atravesar esta puerta hasta que hayamos terminado el entrenamiento.

—Te refieres al teletransporte— dijo Peter.

—Ellos lo hacen —dijo Lars.

Contempló fijamente la pesada losa negra y de pronto, se imaginó que se hallaba otra vez ante las pantallas, al lado de su cuarto. Se imaginó que la mujer de la Ciudad estaba a su lado, incitándole a continuar, guiando su mente. Intentó borrar todos los demás pensamientos, concentrar toda su fuerza en un único propósito.

"Alcanzar el otro lado de esta puerta."

Sintió crecer la mareante sensación en boca de su estómago, luego se sintió avanzar dando tumbos. De pronto, como si se hubiera extinguido una luz, se encontró al otro lado de la puerta. No había movido ni un músculo, pero lo había cruzado. Un instante después Peter apareció a su lado... saliendo de la nada.

La última barrera se hallaba tras ellos. Estaban en el lugar de los Maestros.

Al principio, Lars creyó que se encontraban en el corredor exterior de

sus habitaciones de la ciudad. Estaba dentro, en una semioscuridad, y sus ojos percibían sólo la vaga forma de las pantallas.

Después su vista se acostumbró y vio otros detalles.

Continuaba la sensación de extrañeza. La cámara era hemisférica y estaba casi vacía, excepto por la presencia de dos pantallas y dos banquillos. Junto a cada pantalla se veía un eje con los carretes de contra planos y en forma de disco.

No había nada más en la cámara. Lars miró a Peter.

“Así que aquí ya no están los Maestros”, pensó.

Peter indicó, con un movimiento de cabeza, las pantallas.

“No, pero nos dejaron esas cintas.”

Se colocaron ante las pantallas e introdujeron las cintas en los tambores.

Las primeras eran cintas corrientes de televisión tridimensional. La película era primitiva, antigua y borrosa, muy parecida a las que Lars tomara años atrás como aficionado. Las imágenes no eran muy claras, pero pudieron entresacar su significado.

Vieron una astronave en su amarradero, situado en las profundidades de una vertiente montañosa y verdeante. Vieron las grúas que cargaban los bultos y luego aparecieron los pasajeros. No había duda sobre la identidad de la nave. Era el Argonauta, preparándose para la Larga Travesía a Alfa de Centauro.

La cinta chasqueó y se hallaron mirando a través de las lumbreras de popa, a la nube hinchada del despegue, y observando cómo la Tierra disminuía y se empequeñecía tras ellos. Y a través de las escotillas delanteras sólo se veía el negro espacio. La tripulación del Argonauta sabía que jamás alcanzaría su destino, no vivirían tanto tiempo. Pero sus hijos...

Aparecieron varias escenas enteras y fragmentos de otras en la pantalla, películas recogidas y guardadas por los tripulantes del navío de la Tierra, en un intento de conservar una historia de la travesía. Lentamente el relato de desarrolló ante Lars y Peter, un relato de valor, frustración y fracaso.

El descubrimiento de que la ruta estaba equivocada, de que ni siquiera los mejores laboratorios terrestres habían sido capaces de calcular y trazar una ruta lo bastante exacta para un viaje como éste. Alfa de Centauro se aproximó, pasó y disminuyó en la distancia mientras morían los hombres y nacían bebés. No tenían suficiente combustible para corregir el rumbo y esperar que el descenso se llevara a cabo felizmente. Nada podían hacer, sino precipitarse adelante, hacia una débil estrella anotada en las cartas de navegación con el nombre de Lobo.

Décadas más tarde, la situación de las estrellas había cambiado y la estrella Lobo que era su destino, se encontraba cerca.

Finalmente, el acercamiento a la estrella. Una tripulación distinta, escasamente adiestrada, sin combustible adecuado, que intentaba posar la gran nave en un planeta desconocido.

Repentinamente la cinta se cortó.

Lars y Peter descansaron antes de poner en marcha la segunda cinta.

—No pudieron posarla felizmente —dijo Peter despacio—. Tuvieron que darse cuenta de eso mucho antes de intentarlo.

—Puede ser —dijo Lars—. Pero estaban sus niños. Recuerdo haber leído que instalaron cunas en el Argonauta, para proteger a los recién nacidos de casi cualquier desastre.

Introdujo la otra cinta en el eje.

—Quizás aquí haya algo más.

Las cintas eran ahora diferentes. Antes, habían sido grabaciones hechas por seres humanos, vistas a través de ojos también humanos. Ahora era distinto. No aparecieron imágenes claras en la pantalla, aunque Lars podía verlas proyectadas en su mente con perfecta claridad. De pronto, se dio cuenta de que estaba viendo por medio de una mente extraña, con pensamientos extraños, mientras las imágenes parpadeaban y cambiaban.

La imagen de una astronave acercándose a demasiada velocidad, demasiado bruscamente, fuera de control. Se acercó demasiado a la superficie de Lobo IV, y chocó contra la alta cresta montañosa, descendió entre peñascos rocosos y se volcó con un lento y horrible tumbo, mientras las llamas se elevaban en haces.

No todos los de a bordo estaban muertos. Los tripulantes, sí. Pero en las profundidades de la nave, las cunas protegían a los hijos de los tripulantes en sus fuertes brazos de acero, manteniéndose a salvo.

Extraños seres en la superficie de Lobo IV vieron el choque y buscaron entre los restos, esperando saber algo de las criaturas que habían venido de tan lejos. Encontraron las grabaciones... cintas, películas, voces, la biblioteca de la nave, las grabaciones hechas por la tripulación y su historia. Extrañas mentes lo revisaron todo aprendiendo, estudiando, tratando de descubrir cómo eran los hombres de la Tierra cuando estaban en ella.

Pero más que nada, buscaron señales que les revelaran si los terrestres poseían lo que ellos llamaban fuerza, el poder universal de la mente, la cual ligaba a las criaturas inteligentes de todo el universo en una unión de paz y fuerza, y que las eleva sobre las bestias.

Los seres extraños encontraron sólo decepción.

"¿No hay señales de la fuerza?"

"Ninguna. Constituían una raza estéril, a juzgar por sus grabaciones. Usaban la comunicación verbal. Poseían ciencia física y una civilización mecánica. No hay evidencia de la fuerza en ningún sitio, ni señales de que pudieran siquiera desconocerla."

"Pero que una raza alcance el espacio sin ella... ¡es increíble!

"Aquí podéis verlo."

"Sí." Amarga desilusión. "Sí, aquí lo vemos."

Después encontraron las cunas. La chispa de la fuerza se encontraba allí Excitados y ansiosos, los seres extraños se abrieron camino rompiendo los mamparos y cubiertas, siguiendo la chispa hasta que encontraron a los infantes. La chispa era débil, apenas perceptible, pero ahí estaba.

De aquí en adelante las grabaciones fueron esporádicas, mientras Lars y Peter continuaban ante las pantallas. A los extraños seres les costó meses y años de enseñanza y entrenamiento el convertir la chispa de fuerza en una llama, en las mentes de aquellos niños terrestres.

Por sí misma no hubiera crecido. En los terrestres no constituía un poder completamente desarrollado, sino sólo potencial Era débil. Tenía que entrenarse. Mientras los hombres en la Tierra pasan de la niñez a ser adultos, el poder potencial que no se usa se debilita hasta que es imposible recordarlo. A los terrestres, como no la cultivaban, la chispa de la fuerza les causaba sólo confusión y dolor, de forma que la enterraban en las profundidades de su mente y por tanto se perdía, ya que nunca sospecharon lo que era ni cómo podrían usarla.

Pero a los niños de la astronave se les entrenó. Crecieron y se desarrollaron como jamás lo hicieran niños humanos. Nada hubo que pudiese apagar la fuerza y serena llama de sus mentes y aquella creció.

Su fuerza, el poder extrasensorial de su herencia, creció con ellos, cada vez más fuerte.

Cuando su misión estuvo cumplida, los seres extraños dejaron Lobo IV. La ciudad estaba construida, sus habitantes se hallaban a salvo, pero todavía había peligro. Si vinieran hombres de la Tierra, desconocedores de la fuerza, podrían destruir el trabajo de los extraños seres. El temor y el odio podían perjudicar a los habitantes de la Ciudad. Los seres extraños lo sabían y enseñaron a los habitantes de la Ciudad lo que debían hacer. Todavía no era posible tener contacto con los terrestres. Quizá más adelante, pero sólo cuando los hombres de la Tierra hubieran aprendido a usar su fuerza como lo hacían los habitantes de la Ciudad.

Algún día llegaría a Lobo IV un terrestre lo bastante mayor para entender a los hombres de la Tierra y su mentalidad, y, sin embargo, lo bastante joven todavía para que pudiera educarse su fuerza.

Sólo entonces podría tenderse un puente sobre el abismo que separaba a los habitantes de la Ciudad de los hombres de la Tierra.

Acabaron de contemplar las cintas, se miraron fijamente y permanecieron sentados y en silencio durante mucho rato. Después, Lars sintió un relámpago mental en su cerebro.

"Lars, me oyes?"

"Sí, perfectamente."

"Lo has entendido, Lars? Nosotros somos, entre toda la tripulación, los únicos lo bastante jóvenes todavía para que nos entrenaran."

"Sí. Y lo bastante mayores para tender el puente. Podemos enseñar a los terrestres lo que es la fuerza y cómo se usa. ¿No es así? ¿Eso es lo que tenemos que hacer?"

No hubo vacilación alguna en la respuesta de Peter.

"Sí. Eso es lo que tenemos que hacer."

XV

LOS DURMIENTES DESPIERTAN

El comandante Fox esperaba, golpeando impaciente el suelo con sus pies, mientras contemplaba la ciudad a través de la ventana. Los habitantes de la Ciudad les habían cuidado con toda solicitud. Las mejillas y brazos del comandante se habían redondeado un poco y las líneas de cansancio alrededor de sus ojos eran ahora más suaves. Sentía la diferencia y sabía que lo que le pareciera un instante de sueño profundo y tranquilo fue, en realidad, un espacio de tiempo mucho más largo.

Los otros hombres, el resto de su tripulación, despertaban ya, y también los tripulantes del Planetfall, que durante tanto tiempo habían dormido. El comandante Fox no sabía lo que había pasado, pero los habitantes de la Ciudad habían sido bondadosos. No dieron muestra de hostilidad. En realidad, permaneciendo contentísimos mientras formaban grupos para ver salir a los durmientes de la bóveda, como si un gran día hubiera llegado para ellos.

Al poco rato, se le acercó un hombre alto, procedente de la ciudad y le condujo a través de la arcada hacia el plateado navío que descansaba en la rampa... era su propio navío. El Ganimedes. Encontró a Lars y a Peter esperándole en el cuarto de controles y estrechó fuertemente sus manos.

—Así es que os pusisteis en contacto con ellos —dijo.

—Sí. Pero esta gente no son los seres extraños. Son hombres de la Tierra como nosotros, pero con una gran diferencia.

Cuidadosamente, con todo detalle, le relataron su visita al Lugar de los Maestros y lo que allí habían encontrado. Le contaron su período de entrenamiento con los habitantes de la Ciudad. Y, por último, le explicaron lo que era la fuerza y lo que para la humanidad representaba el que aquellos niños del Argonauta la hubieran desarrollado.

Ei comandante escuchaba en silencio mientras la historia se desenvolvía. Por último dijo:

—Entonces esa fuerza es poder extra-sensorial.

—Aumentando miles de veces sobre el nivel que nosotros conocemos —dijo Lars—. Es un poder sorprendente, tan grande, que deja en mantillas a la energía Koenig. Pero lo más importante no es sólo lo que puede “hacer" ahora. Con ella, los hombres pueden perfectamente moverse con entera libertad y llevar a cabo cosas nunca soñadas. Recuerde que esta gente ha estado limitada por su aislamiento. ¡Espere hasta que conozcamos el universo que hay a su alrededor, la Tierra y las estrellas!

—¿Y los hombres de la Tierra pueden ser así?

—Todo hombre tiene algún vestigio de la fuerza. Los jóvenes pueden aún recibir entrenamiento.

Ese es nuestro trabajo. Enseñar a los terrestres lo que han tenido a su alcance durante siglos y que jamás percibieron.

Fox asintió con la cabeza lentamente.

—¿Y los seres extraños?

—Los Maestros lo eran.

—Entonces es que, en realidad, no os habéis enfrentado con ellos.

Lars se encogió de hombros.

—Sí y no. Abandonaron Lobo IV cuando terminaron su trabajo. Este no era su hogar nativo. Pero dejaron algo.

Lars desplegó la carta de navegación, un objeto metálico y reluciente en el que brillaban puntos de estrellas.

—Esto nos dirá de dónde vinieron y a dónde regresaron. Algún día nos enfrentaremos con ellos, si lo deseamos. Pero ya sabemos lo más importante... que son buenos. Ya no tenemos por qué temer a esos seres extraños. Nos han enseñado el poder potencial que tenemos, si queremos aprender cómo usarlo.

—¿Y ahora?

—Tenemos que aprender a usarlo, desde luego —dijo Peter, que había estado sentado en silencio—. Tenemos que regresar a la Tierra. Lars y yo en calidad de embajadores, podríamos decir.

Fox asintió de nuevo, intentando absorber todo lo que estaba diciendo.

—Pero los otros... los desertores...

—¿Importa eso mucho? —dijo Peter—. El Ganimedes ha cumplido su misión. ¿Qué importa lo demás?

Fox dudaba.

—Así, pues ¿borrón y cuenta nueva?

—¿Por qué no? Salter ya no puede hacer daño a nadie.

—Muy bien. Así se hará.

La nave se elevó lentamente, dejando muy atrás la gris y áspera superficie del planeta. De sus toberas no salían llamas, ni rugían sus motores. Un poder más grande la levantaba como una pluma hasta que la distancia le permitió usar la energía Koenig. Tras el Ganimedes se elevó también el Planetfall. Juntos, parpadearon y se desvanecieron en la cubierta de poder que

las llevaría a su destino. Habían alcanzado el Limbo y sobrevivieron.

Y ahora, de regreso, llevaban consigo una nueva herencia para los hombres de la Tierra. Se sucederían muchas naves y muchos hombres en el espacio, antes de que aprendieran a usar la fuerza, pero con el tiempo lo aprenderían.

Ahora sabían que un universo les estaba aguardando.